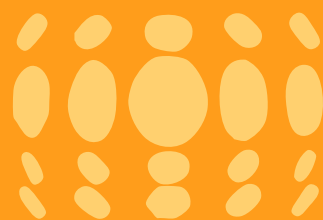


43/44
Diciembre 2014

BOLLETTIN

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA





Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA

(Periodo 2012-2015)

Directorio: Leonor Adán, Gloria Cabello, Roberto Campbell, Mauricio Uribe (Presidente), Flora Vilches
www.scha.cl

Editor: Roberto Campbell. Departamento de Antropología, FACSQ, Universidad de Chile
Ayudante de Edición: Antonia Escudero.

Comité Editorial:

Carolina Agüero, IIAM R.P. Gustavo le Paige, Universidad Católica del Norte,
San Pedro de Atacama, Chile.

José Berenguer, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile.

Calogero Santoro, Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile. Lorena Sanhueza,
Departamento de Antropología, FACSQ, Universidad de Chile.

Juan Carlos Skewes, Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.

Robert Tykot, Department of Anthropology, University of South Florida, Florida, USA.

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. Publicación anual editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances y resultados de la investigación arqueológica nacional y de zonas afines. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Toda correspondencia debe dirigirse a editor Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, correo

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

ISSN 0716-5730

Diciembre 2014

Impresión

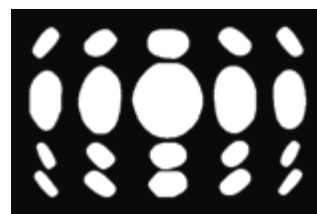
www.EdicionesOnDemand.cl

43/44

Diciembre 2014

BOLLETTIN

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA



Índice

ARQUEOLOGÍA DE LA PREHISTORIA DE LA PENÍNSULA DE MEJILLONES: EL CAMPAMENTO DE LOS CANASTOS 3 DESDE SUS CUADERNOS DE CAMPO Y MATERIALES DE MUSEO Benjamín Ballester, Alejandro Clarot, Víctor Bustos, Agustín Llagostera y Héctor Garcés.	5
ASENTAMIENTO DEL COMPLEJO HUENTELAUQUÉN EN CAIMANES: RELACIONES ENTRE VALLES INTERIORES Y COSTA Donald Jackson S., Patricio Galarce C. y Roxana Seguel Q.	23
AVANCES EN LA ARQUEOLOGÍA DE VALDIVIA Simón Urbina A. y Leonor Adán A.	35
RECUERDOS DE UN ALUMNO DE ARQUEOLOGÍA PERTENECIENTE A LA GENERACIÓN DE 1971 Mauricio Massone	61
MEMORIAS Y DESMEMORIAS DE UN ESTUDIANTE DE ARQUEOLOGÍA DE FINES DE LOS 60 Y COMIENZOS DE LOS 70 José Berenguer R.	67
LOS AÑOS FELICES. TESTIMONIO DE LOS 60-70 Luis Rodríguez	73
TRAZAS DE LOS '60 A LOS '70. ENTRE LA PRIMAVERA Y LA TORMENTA Victoria Castro	79



Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA
(Periodo 2012-2015)

Directorio: Leonor Adán, Gloria Cabello, Roberto Campbell, Mauricio Uribe (Presidente), Flora Vilches

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. Publicación anual editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances y resultados de la investigación arqueológica nacional y de zonas afines. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Toda correspondencia debe dirigirse a editor Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, correo electrónico: schaboletin@gmail.com.

Editorial

Tenemos el gusto de entregarles el volumen 43/44 del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. Una publicación que, para sorpresa de más de alguno, ya cuenta con 30 años, puesto que su primer número apareció en Septiembre de 1984.

Desde dichos años hasta hoy, el Boletín ha experimentado muchos cambios, del mismo modo que la arqueología chilena y Chile mismo. Desde sus primeras versiones, a modo de gaceta informativa, de pocas páginas, escrita a máquina y corcheteada en el lomo, el Boletín ha ido modificándose hasta ser lo que hoy usted tiene en sus manos. Han aparecido y desaparecido varias secciones, acomodándose en cierta forma a las necesidades e intereses de los tiempos y de los arqueólogos y arqueólogas. Ya no es necesario, por ejemplo, publicar en el Boletín los permisos que otorga el Consejo de Monumentos Nacionales, ni tampoco el resultado de los concursos FONDECYT. A la vez, hace ya casi 10 años hubo discusiones sobre si convertir al Boletín en una revista indexada o no, como también sobre si era pertinente transformarlo en una publicación estrictamente digital.

Y es necesario reconocer que en estos tiempos sostener –e incluso justificar– una publicación como el Boletín no es algo fácil; tiempos en que los arqueólogos nos encontramos atrapados entre la competitiva carrera académica de las publicaciones indexadas y la vorágine industrial de los estudios de impacto ambiental.

Por otro lado, estos últimos años, han sido fecundos en eventos que nos traen el pasado al presente, los que sirven para tomar conciencia temporal del pasado, del presente –y esperamos del futuro– de nuestra disciplina y de la SCHA. Es así como el año 2013 celebramos los 50 años de la fundación de la Sociedad Chilena de Arqueología, con un segundo encuentro en Punta de Tralca, donde participaron tanto socios y socias como algunos invitados e invitadas, y donde se rindió homenaje a los fundadores Julio Montané, Lautaro Núñez y Mario Orellana. Ya en 2014, participamos del aniversario por los 45 años de la fundación del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción, primera institución que dictó una cátedra de Arqueología y la carrera de Antropología en Chile. También este año acompañamos la celebración de los 60 años de la creación del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile.

Respecto al presente, en 2014 debemos destacar la participación de la SCHA tanto en la VII reunión de Teoría Arqueológica de América del Sur (TAAS) en San Felipe, como también en las IX Jornadas de Arqueología de la Patagonia (JAP) en Coyhaique. A esto debemos agregar la publicación de tres libros como parte de la Serie Monográfica de la SCHA: “Arte y cultura diaguita chilena: Simetría, simbolismo e identidad” de Paola González; “Hans Niemeyer Fernández: Cuadernos de Campo y Arqueología, 1932-1962”, transcrito y compilado por Rubén Stehberg y Sandra Flores; y “Distribución espacial en sociedades no aldeanas: Del registro arqueológico a la interpretación social”, editado por Fernanda

Falabella, Lorena Sanhueza, Luis Cornejo e Itací Correa.

A su vez, el 2015 nos depara la celebración del XX Congreso Nacional de Arqueología Chilena en Concepción, al amparo del recientemente re-fundado Departamento de Antropología de la Universidad de Concepción.

Volviendo al presente, en este número del Boletín encontrarán tres trabajos. Por una parte, Ballester y coautores realizan una suerte de arqueología de la arqueología al informarnos, transcurridas ya varias décadas, del sitio arcaico Los Canastos 3 en el litoral antofagastino; mientras tanto Jackson y coautores aportan nuevos antecedentes para comprender la vasta escala geográfica de las dinámicas sociales que implementaron los primeros pobladores del Norte Semiárido; y, finalmente, Urbina y Adán nos entregan interesantes elementos para comprender de forma más cabal la larga y compleja historia humana que se gesta en Valdivia desde el siglo XVI al XIX.

Acompañando estos trabajos hay cuatro testimonios generacionales, los que requieren una breve presentación. Esta idea surgió a partir de un texto escrito por Mauricio Massone y que él compartiese por la lista de correos electrónicos de la SCHA, tras la reunión por el 50° aniversario. Dado el peculiar valor histórico de este testimonio, en tiempos que la recuperación y preservación de la memoria disciplinar empieza a ser muy valorado, es que en mi condición de editor del Boletín consulté a Mauricio la posibilidad de publicar dicho texto. Mauricio accedió, pero acotando que sería bueno que su texto fuese acompañado por los de otros de sus “compañeros”, los que a su vez pudiesen aportar con otras perspectivas sobre aquellos fundacionales años de las décadas de 1960 y 1970. En consideración de ello, es que contacté a Victoria Castro y José Berenguer, quienes accedieron –quizás algo sorprendidos– a escribir testimonios que “dialogasen” con el de Mauricio. Por su parte José, en una inesperada jugada personal, logró contactar a Luis Rodríguez, el primer arqueólogo titulado de la Universidad de Chile, le comentó de esta curiosísima iniciativa y Luis contribuyó con su testimonio.

Como descubrirán, estas pequeñas “piezas de memoria” ayudan a entender un poco y desde una perspectiva personal –alejada de las historias institucionales u “oficiales”– el desarrollo de la Arqueología en Chile, comprender un poco por qué y cómo hoy estamos donde estamos y somos lo que somos. En este tránsito, es que pasados un par de meses desde el 50° aniversario, debimos lamentar la muerte de Julio Montané y con su partida la pérdida de muchas historias respecto a cómo se forjaba la arqueología chilena en los sesentas y setentas.

Para cerrar esta extensa editorial, extendemos entonces la invitación a quienes deseen compartir sus trabajos y novedades de investigación, escapando un tanto de las vorágines académicas y profesionales mencionadas más arriba. A su vez, nuestra intención es que en los próximos boletines se vayan incluyendo aquellas valiosísimas, pero escasas, piezas de memoria e historia disciplinar.

Por último, nos queda agradecer profundamente a los generosos evaluadores de los trabajos publicados en este Boletín.

Roberto Campbell T.
Editor Boletín SCHA

Arqueología de la prehistoria de la Península de Mejillones: el campamento de Los Canastos 3 desde sus cuadernos de campo y materiales de museo

Benjamín Ballester¹, Alejandro Clarot², Víctor Bustos³, Agustín Llagostera⁴ y Héctor Garcés⁵

Resumen

No todo tiempo pasado fue mejor y en algunas circunstancias ciertas cosas pudieron quedar en el tinero. Es por esto que presentamos la información de un campamento de pescadores, cazadores y recolectores marinos del litoral de Antofagasta que fue excavado en la década de los setentas del cual aún hoy sabemos muy poco, y lo hacemos por la importancia que tiene junto otros sitios de sus alrededores a la hora de delinear las formas de asentamiento y la organización social de estos grupos litorales. Volver sobre temas pasados es lo que da dinámica a nuestra disciplina científica y lo que permite que ésta no se estanque en pantanos interpretativos. Parte de este dinamismo radica en acumular una base empírica que de sostén a las interpretaciones de mayor escala, de ahí la importancia de volver a conversar de los sitios y los artefactos arqueológicos.

Palabras claves: Litoral del Desierto de Atacama, pescadores, cazadores y recolectores marinos, Arcaico Tardío, Asentamiento y movilidad.

Abstract

Not all past was better and in some circumstances certain things could remain in the inkwell. For that reason we present the information of a marine fishers, hunters and gatherers settlement placed in the Antofagasta littoral which was excavated in the seventies, a site from which we still know almost nothing, and we do it for the importance that it have in association with other near sites in the delineation of the settlement patterns and social organization of this littoral groups. Get back to those pass topics is what gives dynamics to our scientific discipline and which allow it not stagnate in interpretive swamps. Part of this dynamism lies in accumulate an empirical base that support the large scale interpretations, hence the importance of returning to discuss the archaeological sites and artifacts.

Key words: Atacama Desert littoral, hunters, fishers and gatherers, Late Archaic, Settlement and mobility.

1 Arqueólogo, investigador asociado al Museo de Antofagasta. E-mail: benjaminballester@gmail.com

2 Estudiante de Antropología Física, investigador asociado al Museo de Antofagasta. E-mail: jano.clarot@gmail.com

3 Arqueólogo, Universidad Internacional SEK. E-mail: victorbustoss@gmail.com

4 PhD. en Ciencias Antropológicas, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Facultad de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades de la Universidad de Antofagasta. E-mail: allagostera@vtr.net

5 Antropólogo, Universidad Católica del Norte. E-mail: hgarcés@ucn.cl

Introducción

Al leer acerca de la prehistoria del litoral del Desierto de Atacama notamos inmediatamente que algunos de los sitios arqueológicos que permitieron su redacción se encuentran, en general, poco documentados y sin detalles acerca de sus contextos arqueológicos. De la necesidad de seguir escribiendo esta prehistoria pero ahora desde un nuevo *estado del arte arqueológico*, desde nuestros conocimientos actuales luego de décadas de excavados los sitios y dentro otros contextos históricos y académicos, nace la iniciativa de revivir de sus ataúdes de cartón a algunos de ellos.

Este es el caso del campamento de Los Canastos 3 ubicado a los pies del macizo de Morro Moreno en la sección meridional de la península de Mejillones, en la costa de Antofagasta (II Región de Chile). Un sitio que fue excavado en 1974 y que desde ese entonces ha sido constantemente mencionado en el discurso arqueológico regional entregándole un rol clave en la prehistoria hacia los momentos finales del arcaico (Cruz y Llagostera 2011, Llagostera 1979, 1989, 1992, 2005, Núñez y Santoro 2011, Santoro *et al.* 2012). Desde los cuadernos y notas de campo de los mismos investigadores que lo excavaron y de la revisión de las colecciones arqueológicas depositadas en el Museo de Antofagasta intentaremos reposicionar a este asentamiento en la prehistoria, delimitar sus propias fronteras materiales y redefinir su naturaleza como campamento.

Los Canastos 3: historia de investigación, emplazamiento, temporalidad y materiales

Antecedentes

Como todo hecho histórico, las excavaciones llevadas a cabo en el sitio de Los Canastos 3 fueron producto de un determinado contexto social y de protagonistas de carne y hueso. Hacia finales de la década de los 60's y en especial a comienzos de los 70's la arqueología chilena daba vuelcos y vivía transformaciones únicas en su historia. En el marco de unas ciencias sociales cada vez más comprometidas con los proyectos políticos nacionales, la arqueología buscaba crecer en términos científicos pero de la mano de las problemáticas sociales de cada región y del país en su conjunto (Montané 1972a, 1972b). Así, y con la llegada de la arqueóloga Guacolda Boisset a la Universidad del Norte en 1967, se da pasó a un proyecto académico regional de investigación que se consolidó con la formación de la carrera profesional de antropología al alero de la misma universidad en el año 1972 (Cruz y Llagostera 2011). El quiebre democrático y social generado por el golpe de estado de 1973 y la posterior dictadura militar truncaron literalmente de *golpe* el proyecto académico, cerrando el ingreso a la carrera y permitiendo que continuaran únicamente las dos generaciones que hasta ese entonces habían ingresado (1972 y 1973) y exclusivamente para los alumnos de la carrera de arqueología. Bajo académicos como Agustín Llagostera, Héctor Garcés, Bente Bittmann, Juan Munizaga, Víctor Bustos y Lautaro Núñez la carrera de arqueología continuó funcionando pero dentro de los límites intelectuales y materiales que imponía una dictadura que intervenía los altos cargos universitarios con militares, reprimía las ideas y censuraba las letras de una arqueología que no pudo florecer.

El proyecto académico realizó trabajos de prospección y excavación en distintos puntos de la costa del desierto de Atacama -p.e. Caleta Urcu, Tocopilla, Punta Blanca, Cobija, Hornitos, Chacaya, Morro Moreno, La Chimba, Antofagasta y Taltal- y en algunos valles del interior -p.e. Quillagua y Chacance-, cristalizándose en tesis de grado y artículos académicos que dieron contenido a la prehistoria hoy escrita de estos inacabables arenales y abruptos roqueríos bañados por el Océano Pacífico.

Uno de ellos fue el campamento de Los Canastos 3 (WGS 84, 19K 335150E / 7399823N), ubicado en el sector de Punta Tetas, en los faldeos del macizo de Morro Moreno en la sección meridional de la península de Mejillones (Figura 1). La localidad cuenta con excelentes condiciones medioambientales para la vida humana, con un intermareal rocoso inmediato y algunas playas de arena a pocos kilómetros de distancia como Juan López, Rinconada y los alrededores de la Isla Santa María (Figura 1), brindando una alta variabilidad de ecosistemas y una rica biodiversidad de especies marinas (Guerra *et al.* 2010). En los alrededores actualmente existen además tres loberas, en Punta Tetas, Punta Jorge y en la Isla Santa María, con una importante abundancia de lobos marinos (Aguayo y Maturana 1973). La presencia del macizo montañoso de Morro Moreno, que alcanza alturas superiores a los 1100 msnm a pocos metros de distancia de la línea de costa, permite gracias a su elevación retener grandes cantidades de humedad de la camanchaca y con ello la existencia de una ecosistema botánico y de fauna único en la región, compuesto por distintas especies herbáceas -p.e. *Hoffmanseggia próstata*, *Cardionema ramosissimum* y *Ozzyroe biflora*, entre otras-, arbustivas -p.e. *Tetragonia angustifolia*, *Heliotropium sp.*, *Suaeda foliosa*, *Baccharis taltalensis* y *Chuquiraga ulcina*, entre otras- y cactáceas -p.e. *Echinopsis deserticola*, *Copiapoa boliviensis*, *Eulychnia morromorensis* y *Neoporferia ooculta*- (Guerra *et al.* 2010, Oltremari *et al.* 1987). Con ellos, una fauna de vertebrados compuesta de roedores, zorros, reptiles y sin número de especies de aves marinas y terrestres completan el panorama ambiental de la localidad (Guerra *et al.* 2010). Si bien en la actualidad solo se han registrado huellas de camélidos silvestres en este sector (Oltremari *et al.* 1987)⁶, previo al auge demográfico de Antofagasta y Mejillones su abundancia debió ser muchísima mayor, tal como describe el cartógrafo Luis Pomar (1887) en 1885 al salir de cacería de guanacos en las laderas del cerro junto a unos pescadores locales.

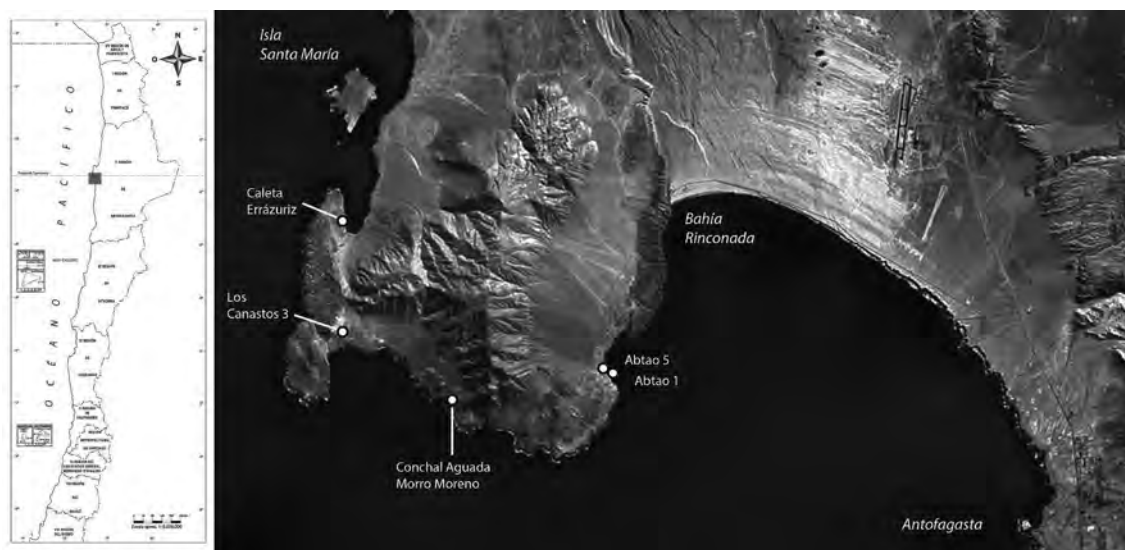


Figura 1: Ubicación de Los Canastos 3 respecto a las localidades mencionadas en el artículo.

A menos de 4 kms en línea recta al Sureste del sitio se encuentra una de las aguadas más conocidas e importantes del litoral antofagastino, la Aguada de Morro Moreno. Esta surtió de agua potable a los primeros habitantes de la ciudad de Antofagasta, y en 1885 poseía una productividad diaria de cerca de 3500 litros de agua (Arce 1997[1930], Pomar 1887). Esta fuente natural fue seguramente uno de los principales atractivos para asentarse en la localidad, tal como lo evidencia una notable centralización y mayor abundancia de sitios arqueológicos a su alrededor (Cruz y Llagostera 2011, Núñez y Varela 1967/68).

6 Aunque de esta “actualidad” ya hayan pasado casi 25 años.

La historia de la investigación arqueológica del sector se remonta a las expediciones que entre 1928 y 1930 realiza el antropólogo y patólogo alemán Otto Aichel, quién excava para sus comparaciones craneométricas algunos de los cementerios que se encuentran junto a la aguada y otros cercanos a la isla Santa María, entre muchos otros que intervino a lo largo del litoral (Aichel 1932, Latcham 1909, 1938). En la década de los 60's Horacio Larraín retoma la iniciativa del investigador Alemán recolectando y excavando algunos conchales y estructuras habitacionales ubicados entre la Isla Santa María y la actual ciudad de Antofagasta, en donde definió ocupaciones desde momentos precerámicos hasta cerámicos tardíos, entre éstas últimas destacaban fragmentos decorados ariqueños y diaguita (Larraín 1966, 1978) (Figura 2). Ya hacia finales del 2000 y como parte de un proyecto CONAMA, Julio Cruz y Agustín Llagostera junto a sus colaboradores excavaron uno de los conchales que excavó Larraín en la década anterior (Figura 2), ubicado justo sobre la aguada de Morro Moreno, entregado dos fechados radiocarbónicos de entre 6130 y 3820 Cal AP⁷ en una ocupación altamente especializada en la explotación de los recursos marinos (Cruz y Llagostera 2009, 2011) (Figura 3, Tabla 1). Las fechas, inscritas en el período Arcaico Tardío costero, se correlacionan temporalmente con la ocupación de Abtao 1 ubicado en Juan López (Figura 1), distante a tan solo 5 kms en línea recta del sitio. En esta última localidad se ha logrado identificar una larga secuencia ocupacional que va al menos desde los 6400 Cal AP hasta momentos de contacto hispano indígena, y aun después con una intensa ocupación colonial y republicana (Ballester *et al.* 2010, Boisset *et al.* 1969, Bravo 1981, 1982). En caleta Errázuriz (Figura 1), península que encierra a la Isla Santa María por el Sur y distante a no más de 3,5 kms en línea recta de Los Canastos 3, en la década de los 80's se realizaron excavaciones, recolecciones superficiales y mapeos de una aldea de filiación PIT y tardía que cuenta con más de 300 estructuras habitacionales semicirculares, algunas de ellas con recintos para almacenamiento (Ballester *et al.* 2010, Durán *et al.* 1994-95). De los materiales recuperados en dicha excavación, tomamos una muestra de valva de *Concholepas concholepas* de la base del conchal sobre el que estaban dispuestas las estructuras habitacionales para fechado radiocarbónico, dando como resultado una ocupación inicial del sector entre los 5860 y 5690 Cal AP (Beta - 335823).



Figura 2: Excavaciones del conchal ubicado sobre la aguada de Morro Moreno en Diciembre de 1964 por Horacio Larraín (fotografía disponible en: <http://eco-antropologia.blogspot.com/search/label/Otto%20Aichel>, visitada el 17-06-2014).

7 2 sigmas.

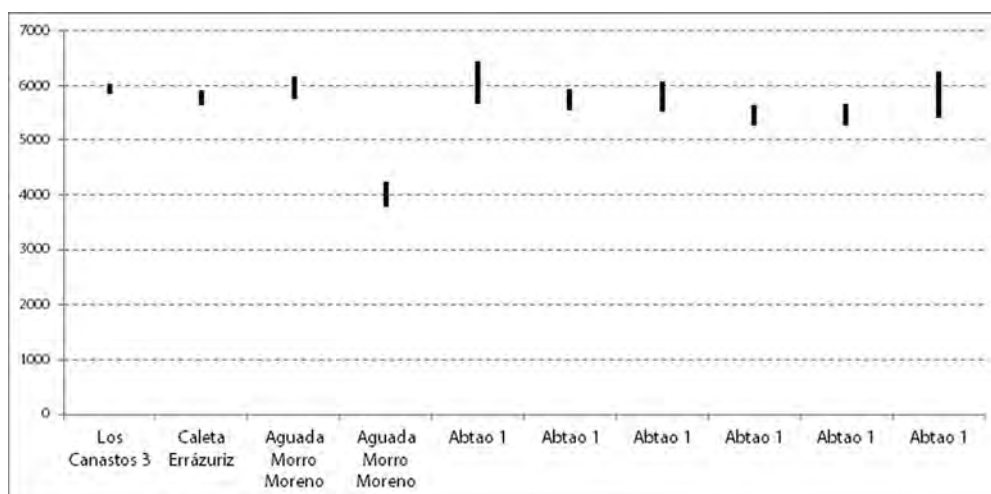


Figura 3: Fechados radiocarbónicos de los sitios Arcaicos Tardíos de los alrededores de Morro Moreno (fechas calibradas en dos sigmas según Calib 601 y curva SHCAL04).

En una prospección realizada en el año 2011 como parte del proyecto FONDECYT 1110702 a todo el flanco Sur del macizo de Morro Moreno y su litoral adyacente, logramos identificar una serie de conchales arcaicos, estructuras habitacionales semicirculares de momentos alfareros, algunos cementerios de túmulos formativos y cementerios del PIT, además de las improntas aun visibles de la industria de extracción y embotellamiento de agua potable que funcionó en la era republicana junto a la aguada. El panorama arqueológico local muestra una intensa ocupación prehispánica, con asentamientos estables marcados por grandes campamentos residenciales y densos cementerios, pero además por una enorme dispersión de sitios de menor envergadura seguramente relacionados a *afuerinos* que venían en búsqueda de agua hasta la vertiente, tal como lo fue para Juan “el Chango” López a finales del siglo XIX (Arce 1997[1930], López *et al.* 2012[1863]). Esta, debido a ser la única fuente de agua potable en decenas de kilómetros a la redonda, debió jugar un rol fundamental en el ordenamiento de las relaciones sociales entre las distintas poblaciones que habitaban la sección meridional de la península de Mejillones, y más que un bien privado, debió constituir una fuente de alianzas y seguridad en la reproducción de los lazos entre las comunidades costeras.

Los Canastos 3

El sitio Los Canastos 3 corresponde a un amplio conchal de una extensión aproximada de 6000 mts² ubicado sobre una plataforma de abrasión marina asociada a uno de los tantos cordones montañosos que se desprenden de las faldas del macizo principal de Morro Moreno (Figura 1). Las labores de terreno se llevaron a cabo en el año 1974 (Figura 4), comenzando por una recolección superficial selectiva sobre todo el yacimiento y la excavación de 6 pozos de sondeo de 1x1 mts para delimitar su potencial estratigráfico. Definidas la extensión y los lugares de mayor depósito del sitio, se trazaron dos áreas de excavación sistemática -“A” y “F”- con un total de 10 unidades de 2x2 mts, totalizando cerca de 46 mts² de excavación.

Del material recuperado en superficie destaca la presencia de cuentas de collar, fragmentos cerámicos, instrumentos de cobre y artefactos líticos (Tabla 2). Cabe destacar que inmediato al sitio de Los Canastos 3 se identificaron otros asentamientos prehispánicos, como cementerios y conchales alfareros de distintos períodos, por lo que parte del material superficial de este sitio puede provenir de ocupaciones mezcladas o superpuestas dada la cercanía espacial de algunos de ellos,

como es el caso de Los Canastos 2, un cementerio alfarero altamente saqueado.

Desde los pozos de sondeo el material varió según los niveles estratigráficos y la ubicación espacial de cada uno de los pozos (Tabla 3).

Localidad	Sitio	Contexto	Fecha sobre	AP	Sigma	Cal. AP 2 sigmas	Referencia
Morro Moreno	Conchal Aguada	-	Concha	5730	60	6130 - 5810	Cruz y Llagostera 2009
	Conchal Aguada	-	Concha	4160	60	4200 - 3820	Cruz y Llagostera 2009
	Abtao 1	-	-	5350	170	6404 - 5707	Cruz y Llagostera 2009
	Abtao 1	-	Concha	5030	70	5903 - 5589	Núñez 1976
	Abtao 1	-	Concha	5100	130	6030 - 5579	Núñez 1976
	Abtao 1	-	Carbón	4800	70	5596 - 5319	Núñez 1976
	Abtao 1	-	Concha	4820	70	5608 - 5319	Núñez 1976
	Abtao 1	-	Carbón	5090	180	6209 - 5447	Núñez 1976
Caleta Huelén	Caleta Errázuriz	Conchal bajo Est. 188	Concha	5570	30	5860 - 5690	
	Los Canastos 3	Sec. F / Un. B1 / Est. 3B	Hueso mamífero	5160	30	5990 - 5900	
	CH 42	Est 1, piso 4, tumba 12	Madera	3780	90	4300 - 3841	Núñez et al 1975; Zlatar 1987
	CH 42	Un. 1, piso ocupacional	Carbón de hueso	4780	100	5658 - 5271	Núñez et al 1975; Zlatar 1987
Tocopilla	Punta Blanca	Piso ocupacional	-	4730	180	5743 - 4862	Llagostera 1990
Cobija	Cobija 13	-	Carbón vegetal	6030	70	6999 - 6643	Bittmann y Munizaga 1984
	Cobija 13	-	Concha	5510	60	6400 - 6174	Bittmann y Munizaga 1984
	Cobija 13	-	Carbón vegetal	5060	120	5999 - 5569	Bittmann y Munizaga 1984
	Cobija S 1	-	Carbón vegetal	5460	140	6490 - 5899	Bittmann y Munizaga 1984
	Cobija S 1	-	Carbón vegetal	5440	150	6485 - 5886	Bittmann y Munizaga 1984
	Cobija S 1	-	Carbón vegetal	4880	90	5740 - 5434	Bittmann y Munizaga 1984
	Guasilla 1	-	Carbón vegetal	4730	180	5743 - 4862	Montenegro 1982
	Guasilla 1	-	Carbón vegetal	3490	290	4444 - 2930	Montenegro 1982
Mejillones	Chacaya 2	-	Madera de cactus	4780	30	5590 - 5470	Ballester et al 2014
Paposo	Punta Negra 1a	-	-	4680	40	5473 - 5280	Contreras et al 2011
	Punta Negra 1a	-	-	4910	40	5662 - 5571	Contreras et al 2011
	Punta Negra 1a	-	-	4940	40	5725 - 5580	Contreras et al 2011
	Punta Morada	Sector 1	-	4710	60	5494 - 5281	Castelleti 2007
	Punta Morada	Sector 2	-	3610	70	3999 - 3679	Castelleti 2007
Taltal	Punta Morada	Sector 2	-	4070	70	4658 - 4283	Castelleti 2007
	Morro Colorado	Sector 1	Concha	6400	60	7421 - 7163	Castelleti 2007
	Morro Colorado	Sector 2	Concha	3730	80	4246 - 3821	Castelleti 2007
	Los Bronces-1	-	Cenizas	4870	40	5660 - 5580	Cruz y Llagostera 2009
	Los Bronces-1	-	Carbón	4490	70	5320 - 4870	Cruz y Llagostera 2009
	Los Bronces-1	-	Carbón	5410	60	6300 - 6010	Cruz y Llagostera 2009
	Los Bronces-1	-	Carbón	4820	60	5650 - 5340	Cruz y Llagostera 2009

Tabla 1: Fechados de los principales sitios mencionados (fechas calibradas en dos sigmas según Calib 601 y curva SHCAL04) (Los fechados realizados sobre restos marinos deben ser calibrados según el efecto reservorio local [Ortlieb et al. 2011, Southon et al. 1995, Taylor y Berger 1967]).

Las unidades de excavación sistemática del sector “A” dejaron en evidencia cinco estratos culturales (Figura 5). El estrato superficial de no más de 5 cms de espesor presentaba una matriz de arenas finas y gravilla de tamaño medio, color gris ceniciento y asociada a material cultural compuesto de restos malacológicos y algunos instrumentos. El estrato 1 presentaba un espesor promedio de 12 cms y estaba compuesto de arenas finas de color café mezcladas con un alto porcentaje de restos malacológicos y, en menor medida, ictiológicos, además de algunos restos óseos de aves y mamíferos marinos. El estrato 2 contaba con una matriz arenosa de color café con gravilla de unos 15 cms de espesor, mezclada con restos malacológicos, entre los que destaca la alta abundancia de *Choromytilus chorus*. El estrato 3 tenía una matriz arenosa semicompacta de color café oscura y un espesor promedio de 8 cms, con las mismas basuras arqueológicas del estrato anterior. El estrato cuatro y final tuvo un espesor de 10 cms y estaba compuesto de una matriz color café amarillenta de arenas finas y gravilla, con escasas evidencias arqueológicas, como moluscos y algunos restos líticos. En total, un depósito cultural de 50 cms de profundidad en promedio.

En el área “F” se excavaron cinco cuadrículas de 2x2 mts, dejando en evidencia un depósito de casi 80 cms de profundidad divididos en tres estratos culturales además del superficial. Éste último era poco compacto y de arenas finas, gravilla, conchilla molida y restos arqueológicos, de color gris ceniciento y 5 cms de espesor. El estrato 1, por su parte, estaba compuesto de arenas finas, gravilla, junto a restos malacológicos, ictiológicos y de mamíferos marinos y terrestres asociados a instrumentos líticos, óseos y de concha, dándole al sedimento un color café claro y una textura semicompacta por casi 27 cms de profundidad. El estrato 2 poseía una matriz similar

pero compuesta principalmente de restos malacológicos entre los que destacaba el alto porcentaje de valvas de *Choromytilus chorus* completas o en buen estado de conservación, junto a instrumentos óseos, líticos y de concha, en 30 cms de depósito. Casi al final de este estrato aparecen en planta algunas estructuras semicirculares con pisos preparados. El estrato 3 y final se componía en mayor medida de restos malacológicos, entre los que predominan *Concholepas concholepas*, en un sedimento café grisáceo de un espesor promedio de 15 cms.

Área	A	B	C	D	E	F	G
Materiales							
Desechos líticos	1738	1270	951	1850	1978	2254	885
Instrumentos	43	10	36	94	78	98	65
Cerámica	22	12	10	1	10	0	63
Cuentas	0	0	0	0	1	1	0
Cobre	0	0	0	2	1	0	0

Tabla 2: Detalle de los materiales recuperados en superficie.



Figura 4: Excavaciones en Los Canastos 3 en la década de los 70's (Cruz y Llagostera 2011: 29; Figura 2).

Las diferencias en la disposición de las estructuras habitacionales y el hecho de que algunas se encontraran unas sobre otras, hizo inferir en momentos de la excavación la posibilidad de existencia de tres niveles diferenciados de estructuras superpuestas, las que fueron únicamente registradas en las unidades de excavación B1, A1, A2 y A-2 del sector "F". Éstas estaban construidas a partir de lajas verticales formando un muro perimetral semicircular, algunas de las cuales presentaban además pisos preparados de cenizas similares a los registrados en otros asentamientos Arcaicos Tardíos del litoral del Desierto de Atacama (Ballester *et al.* 2014, Bittmann 1984, Núñez *et al.* 1975, Núñez y Santoro 2011).

Materiales	Pozo 1		Pozo 2	Pozo 3				Pozo 4		Pozo 5					Pozo 6
	Niveles		Nivel	Niveles				Niveles		Niveles					Nivel
	1	2	1	1	2	3	4	2	3	1	2	3	4	5	1
Puntas proyectil	2	1	1	3						3	4	4	1		
Cerámica	1														1
Lima lítica			1								1				
Barba ósea			1												
Instrumento óseo				2	3	2				1					
Anzuelo compuesto				1										1	
Pesas					2										
Anzuelo de concha								1	1					1	
Cuentas								1							
Raspadores												2			

Tabla 3: Detalle de los instrumentos recuperados según niveles en cada pozo de sondeo.

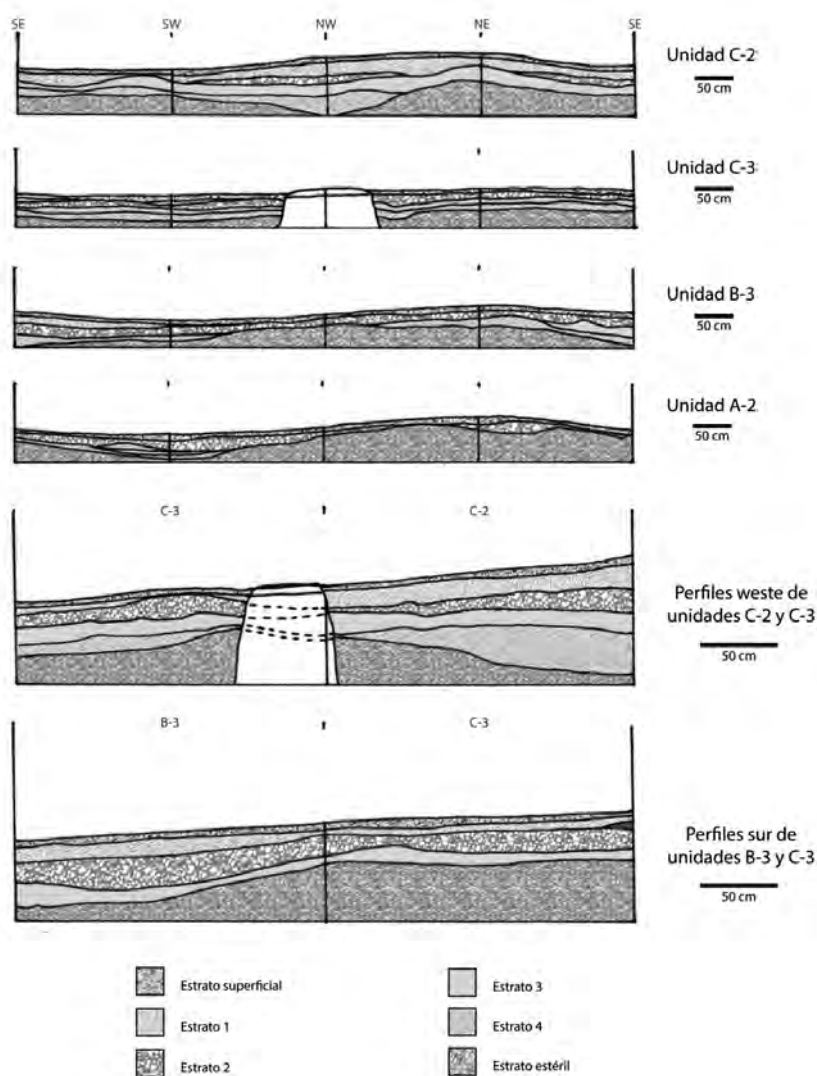


Figura 5: Detalle de los perfiles y estratigrafía de las unidades de excavación del sector “A” de Los Canastos 3.

En los niveles superiores de estructuras se registró un entierro tumular que contaba con restos óseos humanos de al menos tres individuos, al parecer de carácter secundario. Si bien los cuerpos no presentaban ajuar diagnóstico que permitieran adscribirlos a algún período de la prehistoria local, su preparación tumular se asimila arquitectónicamente al patrón fúnebre del Formativo costero (2500 al 1200 Cal AP) de este litoral (Ballester y Clarot 2014, Capdeville 1928, Latcham 1910, Moragas 1982, Mostny 1964a, Núñez 1971, Spahni 1967).

Datación

Una muestra de hueso de mamífero tomada del tercer estrato de la cuadrícula B1, nivel donde se encuentran las estructuras más tempranas del sitio, fue enviada para fechado AMS dando como resultado una ocupación desde al menos los 5990 a 5900 Cal AP (Beta - 335827). Ésta es sincrónica a las ocupaciones de Abtao 1 en Juan López, a las más tempranas de Caleta Errázuriz y del conchal de la Aguada de Morro Moreno (Figura 3, Tabla 1), mostrando una alta intensidad ocupacional de los alrededores del macizo durante este período (Figura 1).

Instrumentos y tecnologías

De las excavaciones se logró recuperar un conjunto diverso y abundante de restos artefactuales. Fragmentos alfareros se registraron únicamente en los niveles superiores de dos pozos de sondeos (1 y 6) y en los tres estratos superiores de las unidades de excavación del sector “A”, entre los que destaca un fragmento cerámico negro casi pulido típico del Formativo Tardío y Período Medio de San Pedro de Atacama recuperado del estrato 3 de este último sector, mientras que la colecta superficial entregó fragmentos tipo San Miguel y Dupont del PIT. En el sector “F” no se registraron restos de cerámica en estratigrafía ni en superficie. De acuerdo al conjunto cerámico del sitio, el sector “F” correspondería a una ocupación precerámica, mientras que los niveles inferiores del sector “A” serían el resultado de una ocupación durante el período Formativo Tardío costero⁸ y el superficial a momentos del PIT.

Estrato	SUP				I				II			III			IV	Total
Cuadrícula	A2	B3	C2	C3	A2	B3	C2	C3	B3	C2	C3	B3	C2	C3	C3	
Materiales																
Cerámica	1	3		1	2					3			1			11
Cuentas										1						1
Hojas o puntas	3					1			3	2	1	1		1	1	13
Pesas cigarro								1	1				1	2	1	6
Pesas tipo bola													1	1		2
Raspadores														2		2
Cuchillos líticos						1	2	1			1				2	7
Instrumentos óseos									1		1		1	1	1	5
Bifaces									1					1	1	3
Limas													1			1

Tabla 4: Detalle de instrumentos por estrato cultural en cada una de las cuadrículas excavadas en el sector “A”.

8 La secuencia histórico-cultural del litoral desértico no cuenta con un Período Medio, por lo que el Formativo Tardío debiera prolongarse hasta comienzos del PIT, tal como se evidencia en la continuidad de su patrón fúnebre y en las tecnologías de explotación del medio marino (Ballester y Clarot 2014).

El conjunto lítico se compone de un alto porcentaje de desechos de producción de instrumentos, en especial de talla bifacial. Los artefactos recuperados se encuentran mayoritariamente fracturados, destacando la presencia de múltiples formatos de cuchillos, algunos sobre lascas de filos vivos, mientras que otros presentan un mayor grado de inversión de trabajo con retoque marginal unifacial y en algunos casos trabajo bifacial. Entre éstas últimas se pudieron identificar algunas que por sus dimensiones podrían corresponder a los cuchillos taltaloides tradicionales del período Arcaico Tardío y Formativo del litoral desértico (p.e. Figura 6, N°10-12), piezas que en general son recurrentes en otros contextos habitacionales de ambos períodos (Ballester y Clarot 2014). El alto número de preformas bifaciales de cabezales (p.e. Figura 6, N°7-9) y de cabezales pedunculados terminados descartados (p.e. Figura 6, N°2-6) asociados estratigráficamente a los desechos de desbaste bifacial son resultado de una larga cadena operativa en el sitio, que iba desde las etapas medias de reducción bifacial hasta sus instancias uso y descarte.

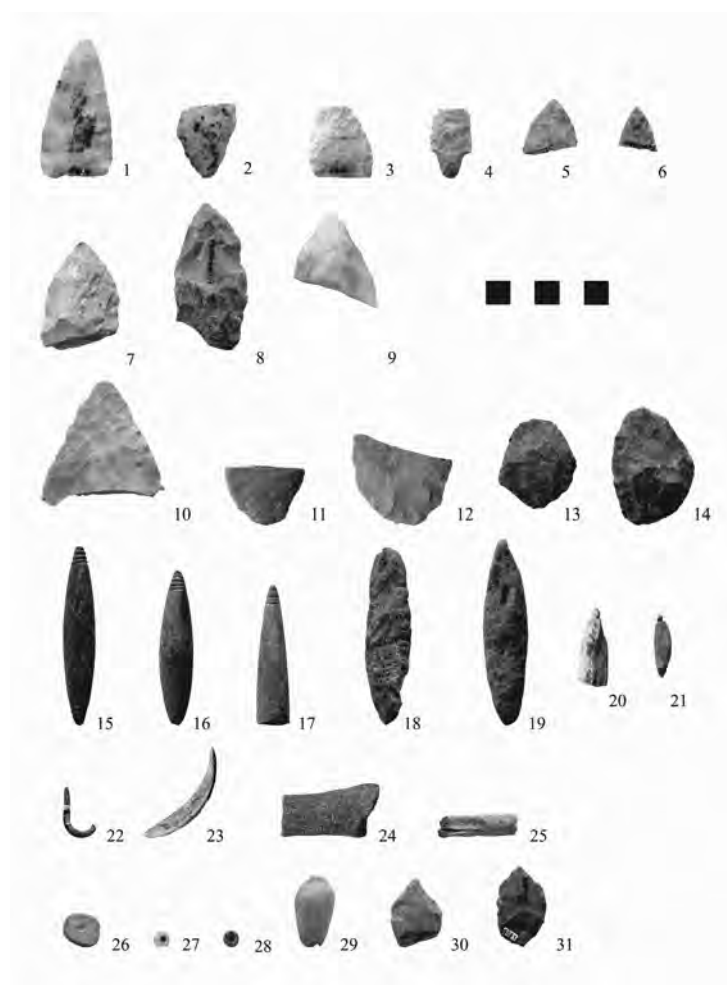


Figura 6: Instrumentos recuperados del sitio Los Canastos 3: (1) Cuchillo lítico completo; (2-6) cabezales líticos fracturados; (7-9) preformas bifaciales fracturadas; (10-12) fragmentos de hojas-cuchillo taltaloides; (13-14) cuchillos líticos; (15-17) pesas líticas tipo cigarro; (18-19) preformas de pesas líticas tipo cigarro; (20) fragmento de pesa sobre valva de *Choromytilus chorus*; (21) pesa ósea; (22) anzuelo de concha; (23) barba de anzuelo compuesto sobre valva de *Choromytilus chorus*; (24) fragmento de lima; (25) sección distal de un cabezal de arpón de hueso; (26) preforma de cuenta malacológica; (27) cuenta malacológica; (28) cuenta lítica; (29) colgante de Oliva peruviana; (30-31) perforadores líticos.

Adicionalmente se registraron raspadores, percutores, pucos de piedra y pesas líticas. Entre estas últimas destacan dos tipos: las esferoidales de surco perimetral usadas tradicionalmente como peso basal en las poteras y las pesa cigarro para pesca con línea y anzuelo (Ballester y Clarot 2014). El primer tipo de pesas se populariza a lo largo de la costa durante el Formativo (2500 al 1200 Cal AP) (Ballester y Clarot 2014), lo que explicaría su ausencia en el sector “F” y su presencia en el mismo tercer estrato en que aparece la cerámica Formativa del sector “A” (Tabla 4). Por su parte las pesas tipo cigarro para líneas de pesca fueron utilizadas, al menos, desde que se populariza el uso de anzuelos en el litoral, siendo frecuentes en los depósitos basurales y como ofrenda en contextos fúnebres desde el Arcaico Tardío hasta el PIT (Bird 1943, Boisset *et al.* 1969, Bravo 1981, Mostny 1964a, Spahni 1967), razón por la cual están representadas en los sectores “A” y “F” sin diferencias estratigráficas significativas. Estas últimas se presentan en sus dos modalidades morfofuncionales (Ballester y Clarot 2014), con una y dos muescas para el amarre de la línea (p.e. Figura 6, N°15-16). Uno de los elementos interesantes del sitio fue la recuperación de preformas de pesas tipo cigarro, lo que junto a la presencia de piezas terminadas fracturadas dan cuenta de actividades de manufactura y descarte en el mismo campamento (p.e. Figura 6, N°15-19).

Estrato	SUP					I					II					III				
Cuadrícula	A1	A2	A-2	B1	C1	A1	A2	A-2	B1	C1	A1	A2	A-2	B1	C1	A1	A2	A-2	B1	C1
Materiales																				
Lascas	X	X		X	X	X	X	X	X	X		X	X	X	X					X
Raspadores					X		X	X	X	X		X	X							
Cuchillos sobre lascas	X				X	X	X	X	X	X		X	X							
Hojas y/o puntas	X	X	X	X		X	X	X	X	X		X	X	X						
Bifaces		X					X			X		X								
Pesas líticas						X				X		X		X						
Percutores líticos	X					X	X			X			X							
Limas líticas	X						X						X							
Pucos de piedra							X			X		X								
Cuentas de concha	X			X		X	X	X	X			X	X	X						
Anzuelos de concha												X	X	X						
Anzuelos de hueso						X	X	X	X											
Anzuelos de quisco									X				X							
Barbas de arpón						X	X		X	X		X	X							
Chopes mariscadores						X	X		X				X							
Tubos óseos							X					X	X							
Cordelería	X					X	X	X	X	X		X	X	X						
Malacológico	X	X	X	X	X	X	X	X	X	X		X	X	X						X
Ictiológico		X				X	X	X	X			X	X	X						
Mamíferos marinos	X					X	X	X	X	X		X	X	X						
Aves	X					X	X	X		X		X	X	X						
Algas							X					X	X							
Camélidos									X			X								
Cactáceas						X	X	X	X	X		X	X							

Tabla 5: Presencia/ausencia de material cultural en las excavaciones del sector “F”.

La industria de concha se integra principalmente de anzuelos sobre valvas de *Choromytilus chorus*, barbas de anzuelo compuesto sobre la misma materia prima y cuentas de collar. Los anzuelos de concha fueron recuperados únicamente desde las excavaciones estratigráficas del sector “F” y desde los pozos de sondeo 4 y 5, estando completamente ausentes en el sector “A” (Tablas 3, 4, 5). Esto resulta coincidente con la información tecnológica que hasta el momento se dispone para los distintos períodos de la prehistoria del litoral desértico, ya que los contextos más tempranos publicados con anzuelos de concha datan del 7000-6500 Cal AP y no se han registrado ejemplares

en contextos fúnebres y habitacionales del período Formativo (2500 al 1200 Cal AP) (Ballester y Clarot 2014, Boisset *et al.* 1969, Contreras *et al.* 2011, Mostny 1964b, Spahni 1967)⁹, lo que sitúa su uso antes de la aparición de la tecnología cerámica, situación que explicaría su ausencia en el sector “A” de Los Canastos 3. La presencia en los mismos niveles de limas cilíndricas de arenisca abre la posibilidad de que en el mismo campamento se estuvieran manufacturando y descartando anzuelos de concha.

La tecnología de pesca se complementó además con anzuelos manufacturados sobre espina de quisco y hueso, ambos tipos presentes también en el sector “F” del sitio. La concurrencia de los tres soportes de anzuelos ya había sido documentada con anterioridad en Abtao 1 y en Caleta Huelén 42 (Boisset *et al.* 1969, Núñez *et al.* 1975, Núñez 1974), un proceso de diversificación tecnológica que seguramente tiene que ver con una ampliación de las esferas productivas en torno a la pesca, para capturar distintas especies, o como parte de procesos de innovación artefactual aun no documentada antes del Arcaico Tardío. Esta situación se vuelve más elocuente si consideramos además la presencia en todos estos sitios de barbas de concha y hueso para anzuelo compuesto, un artefacto de pesca que por su superior tamaño seguramente estuvo destinado a la captura de peces de mayores dimensiones.

Dos tipos de cuentas de concha fueron identificadas en el sitio: discoidales y de *Oliva peruviana* (p.e. Figura 6, N°27–29). Si bien se recobraron en todo el sitio la mayor frecuencia se registró en el sector “F”. Además de piezas completas en el conjunto existen algunas preformas más grandes y con el orificio central inconcluso (p.e. Figura 6, N°26), lo que asociado a la presencia de perforadores líticos, indica una manufactura in-situ de las cuentas (p.e. Figura 6, N°30–31).

Finalmente, la presencia de barbas de arpón y al menos un fragmento de vástago de un cabezal de arpón sobre hueso provenientes del sector “F”, atestiguan que estas poblaciones implementaron la tecnología del arponaje para cazar presas marinas. Barbas de las mismas características fueron registradas a lo largo de toda la secuencia del vecino Abtao 1 y son comunes en la mayoría de los sitios documentados del período Arcaico Tardío del litoral desértico, dando cuenta de la importancia y extensión de esta técnica de caza marina (Ballester y Clarot 2014, Ballester *et al.* 2014, Bird 1943, Boisset *et al.* 1969, Castelleti 2007, Contreras *et al.* 2008, 2011, Mostny 1964a, Núñez *et al.* 1975, Núñez 1974).

Discusión

El sitio de Los Canastos 3 corresponde a un extenso conchal formado por una superposición de ocupaciones desde momentos precerámicos hasta tiempos tardíos. Si bien los pozos de sondeo y las excavaciones arrojaron bajos porcentajes de fragmentería cerámica, es indudable que hubo al menos una ocupación en donde se utilizó alfarería en los estratos superiores de uno de los sectores del sitio. De todas formas en el sector “F” ni las recolecciones superficiales ni los pozos de sondeos y unidades de excavación arrojaron evidencias de ocupaciones cerámicas, por lo que debe corresponder al área más temprana y sin una reocupación para momentos alfareros.

Las estructuras identificadas en este mismo sector recuerdan inmediatamente al patrón constructivo del período Arcaico Tardío costero (6500 al 4000 Cal AP) compartido geográficamente desde la desembocadura del río Loa hasta más al sur de Taltal (Ballester y Gallardo 2011, Ballester *et al.* 2014, Bittmann 1984, Bustos 1974, Capdeville 1921, Castro *et al.* 2012, Contreras *et al.* 2008, 2011, Latcham 1939, Mostny 1964a, Núñez *et al.* 1975, Núñez 1974, Zlatar 1983, 1989).

De ser así, el sitio contaría con una ocupación inicial con estructuras habitacionales formales

9 Aún se requiere un trabajo cronológico más acucioso para poder determinar límites los temporales del uso del anzuelo de concha con mayor certeza y precisión.

del periodo Arcaico Tardío en su sector “F”, el que habría sido utilizado posteriormente durante el Formativo debido a la presencia de un entierro tumular por sobre el nivel de las estructuras. Según la evidencia cerámica en este mismo período se habría ocupado además el sector “A”, mientras que los estratos superficiales de todo el sitio serían el resultado de actividades realizadas durante el PIT. En términos generales, una ocupación multicomponente de un mismo espacio físico definido seguramente por las riquezas productivas del medioambiente local y por la tradición trans-generacional y filiación territorial de estas poblaciones con este espacio físico.

Calificamos a Los Canastos 3 como un campamento base residencial principalmente por sus estructuras habitacionales formales y por la naturaleza de sus materiales arqueológicos. Desde éstos últimos es posible inferir una amplia variedad de actividades productivas y sociales dentro del sitio, como el consumo diversificado de alimentos y su procesamiento a partir de los restos de fauna y los cuchillos líticos, preparación de cueros por sus raspadores, manufactura y uso de bifaces líticos, elaboración de adornos corporales, fabricación y uso de anzuelos, confección y uso de pesas de piedra, además de actividades de caza de presas marinas mediante tecnología de arponaje. Manufactura y uso de una gran diversidad de instrumentos y para múltiples fines, junto a una estrategia de centralización hacia el campamento base de la producción que se realizaba en otras locaciones dentro de un patrón de asentamiento basado en la estabilidad de campamentos residenciales, pero junto a una alta movilidad logística que permitiera explotar los distintos microambientes a lo largo del litoral, la cordillera de la costa y parte de la pampa (Ballester y Gallardo 2011, True 1975). Esta misma estrategia de asentamiento y movilidad han sido registradas en otros campamentos residenciales del litoral desértico como en Camarones 14, Punta Píchaló, Punta Blanca, Abtao 1 y 5, Morro Colorado y Punta Morada, solo por nombrar algunos casos (Bird 1943, Boisset *et al.* 1969, Bravo 1981, Castelleti 2007, Llagostera 1979, 1990, 1992, Schiappacasse y Niemeyer 1984).

La presencia de al menos dos campamentos residenciales en torno al macizo de Morro Moreno como Abtao 1 y los Canastos 3 (distantes a 9 km en línea recta), junto a otros asentamientos como el conchal de Aguada Morro Moreno y Caleta Errázuriz (Figura 1), todos fechados dentro de un mismo rango temporal (Figura 3, Tabla 1), pone de manifiesto una alta intensidad ocupacional de la zona durante el Arcaico Tardío como resultado seguramente de la convivencia de distintas unidades sociales o comunidades (Ballester y Gallardo 2011). Debemos considerar que no es unívocamente la presencia de estructuras formales de habitación –arquitectura de piedras– el factor que define un asentamiento como residencial, sino más bien la naturaleza completa del contexto arqueológico del sitio. Así, aun cuando Abtao-1 no cuente directamente con las estructuras típicas del período, sus depósitos materiales dan cuenta de múltiples actividades domésticas y productivas propias de un contexto residencial (Boisset *et al.* 1969), constituyendo seguramente el área de descarte de las basuras de un sector habitacional aledaño hoy arrasado por el actual balneario de Juan López o tapado por las basuras de Abtao 5. Situaciones similares han sido registradas en otros campamentos residenciales del período como entre Punta Negra 1a y 1b en Paposo, y Morro Colorado y El Caserón en Taltal (Bird 1943, Castelleti 2007, Contreras *et al.* 2011, Mostny 1964a).

A nivel tecnológico las poblaciones litorales locales del Arcaico Tardío implementaron múltiples soluciones para abastecerse y procesar los recursos. Pescaron utilizando anzuelos simples y compuestos asociados a pesas líticas, faenaron sus presas utilizando cuchillos de distintas dimensiones que iban desde una lasca de filo vivo hasta una hoja tipo taltaloide, además de cazar grandes presas marinas utilizando el sistema de arponaje.

Si bien para esta última tecnología el sitio de Los Canastos 3 no entrega evidencia directa complementaria respecto de sobre qué presas fue utilizada, la presencia de restos de albacora, marlín y algunas especies de tiburón en otros contextos sincrónicos de la costa desértica hacen pensar que la innovación tecnológica del arponaje pudo estar orientada hacia la caza de estas grandes presas mediante el uso embarcaciones (Castro *et al.* 2012, Núñez *et al.* 1975, Núñez 1974, Olguín *et al.*

2014). Respecto a su posible uso para la caza de lobos marinos, el consumo de este mamífero se registra recurrentemente desde las primeras ocupaciones del litoral desértico (13000–12000 Cal AP) pero sin la implementación de una tecnología especializada de arponaje para su captura (Castelleti 2007, Llagostera 1979, Llagostera *et al.* 2000), la que aparece en la secuencia de la prehistoria costera recién hacia los 6000 Cal (Bird 1943, Boisset *et al.* 1969, Contreras *et al.* 2011, Núñez *et al.* 1975). Esto resulta aún más sugerente cuando durante un mismo momento histórico concurren sincrónicamente la tecnología del arponaje, el consumo de especies de alta mar, las primeras representaciones de embarcaciones, un nuevo patrón de asentamiento y una mayor estrechez de las relaciones comunales a lo largo del litoral (Ballester y Clarot 2014, Ballester y Gallardo 2011, Contreras y Núñez 2009, True 1975).

Sin duda nuestro estudio no cierra el problema del rol de Los Canastos 3 en la prehistoria regional y mucho menos resuelve si quiera una de las tantas temáticas que guían o sirven de eje a la prehistoria litoral, pero aun así constituye un insumo más para seguir trabajando desde éste y muchos otros sitios, instrumentos, representaciones y basuras de los antiguos habitantes del desierto más árido del mundo, para desde ellos poder ir afinando su prehistoria lo más cercana posible a los hechos, vivencias y procesos que ellos mismos vivieron.

Agradecimientos. Esta contribución pudo realizarse gracias a los Proyectos FNDR LAM Museo de Antofagasta y FONDECYT 1110702. Nuestros más sinceros agradecimientos a los académicos y funcionarios del Museo de Antofagasta, en especial a Verónica Díaz, Ivo Kúzmanic, Héctor Ardiles y Nancy Montenegro, además de los profesores Julio Cruz y Patricio Núñez por su abierta disposición a desempolvar parte de la prehistoria de este árido litoral. Junto a ellos un especial agradecimiento a todo el equipo del proyecto Fondecyt 1110702, y en particular a Francisco Gallardo, Alexander San Francisco y José Blanco por sus comentarios sobre el artículo. Además, y quizás más importante aún, si bien esta publicación fue escrita por un grupo reducido de investigadores, el contenido detrás de sus líneas fue el resultado del trabajo de académicos, funcionarios y estudiantes de la carrera de Arqueología de la antigua Universidad del Norte sede Antofagasta. Trabajos y personas distantes temporal y generacionalmente, pero que en conjunto pretenden cuajar en un mismo producto social: nuestra prehistoria.

Referencias citadas

- Aguayo, A. y R. Maturana. 1973. Presencia del lobo marino común (*Otaria flavescens*) en el litoral chileno. *Biología Pesquera* 6: 45–75.
- Aichel, O. 1932. Ergebnisse einer Forschungsreise nach Chile-Bolivien. *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie* 31(1): 1–166.
- Arce, I. 1997 [1930]. *Narraciones históricas de Antofagasta*. Lama Industriales, Antofagasta.
- Ballester, B. y A. Clarot. 2014. *La gente de los túmulos de tierra*. Marmot Impresores, Santiago.
- Ballester, B. y F. Gallardo. 2011. Prehistoric and historic networks on the Atacama Desert coast (northern Chile). *Antiquity* 85(329): 875–889.
- Ballester, B., A. Clarot y V. Bustos. 2014. Chacaya 2: Reevaluación de un campamento Arcaico Tardío (6000 al 4000 Cal AP) de la costa de Mejillones, II Región, Chile. *Werkén* 15: 31–48.
- Ballester, B., A. San Francisco y F. Gallardo. 2010. Modo de vida y economía doméstica de las comunidades cazadoras recolectoras costeras del Desierto de Atacama durante tiempos coloniales y republicanos. *Taltalia* 3: 21–32.
- Bird, J. 1943. *Excavations in northern Chile*. American Museum of Natural History, New York.

- Bittmann, B. 1984. El Proyecto Cobija: investigaciones antropológicas en la costa del Desierto de Atacama. *44º Congreso Internacional de Americanistas, simposio Culturas Atacameñas*, pp: 99-146. Manchester.
- Bittmann, B. y J. Munizaga. 1984. Evolución en poblaciones precolombinas de la costa norte de Chile. *Chungara* 13: 129-142.
- Boisset, G., A. Llagostera y E. Salas. 1969. Excavaciones arqueológicas en Caleta Abtao. Antofagasta. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 75-152. DIBAM, La Serena.
- Bravo, L. 1981. *Abtao-5: un modelo de adaptación tardía a la costa de la Segunda Región*. Memoria para optar al título de Arqueólogo, Universidad del Norte, Departamento de Historia y Arqueología, Antofagasta.
- _____. 1982. Una proyección representativa de los recursos ictiotróficos del yacimiento Abtao-5 y sus implicancias socio-económicas. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 95-104. DIBAM, La Serena.
- Bustos, V. 1974. Chacaya II: una aldea temprana sin agricultura y sin cerámica. *Arqueológica* 2: 12-41.
- Capdeville, A. 1921. Notas acerca de la Arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2: 1-23.
- Capdeville, A. 1928. Cómo descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados, en zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural* 32(1): 348-364.
- Castelleti, J. 2007. *Patrón de asentamiento y uso de recursos a través de la secuencia ocupacional prehispánica en la costa de Taltal*. Tesis para optar al grado de Magister en Antropología con mención en Arqueología, Universidad Católica del Norte.
- Castro, V., C. Aldunate y V. Varela. 2012. Paisajes Culturales de Cobija, Costa de Antofagasta, Chile. *Revista Chilena de Antropología* 26(2): 97-128.
- Cruz, J. y A. Llagostera. 2009. *Biodiversidad y cultura en la prehistoria de la península de Mejillones*. Informe proyecto CONAMA – FPA. Antofagasta.
- Cruz, J. y A. Llagostera. 2011. *Prehistoria de Antofagasta. En la ruta de los primeros antofagastinos*. Morgan Impresores, Antofagasta.
- Contreras, R. y P. Núñez. 2009. A propósito de una miniatura de balsa en Taltal, contemporánea con Chinchorro. *Taltalia* 2: 88-97.
- Contreras, R., J. Cruz, H. Garcés, A. Llagostera, P. Núñez, O. Rodríguez, G. Becerra y H. Gárate. 2008. Los Bronces-1: Un asentamiento de 5500 años en la costa de Taltal. *Taltalia* 1: 61-74.
- Contreras, R., P. Núñez, A. Llagostera, J. Cruz, A. San Francisco, B. Ballester, O. Rodríguez y G. Becerra. 2011. Un conglomerado del período Arcaico costero Medio del área Taltal Paposo, Norte de Chile. *Taltalia* 4: 7 - 31.
- Durán, A., I. Kusmanic y N. Montenegro. 1994-95. Caleta Errázuriz, un área de asentamiento de pescadores del Período Tardío en la Segunda Región. *Boletín Ocasional del Museo Regional de Antofagasta* 2: 7-21.
- Guerra, C., C. Guerra y A. Silva. 2010. *Guía de la biodiversidad en la Península de Mejillones, Morro Moreno, Parque Nacional*. Ministerio del Medio Ambiente, Gobierno de Chile, Santiago.
- Larraín, H. 1966. Contribución al estudio de una tipología de la cerámica encontrada en conchales de la provincia de Antofagasta. *Anales de la Universidad del Norte* 5: 83-128.
- _____. 1978. *Análisis demográfico de las comunidades de pescadores changos del Norte de Chile en el Siglo XVI*. Tesis Master of Arts, Department of Anthropology, State University of New York, New York.
- Latcham, R. 1909. El comercio precolombino en Chile y otros países de América. *Anales de la Universidad de Chile* 125: 241-284.
- _____. 1910. *Los changos de las costas de Chile*. Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.
- _____. 1938. *Arqueología de la Región Atacameña*. Universidad de Chile, Santiago.

- _____. 1939. La edad de piedra en Taltal. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 17: 3-32.
- López, J., M. Torres y J. Garday. 2012 [1863]. *Las Huaneras de Mejillones*. Emelnor Editores, Antofagasta.
- Llagostera, A. 1979. 9700 years of maritime subsistence on the pacific: an analysis by means of bioindicators in the North of Chile. *American Antiquity* 44(2): 309-324.
- _____. 1989. Caza y pesca marítima (9.000 a 1.000 a.C.). *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y I. Solimano, pp. 57-79. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- _____. 1990. La navegación prehispánica en el Norte de Chile: bioindicadores e inferencias teóricas. *Chungara* 24/25: 37-51.
- _____. 1992. Early occupations and the emergence of fishermen on the Pacific Coast of South America. *Andean Past* 3: 87-109.
- _____. 2005. Culturas costeras precolombinas en el norte chileno: secuencia y subsistencia de las poblaciones arcaicas. *Biodiversidad marina: valoración, usos y perspectivas ¿Hacia dónde va Chile?*. Editado por E. Figueroa, pp. 107-148. Editorial Universitaria, Santiago.
- Llagostera, A., R. Weisner, G. Castillo, M. Cervellino y M. Costa-Junqueira. 2000. El Complejo Huentelauquén bajo una perspectiva macroespacial y multidisciplinaria. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 461-480. Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- Montané, J. 1972a. Apuntes para un análisis de la arqueología chilena. *Rehue* 4: 29-43.
- _____. 1972b. La arqueología. La arqueología chilena; su estado actual y perspectivas de desarrollo en la etapa de tránsito al socialismo. Su futuro. *Serie Documentos de Trabajo* 3: 2-12.
- Moragas, C. 1982. Túmulos funerarios en la costa Sur de Tocopilla (Cobija), II Región. *Chungara* 9: 152- 173.
- Mostny, G. 1964a. *Arqueología de Taltal: epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.
- _____. 1964b. Anzuelos de concha: 6170 $\pm$ 220 años. *Noticiario del Museo Nacional de Historia Natural* 98: 7-8.
- Núñez, L. 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del Río Loa, en el Norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112: 2-25.
- _____. 1976. Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile. *Estudios Atacameños* 4: 69-111.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: hacia los cambios “Neolíticos”. *Chungara* 43(1): 487-530.
- Núñez, L. y J. Varela. 1967-68. Sobre los recursos de agua y el poblamiento prehispánico de la costa del Norte Grande de Chile. *Estudios Arqueológicos* 3/4: 7-41.
- Núñez, L., V. Zlatar y P. Núñez. 1975. Caleta Huelén 42: una aldea temprana en el norte de Chile (nota preliminar). *Revista Hombre y Cultura* 2(5): 67-103.
- Núñez, P. 1974. Nota sobre la aldea preagrícola de Caleta Huelén 42, desembocadura del río Loa. Norte de Chile. *Serie Documentos de Trabajo* 5: 27-43.
- Pomar, L. 1887. *Exploración hidrográfica del litoral de Antofagasta*. Imprenta Nacional, Santiago.
- Olguín, L., D. Salazar y D. Jackson. 2014. Tempranas evidencias de navegación y caza de especies oceánicas en la costa pacífica de Sudamérica (Taltal, ~ 7.000 años Cal. AP). *Chungara* 46(2): 177-192.
- Oltremari, J., F. Schelegel y R. Schalatter. 1987. Perspectiva de Morro Moreno como área silvestre protegida. *Bosque* 8(1): 21-30.
- Ortlieb, L., G. Vargas y J.-F. Saliege. 2011. Marine radiocarbon reservoir effect along the northern Chile-southern Peru coast (14-24°S) throughout the Holocene. *Quaternary Research* 75: 91-103.
- Santoro, C., M. Rivadeneira, C. Latorre, F. Rothhammer y V. Standen. 2012. Rise and decline of Chinchorro sacred landscapes along the hyperarid coast of the Atacama Desert. *Chungara* 44(4): 637-653.

- Schiappacasse, V. y H. Niemeyer. 1984 Descripción y análisis interpretativo de un sitio Arcaico Temprano en la Quebrada de Camarones. *Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural* 41: 1-187.
- Spahni, J. C. 1967. Recherches archæologiques a l'embouchure du Rio Loa (Côte du Pacifique – Chili). *Journal de la Société des Americanistes* LVI (I): 181-239.
- Southon, J., A. Oakland y D. True. 1995. A comparison of marine and terrestrial radiocarbon ages northern from Chile. *Radiocarbon* 37(2): 389-393.
- Taylor, R. y R. Berger. 1967. Content of marine shells from the Pacific coasts of Central and South America. *Science* 158(3805): 1180-1182.
- True, D. 1975. Early cultural orientations in prehistoric Chile. *Maritime Adaptations of the Pacific*. Editado por R. Casteel y G. Quimby, pp. 89-143. Mouton Publishers, París.
- Zlatar, V. 1983. Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *Chungara* 10: 21-28.
- _____. 1989. Un yacimiento precerámico y su problemática desde la perspectiva de sus recintos habitacionales. *Hombre y Desierto* 1: 1-36.

Asentamiento del Complejo Huentelauquén en Caimanes: relaciones entre valles interiores y costa

Donald Jackson S.¹, Patricio Galarce C.² y Roxana Seguel Q.³

Resumen

Investigaciones sobre los cazadores recolectores del Complejo Huentelauquén del Holoceno Temprano en la provincia de Choapa (31° S) han revelado numerosos asentamientos en la costa y hacia los valles interiores. Sobre la base de un contexto estratigráfico situado en la localidad de Caimanes y los antecedentes de otros asentamientos de la región, se discute la movilidad de estos cazadores recolectores. Se plantea un movimiento estacional invernal, orientada a la obtención de recursos complementarios a los proporcionados por la costa.

Palabras Claves: Holoceno Temprano, Cazadores-Recolectores, movilidad estacional, Semiárido de Chile.

Abstract

Early Holocene Huentelauquén's Complex hunter gatherers research on Choapa's province (31° S), has revealed several settlements along the littoral and inland valleys. Based on a stratigraphic context of inland locality of Caimanes and previous work on other sites of the region, we discuss hunter gatherer mobility. Research proposes a winter seasonal inland movement oriented towards complementary resources of those provided by the coast.

Key words: Early Holocene, hunter gatherers, seasonal mobility, Semiarid North of Chile.

Introducción

El Complejo Huentelauquén corresponde a los primeros grupos humanos que ocupan la costa del norte semiárido de Chile durante el Holoceno Temprano. Se trataría de grupos cazadores, recolectores y pescadores con una fuerte y arraigada adaptación costera (Iribarren 1961, Gajardo 1963, Llagostera 1977, Jackson *et al.*, 1999). No obstante lo anterior, también se han identificado

1 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Casilla 10115, Santiago, Chile. E-mail: djackson@uchile.cl

2 Archeos Chile Consultores en Arqueología Ltda. Santiago, Chile. E-mail: patogalarce@yahoo.es

3 Centro Nacional de Conservación y Restauración, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, Chile. E-mail: roxana.seguel@cncr.cl

numerosos asentamientos al interior de la costa, a veces reconocidos como Complejo Huentelauquén o bien como industria Cárcamo (Iribarren 1961, 1973, 1976, Ampuero 1969, Castillo y Rodríguez 1978, Méndez *et al.*, 2004) e incluso en los valles interandinos de la vertiente oriental identificados como industria La Fortuna (Gambier 1986a).

Si bien, inicialmente cuando se definió este complejo cultural, se pensó que se trataba de grupos esencialmente costeros (Iribarren 1961, Gajardo 1963), también se planteó que durante el post-glacial, habrían tenido una dinámica de subsistencia que implicaba una movilidad entre cordillera y costa, sin un foco de mayor gravitación (Silva y Weisner 1973).

Las evidencias actuales, atestiguan sin embargo, que estos tempranos grupos cazadores y recolectores constituyen una consistente adaptación costera, tanto en el norte árido y semiárido, aun cuando en esta última región, también las evidencias muestran claras ocupaciones en los valles interiores (Iribarren 1973, Jackson 1998, Llagostera *et al.* 2000, Jackson *et al.* 2011).

Por otra parte, recientes estudios sobre el patrón de asentamiento y subsistencia en la costa de la provincia de Choapa, han permitido distinguir dos modalidades de asentamientos posiblemente diacrónicos; un primer patrón nucleado-disperso a lo largo de la costa, con énfasis en la explotación de recursos litorales (Jackson *et al.* 1999) y un segundo patrón orientado a quebradas, cuyo énfasis estaría en las actividades de caza y en menor medida en la recolección (Jackson y Méndez 2005).

En este marco, las evidencias estudiadas de un asentamiento Huentelauquén, situado en la localidad de Caimanes, al interior de la costa de la comuna de Los Vilos, permite discutir algunos aspectos en relación con el aprovechamiento de recursos de valles interiores en concordancia con patrones de movilidad estacional de estos grupos cazadores y recolectores del Holoceno Temprano.

El asentamiento de Caimanes y características espaciales

Este asentamiento (L.V.232/D8.2) se encuentra localizado en el límite noroeste del actual pueblo de Caimanes, aproximadamente a unos 34 Km. al interior de la costa, remontando por el estero Pupío. Sus coordenadas geográficas son 31°56'17" de latitud sur y 71°8'29" de longitud oeste y se sitúa a unos 300 m.s.n.m. (Figura 1).

Su emplazamiento geográfico es notoriamente significativo, por una parte, se ubica en una zona relativamente intermedia entre la costa y la cordillera, en un eje de ruta natural a través de los esteros Conchalí y Pupío. Por otra parte, desde la localidad de Caimanes es posible acceder al valle del río Choapa, situado algo más al norte del área de estudio. Este valle, es ampliamente conocido en la literatura del Arcaico Temprano debido al sitio tipo del complejo Huentelauquén conocido con el mismo nombre y que se localiza, justamente en la ribera norte de su desembocadura (Iribarren 1961, Gajardo 1963). De hecho, el acceso al río Choapa es posible a través del portezuelo Las Tórtolas y el estero Camisas, o bien a través del portezuelo Las Vegas y el estero Limahuida, ya que en ambos casos, son afluentes secundarios del Choapa. Así mismo, hacia el sur de Caimanes, vemos que es posible alcanzar el valle del estero Quilimarí a través del portezuelo Los Cristales.

Es decir, en todos los casos mencionados se trata de pequeños y fértiles valles, con abundante recurso hídrico, una gran diversidad de vegetación y fauna, como así mismo de materias primas líticas, entre las que destaca el cuarzo en su variedad de cuarzo lechoso, formando masas compactas de gran volumen y cristal de roca, presentes dentro de intrusitos granitoides Jurásicos de la Superunidad Illapel, que ocupan una franja de orientación norte-sur, entre Illapel y Tilama (Rivano y Sepúlveda 1991).

Sin duda, el emplazamiento de este asentamiento constituye un lugar estratégico para la obtención de recursos, debido a que se encuentra a una distancia promedio de 20 km, tanto del valle del Choapa como del Quilimarí, a los cuales se accede en forma eficiente a través de las

quebradas secundarias que caracterizan el área, al mismo tiempo se encuentra a sólo unos 34 Km. de la costa y a unos 70 km. de la cordillera, permitiendo a través del curso superior del río Choapa acceder a los valles interandinos, donde se encuentran campos de veranadas los que son ocupados estacionalmente en la actualidad (Gambier 1986b).

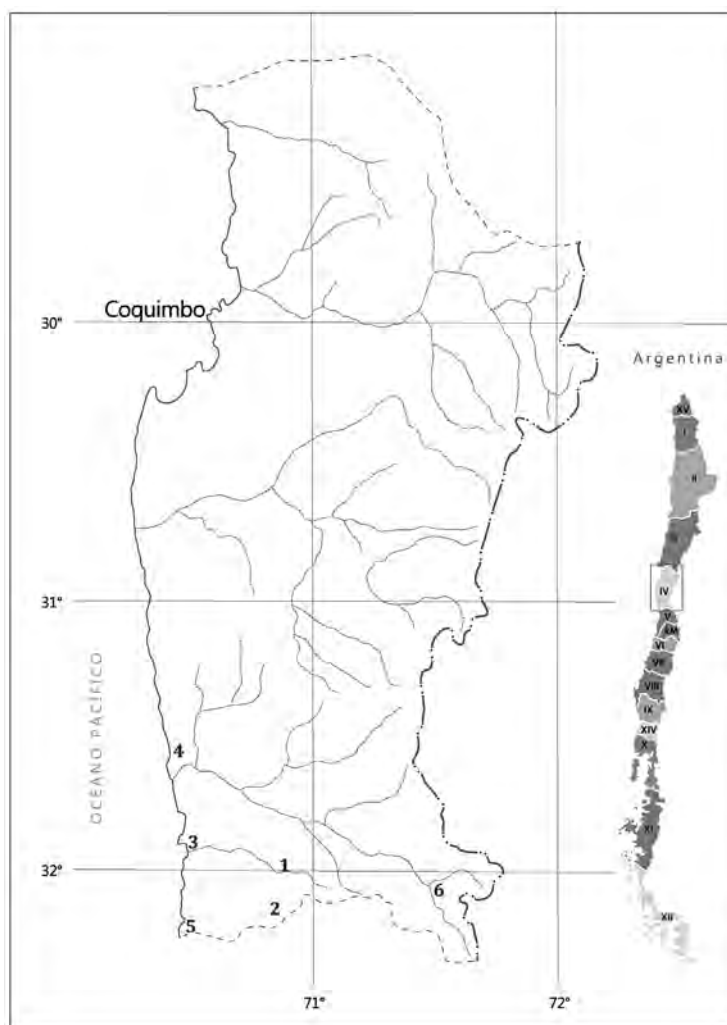


Figura 1. Ubicación de algunos sitios Huentelauquén de la provincia de Choapa; 1. Caimanes (L.V. 232. D8.2), 2. El Valiente, 3. Punta Ñagué, 4. Huentelauquén, 5. Pichidanguí y 6.

En lo específico, el sitio L.V. 232. D8.2 se encuentra emplazado en una terraza fluvial de aproximadamente cuatro metros de altura sobre la base del estero Pupío, el cual se sitúa hacia su margen sur. El límite norte del asentamiento está representado por un afloramiento rocoso, hacia el oeste por el estero El Rincón y hacia el este por un pequeño escurrimiento intermitente, actualmente seco. La terraza fluvial se presenta como un plano ligeramente basculado hacia el suroeste, con un sustrato superficial y débil de suelo orgánico al que subyace una matriz de granito descompuesto.

El sitio registra materiales arqueológicos en superficie, con sectores discriminables por diferencia de densidades, los que se extienden en un área alargada de 70 x 40 m, a lo largo de sus ejes este-

oeste y norte-sur respectivamente, alcanzando un área aproximada de 2.200 m². Las evidencias culturales de superficie incluyen únicamente desechos y artefactos líticos atribuidos a la ocupación Huentelauquén, en situación de palimpsesto, con evidencias cerámicas y otros materiales culturales atribuidos a una ocupación histórica y reciente.

Estratigrafía y evidencias culturales

En consideración de la distribución y densidad de materiales en superficie se dispuso cinco cuadrículas de excavación de 1 x 1 m, cubriendo distintos sectores del asentamiento. El proceso de excavación se realizó por niveles cada 5 cm, recuperando la totalidad de los materiales extraídos y obteniendo muestras de suelo (1 litro) para flotación y otras muestras orgánicas (carbón) para eventuales dataciones radiocarbónicas.

Los perfiles estratigráficos de algunos de los sondeos muestran perturbación de los depósitos, atestiguado además por la presencia de cerámica y otros materiales históricos en algunos sectores de la estratigrafía. No obstante lo anterior, es posible distinguir claramente dos capas; una muy orgánica y arcillosa de color café oscura que contenían las evidencias culturales hasta una profundidad máxima de 40 cm., y una segunda capa, por debajo de la anterior, compuesta de maicillo muy compacta y de color amarillento sin evidencias culturales. La capa con las evidencias culturales aumenta progresivamente desde el S.E. al N.W., producto del arrastre de sedimentos a través de la ligera pendiente de la terraza correspondiente al emplazamiento del sitio.



Figura 2. Preformas de litos geométricos y fragmentos Puntas de proyectiles Pedunculadas.

En todas las unidades de excavación se registraron evidencias de partículas de carbón y restos de osamentas, así como desechos y fragmentos de instrumentos líticos. En relación a los restos óseos (Tabla 1), se pudo determinar la presencia de huesos de ave y fragmentos de huesos largos de guanaco (*Lama guanicoe*). Estas astillas no sobrepasan los 5 cm de longitud y muchas de ellas presentan golpes de fuego o están completamente calcinadas, sugiriendo que fueron fracturados y luego expuestos al

fuego para la extracción de tuétano y grasa. No obstante lo anterior, no se tiene certeza que estos restos en su totalidad correspondan necesariamente a la ocupación Huentelauquén, pues una fecha radiocarbónica de una muestra de hueso dio un resultado de momentos histórico, coherente con la cerámica presente en la superficie del asentamiento.

La totalidad de las evidencias líticas, tanto de estratigrafía como de superficie pueden ser atribuidas al componente Huentelauquén, dado que la ocupación con cerámica es de carácter histórica tardía cuando, probablemente, ya se habían incorporados otras tecnologías no líticas.

Entre el material lítico procedente de superficie, se registró guijarros sin modificaciones intencionales, percutores ovoidales, núcleos poliédricos de astillamiento multidireccional reutilizados como percutores, guijarros astillados reutilizados como “machacadores”, tajadores de astillamiento unidireccional, denticulados, cepillos de borde activo convexo irregular sobre lascas de dorso alto y sobre nódulos, grandes lascas utilizadas como tajadores, algunos instrumentos en proceso de elaboración, derivados de núcleos con y sin modificaciones intencionales, en algunos casos con huellas de uso (microastillamiento) indicativas de la acción de raspar y cortar, y abundantes desechos de talla, además de la presencia de pequeños trozos de cuarzo lechoso y cristal de roca (Figura 2).

Los instrumentos identificados son relativamente escasos, lo mismo que la presencia de núcleos y derivados de núcleos, por lo que la mayor actividad lítica estuvo centrada en la elaboración de algunos instrumentos (cepillos, denticulados y tajadores) y en el procesamiento de algunos núcleos de materias primas locales para la extracción de lascas utilizadas como instrumentos de filos vivos.

Por otra parte, la mayor actividad lítica está representada por abundantes desechos productos del procesamiento de bifaciales y el reactivado de piezas desgastadas, elaboradas sobre materias primas locales y no locales, fundamentalmente, tobas de grano fino, cuarzo, silíceas y obsidiana.

Las piezas bifaciales corresponden únicamente a dos puntas de proyectiles pedunculadas de hoja triangular, en un caso reactivado y en otro fracturada con intento de haber sido retomada. Otros dos fragmentos, uno distal y otro de un pedúnculo, se registraron en estratigrafía (cuadrículas -25Ñ/III y -1A/I).

Niveles	20A	1A	25Ñ	25 G	Totales
I	25	1	0	3	29
II	23	1	2	6	32
III	26	0	3	3	32
IV	4	0	2	0	6
V	0	0	--	--	0
VI	6	0	--	--	6
VII	2	0	--	--	2
VIII	0	1	--	--	1
Totales	86	3	7	12	108

Tabla 1: Frecuencia astillas de hueso según sondeos estratigráficos.

Los implementos de molienda están representados por un fragmento de mortero doble con oquedades cóncavas de un diámetro no mayor a los 10 cm. y tres manos de moler de forma ovoidal con una y dos superficies de uso.

También, se registraron 13 preformas de litos geométricos de bordes multidentados, ocho de las cuales fueron elaboradas sobre granito y las restantes sobre rocas andesíticas y otras no identificadas. En todos los casos se observa un astillamiento en ángulo recto en todo el perímetro desde ambas caras, atestiguando el gesto técnico de su elaboración. Cinco de estas piezas se presentan fracturadas y sus dimensiones varían desde un diámetro de 110 a 75 cm. con un espesor de 5.1 a 1.5 cm.



Figura 3. Frecuencia Relativa de Materias Primas.

El análisis del material procedente de estratigrafía, consideró variables morfométricas y de materia prima para caracterizar el conjunto ($n= 322$ derivados). La distribución frecuencial de materias primas (Figura 3) muestra un predominio claro de los recursos locales representados por los grupos materias primas de grano grueso, cuarzo lechoso-cristal de roca, que alcanza al 87% de los casos. Una representación menor se observa para el grupo de materias primas de grano fino de proveniencia no local, principalmente sílices (13%). La presencia de este último tipo de materias primas indica rangos de movilidad que alcanzarían hasta 20 – 30 km hacia el interior de la región de estudio, donde ocurren afloramientos de rocas silíceas dentro de la Formación Quebrada Marquesa, Miembro Quelén (Rivano y Sepúlveda 1991), zona donde se registra una intensa ocupación cazadora recolectora durante el Arcaico (Galarce 2004b y 2014).

El cuarzo lechoso pudo ser obtenido en varios lugares a poca distancia del sitio, mientras que una mina de cristal de cuarzo situada a sólo unos 12 de kilómetros al sur del sitio, en el sector conocido como Quebrada El Naranjo, permitió aprovisionarse de esta materia prima durante finales del Pleistoceno y Holoceno temprano (Méndez y Jackson 2012). La presencia de cristal de cuarzo en ambos sitios, así como la presencia de fragmentos de preformas y desechos e desbaste bifacial asociadas a las fechas radiocarbónicas de El Valiente, permiten sugerir alguna conexión entre ambos asentamientos.

Las estrategias de aprovisionamiento lítico operadas en el sitio, muestran un mayor énfasis en la obtención de recursos locales que foráneos, indicando una estrategia inserta dentro de la explotación de otros recursos dentro de la localidad, asociada con transporte a distancia de algunos recursos líticos seleccionados como las rocas silíceas y a menor distancia el cristal de cuarzo el cual pudo ser obtenido dentro de una estrategia más dirigida.

Una distinción en cuanto a calidad de las materias primas ingresadas al sitio, muestra que un 50% del conjunto corresponde a materiales de alta calidad para la talla como serían los grupos grano fino y cristal de roca. Esto demostraría que buena parte de las actividades reductivas operadas en la locación se relacionan con la elaboración de instrumental de buena factura donde se requiere el concurso de esta clase de materiales líticos. El restante 50% del conjunto corresponde a materiales de regular a baja calidad presentes en la localidad de Caimanes, donde destaca la profusión de afloramientos de cuarzo lechoso. Materiales de grano grueso como las andesitas y granitos provienen incluso del entorno inmediato del sitio a partir de fuentes secundarias como las terrazas de los esteros Pupío y El Rincón. La presencia de materias primas de grano grueso se asocia a la manufactura de instrumental poco formatizado y uso prioritario de instrumentos de filos vivos.

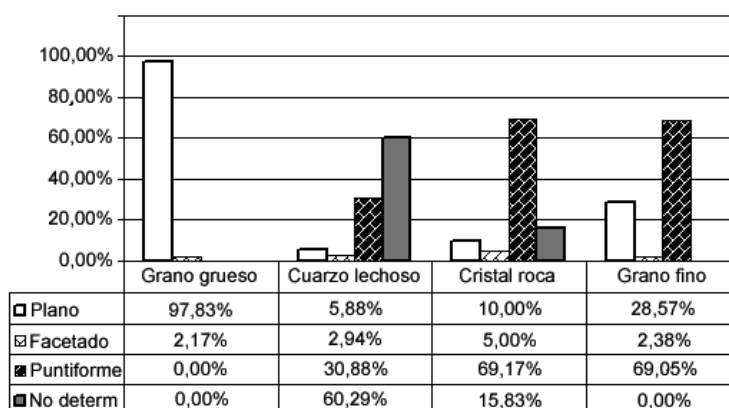


Figura 4. Distribución frecuencial de morfología de plataforma por materias primas en conjunto LV 232 (Caimanes).

En términos de las secuencias de reducción lítica y de los procesos de manufactura instrumental, el conjunto del sitio LV 232 muestra varias situaciones interesantes. Al considerar la variación morfológica de las plataformas de percusión (Figura 4), apreciamos comportamientos diferenciales entre los distintos grupos de materias primas. Al respecto, para el grupo materias primas grano grueso se observa un neto predominio de las plataformas planas por sobre otras categorías evaluadas (facetadas y puntiformes), indicando una mayor importancia de actividades relacionadas al desbaste de núcleo y trabajo inicial de matrices (por ejemplo, tallados marginales y monofaciales). Esto sería esperable si consideramos la baja calidad general de estos recursos líticos para tallar, que los hace apropiados solo para elaborar instrumentos con bajo grado de formalización o uso directo de matrices como filos vivos. Distinta es la situación de otras materias primas representados en el conjunto. Así, para el grupo cuarzo lechoso (local, de baja a media calidad), existe un predominio frecuencial de plataformas no determinables que indica la fuerte incidencia de fracturas en los derivados líticos de esta materia prima, relacionada con las características físico-mecánicas de esta roca (quebradiza y con presencia de planos de fractura múltiples) que favorecen la fragmentación de la misma durante el proceso de talla. La importante presencia de plataformas puntiformes en esta materia prima nos sugiere, a su vez, un carácter inicial a intermedio para el proceso reductivo asociado a desbaste de núcleo y trabajo inicial de matrices.

Un panorama muy distinto se aprecia para las materias primas de grano fino y cristal de roca. Estas son de alta calidad para la talla y ambas se caracterizan por presentar altas frecuencias (cercanas al 70%) de plataformas puntiformes. Esto indica claramente que los énfasis reductivos operados en estos materiales son de carácter avanzado, donde habría una mayor importancia del trabajo sobre matrices bifaciales. Esto se presenta en concordancia con las características altamente adecuadas de estos materiales para realizar actividades de talla fina, incluyendo adelgazamiento y retoque bifacial, como se ha corroborado experimentalmente (Galarce 2004a, 2004b). La presencia de plataformas planas en estas materias primas sería un indicador de trabajo de carácter intermedio sobre matrices, entregando un mayor desarrollo del proceso reductivo ocurriendo en el sitio.

Las anteriores inferencias se ven reafirmadas al evaluar el comportamiento métrico del conjunto (Figura 5), donde se aprecian patrones de variación frecuencial para la medida espesor máximo, diferentes de acuerdo a los grupos materias primas considerados. De este modo, tanto para el grupo grano grueso como para cuarzo lechoso, se generan curvas más amplias, de carácter bimodal, donde la mayor parte de las frecuencias se presenta entre 2 – 7 mm para las de grano grueso y entre 2 – 6 mm para cuarzo lechoso. En cambio, para los grupos materias primas de alta calidad como los de

grano fino y cristal de roca, las curvas de variación se muestran claramente más estrechas en rango y de carácter unimodal, donde las frecuencias se concentran mayoritariamente entre 1 – 4 mm para ambos grupos. El anterior cuadro nos indica que las materias primas de alta calidad fueron mayormente reducidas en la locación y que su reducción por ende es más avanzada en términos laborales. Por el contrario, la situación de las materias de baja calidad, nos indica que el proceso reductivo desarrollado en la locación es más completo y de carácter inicial a intermedio. Ambas situaciones se muestran plenamente acordes con el comportamiento de variables con relevancia tecnológica como la variación morfológica de las plataformas de percusión.

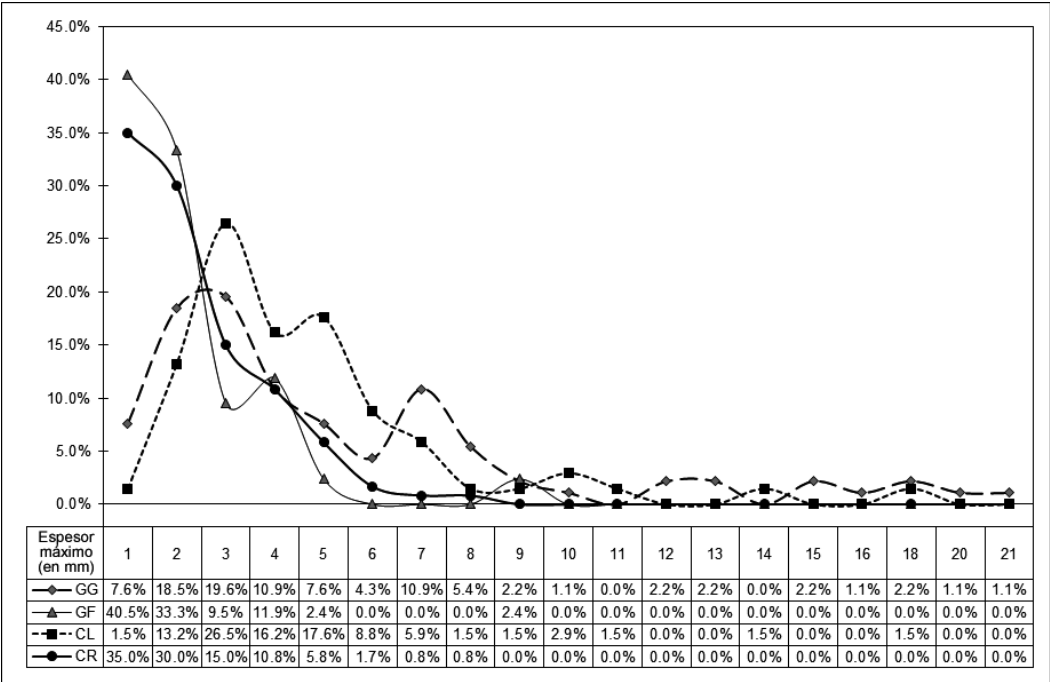


Figura 5. Distribución frecuencial para tamaños (espesor máximo) por materias primas en conjunto IV 232 (Caimanes).

En síntesis, en el sitio operaron dos lógicas reductivas contrapuestas entre sí. Una primera lógica corresponde a las materias primas locales de baja a mediana calidad, que sufrieron secuencias reductivas iniciales e intermedias con énfasis en la obtención de matrices a partir de núcleos y principalmente, a la elaboración de instrumentos con bajo grado de formalización (marginales, monofaciales y filos vivos). Por otro lado, tenemos las materias primas de alta calidad (locales y no locales), donde la lógica reductiva imperante indica que se están trabajando matrices seleccionadas transportadas, que son transformadas en instrumentos con alto grado de formalización, principalmente bifaciales (Kelly 1988). Todo esto sugiere fuertemente que el sitio operó como un efímero campamento residencial, donde algunos recursos líticos altamente seleccionados fueron obtenidos en forma logística y transportados en estados intermedios de reducción de Materias primas de alta calidad, en el marco de una estrategia conservada para estos materiales. De similar manera, la importante presencia de recursos líticos locales de baja calidad permite sostener que actividades relacionadas con el uso de instrumentos poco formalizados fueron desempeñadas, en el marco de una estrategia expeditiva operada por estos grupos humanos (Andrefsky 1998, Binford 1979, Galarce 2004b, Nelson 1991).

Discusión y conclusiones

Las características de este asentamiento indican la presencia de grupos cazadores-recolectores asignables al Complejo Huentelauquén del Holoceno Temprano, como así lo atestiguan los claros indicadores diagnósticos de este complejo, como son las puntas de proyectiles lanceoladas pedunculadas y preformas de litos geométricos entre otros artefactos.

Se trata de un efímero campamento habitacional cuyas características estratigráficas, escasa frecuencia y diversidad artefactual, sugiere breves y reiterativas ocupaciones estacionales, en el marco de una movilidad residencial. La presencia de huesos de camélidos sugiere la caza de guanacos, cuando estos bajan desde los valles interandinos durante la estación invernal.

El conjunto lítico asociado, se vincula con el procesamiento de materias primas locales de mediana y baja calidad para la talla, en escasa frecuencia, representadas en lascas utilizadas como instrumentos de filos vivos (acciones de cortar, raer y raspar) y desechos de talla vinculados con el procesamiento de instrumentos de baja formalización, cuyas secuencias de reducción son simples y pero bien representadas, correspondiendo a una estrategia tecnológica de carácter expeditiva (Binford 1979, Bamforth 1986, Nelson 1991).

Por otra parte, el procesamiento de materias primas locales y no locales de mediana a buena calidad, altamente representadas, están constituidas básicamente por desechos de talla y retoque, que muestran básicamente las fases finales de la secuencia de reducción, vinculado al procesamiento y reactivado de bifaciales en el marco de una estrategia tecnológica conservada, propia de grupos forrajeros de alta movilidad (Binford 1979, Bamforth 1986, Nelson 1991).

El instrumental lítico y posiblemente parte del registro óseo, es coherentes con actividades cinegéticas que requirieron alta movilidad asociado a una estrategia tecnológica conservada en campamentos residenciales con eventos breves de ocupación. También la presencia de implementos de molienda, sugieren la recolección y procesamiento, probablemente de algunas especies vegetales y posiblemente pigmentos.

En el marco de estos patrones de movilidad se procedió a la recolección “inserta” (Binford 1979) de materias primas líticas de grano fino (13%), aunque también existió un aprovisionamiento directo o de propósito especial (Binford 1979), dado la presencia de fuentes primarias de cuarzo lechoso y cristal de roca en la localidad (Rivano y Sepúlveda 1991).

Es probable que el aprovisionamiento de cristal de cuarzo del sitio de Caimanes provenga de quebrada Los Naranjos y por tanto que los niveles superiores de Valiente fechados hacia los $9,970 \pm 30$ años Cal. A.P., se relacione con el sitio de Caimanes, así como con otros localizados a lo largo de la costa del Choapa (Méndez y Jackson 2012).

En síntesis el asentamiento de Caimanes representa un patrón de movilidad residencial probablemente durante la estación invernal, dado que los guanacos bajan a los valles durante el invierno. Así en este campamento se habrían desarrollado actividades cinegéticas, especialmente la caza de guanacos, lo que implicó el aprovisionamiento inserto de materias primas y la elaboración de los instrumentos según los requerimientos de dichas actividades. También esta movilidad estuvo orientada a la obtención, con propósito especial, de las fuentes locales de cuarzo lechoso y cristal de cuarzo, con los cuales se procesaron preformas e instrumentos bifaciales utilizados en el sitio y luego transportados a los asentamientos más estables de la costa (Galarce 2000 y 2014, Méndez y Jackson 2012), donde además se presentan escasos restos del consumo de guanacos (Jackson et al. 1999), evidencias que permiten conectar los asentamientos del interior con la costa.

Esta situación es homologable a otros sitios registrados próximos a Caimanes, así como a otros situados en los valles bajos y altos próximos a la costa (Jackson 1998; Méndez y Jackson 2012), mientras que los asentamientos emplazados en los valles cordilleranos interandinos debieron ser ocupados necesariamente durante las estaciones estivales (Jackson 1998, Jackson *et al.* 2000).

En consecuencia, es posible plantear, que este patrón de movilidad residencial invernal hacia los valles interiores bajos y altos pero próximos a la costa (70 km aprox.), constituya parte del patrón de asentamiento detectado en la costa pero de orientación a quebradas, con un énfasis en la actividad de caza y recolección terrestre datados probablemente hacia los ~11 a 9 ka cal. a.p. (Jackson y Méndez 2005, Ballester *et al.* 2012). Este patrón de asentamiento y subsistencia más flexible que no dependió exclusivamente de los recursos costeros, como en los momentos anteriores (~13 y 11 ka cal a.p.), es coincidente con condiciones climáticas cada vez más áridas (Villagrán y Varela 1990, Maldonado *et. al.* 2010), generando un sistema de movilidad más amplio y recurrente hacia los valles interiores con un patrón de asentamiento disperso orientado a las actividades cinegéticas y aprovisionamiento de materias primas líticas.

Agradecimientos. Esta investigación se ha desarrollado en el marco del proyecto FONDECYT 1140824. Por otra parte, compromete nuestra gratitud a Douglas Jackson por la identificación taxonómica de los restos de fauna.

Referencias citadas

- Ampuero, G. 1969. Cárcamo: Un taller lítico precerámico en la Provincia de Coquimbo. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 13: 52-58.
- Andrefsky W. 1998. *Lithics: Macroscopic Approaches to Analysis*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Ballester, B., D. Jackson, M. Carré, A. Maldonado, C. Méndez and R. Seguel. 2012. Mobility and technology in an Early Holocene camp (~8.5 ka cal. BP) in the coast of the Semi-arid North of Chile. *Antiquity* 86: 88-98.
- Bamforth, D. 1986. Technological efficiency and tool curation. *American Antiquity* 51 (1): 38-50.
- Binford, L. 1979. Organization and formation processes: looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research* 35 (3): 255 – 273.
- Castillo G. y A. Rodríguez. 1978. Excavaciones preliminares en el sitio La Fundación; Una Industria tipo Cárcamo. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 19: 125-144.
- Gajardo, R. 1963. Investigaciones arqueológicas en la desembocadura del río Choapa. La Cultura Huentelauquén. *Anales de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo* XVII-XVIII: 7-70.
- Galarce, P. 2000. Obtención y tecnología del cuarzo en contextos Arcaicos Tempranos Huentelauquén: Área costera de Los Vilos y Valle de Pupio-Conchalí. *Contribuciones Arqueológicas Museo Regional de Atacama* 5: 553-577.
- _____. 2004a. Cazadores recolectores tempranos en la costa sur del Semiárido: aprovisionamiento y procesamiento de recursos líticos. Memoria de título para optar al Título de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- _____. 2004b. Circulación de materias primas líticas y organización tecnológica en el Semiárido Meridional durante el Arcaico Temprano. *Werken* 5: 21-25.
- _____. 2014. Bifacialidad, circulación de materias primas y movilidad de comunidades cazadoras recolectoras holocénicas en el semiárido meridional. Tesis para obtener el grado de Magíster en Antropología con mención en Arqueología, Universidad de Tarapacá – Universidad Católica del Norte, Arica, Chile.
- Gambier, M. 1986a. Los grupos cazadores-recolectores del extremo sudeste de Los Andes Meridionales. *Chungara* 16-17: 119-124.

- _____. 1986b. Los valles interandinos o veranadas de la alta cordillera de San Juan y sus ocupantes: Los pastores chilenos. Publicaciones 15 del *Instituto de Investigaciones y Museo, Universidad Nacional de San Juan*.
- Iribarren, J. 1961. La Cultura Huentelauquén y sus correlaciones. *Contribuciones Arqueológicas* N° 1: 5-18.
- _____. 1973. La arqueología en el Departamento de Combarbalá. *Boletín Museo Arqueológico de La Serena* 15:7-115.
- _____. 1976. Talleres líticos en la provincia de Atacama y Coquimbo, Chile. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas XLI*: 474-482. México.
- Jackson, D. 1998. Evaluación de las ocupaciones del Complejo Huentelauquén al interior de la costa del semiárido. *Valles* 4:139-153.
- Jackson D. y C. Méndez. 2005. Primeras ocupaciones humanas en la costa del semiárido de Chile: Patrones de asentamiento y subsistencia. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp.493-502. Museo de Historia Natural de Concepción y Escaparate Ediciones, Concepción.
- Jackson D., P. Galarce e I. Martínez. 2000. Ocupaciones Prehispánicas en la precordillera y cordillera del río Tencadán, Comuna de Salamanca, IV Región. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 29:31-38.
- Jackson, D., A. Maldonado, M. Carré y R. Seguel. 2011. Huentelauquén Cultural Complex: The Early Peopling of the Pacific Coast in the South-America Southern cone. *Peuplements et Préhistoire en Amériques*. Editado por D.Vialou, pp. 221-232. Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifique, Paris.
- Jackson D., R. Seguel, P. Báez y X. Prieto. 1999. Asentamientos y evidencias del Complejo Huentelauquén en la comuna de Los Vilos, Provincia del Choapa. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 24:5-28.
- Kelly, R. 1988. The three sides of a biface. *American Antiquity* 53 (4): 717 – 734.
- Llagostera, A. 1977. Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local extintos y a litos geométricos 9680-160 Años A.P. *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 1: 93-113. Ediciones Kultrun, Santiago.
- Llagostera, A., R. Weisner, G. Castillo, M. Cervellino y M. Costa-Junqueira. 2000. El Complejo Huentelauquén bajo una perspectiva macroespacial y multidisciplinaria. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp-461-480. Museo Regional de Atacama. Copiapó.
- Maldonado A, C. Méndez, P. Ugalde, D. Jackson, R. Seguel y C. Latorre. 2010. Early Holocene climate change and the first peopling of the semiarid coast of northern Chile. *Journal of Quaternary Science* 25 (6): 985-988.
- Méndez C. y D. Jackson 2012. Procuring Quartz Crystal in Latest-Pleistocene/Early-Holocene Sites in Northern Semiarid and Mediterranean-Central, Chile. *Southbound: Late Pleistocene peopling of Latin America*. Editado por L. Miotti, M. Salemme, N. Flegenheimer, and T. Goebel, pp 79-82. Center for the Study of the First Americans, College Station.
- Méndez C., D. Jackson y B. Ladrón de Guevara. 2004. Cazadores recolectores tempranos al interior del Semiárido: Una visión exploratoria a partir de las distribuciones superficiales de cursos fluviales de Pama y Combarbalá (Provincia de Limarí). *Anuario de la Universidad Internacional SEK* 9:9-22.
- Nelson, M. 1991. The study of technological organization. *Archaeological Method and Theory* 2. Editado por M. Schiffer, pp. 57-100. University of Arizona Press, Phoenix.
- Rivano S. y P. Sepúlveda. 1991. *Carta Geológica de Chile Hoja Illapel, Región de Coquimbo*. Servicio Nacional de Geología y Minería N° 69, Santiago.
- Silva J. y R. Weisner. 1973. La forma de subsistencia de un grupo cazador-recolector del postglacial en los valles transversales del área Meridional Andina. *Actas del VI Congreso de Arqueología*

Chilena, pp. 353–370. Universidad de Chile y Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.

Villagrán C. y J. Varela. 1990. Palynological evidence for increased aridity on the Central Chilean Coast during the Holocene. *Quaternary Research* 34:198–207.

Avances en la arqueología de Valdivia

Simón Urbina A.¹ y Leonor Adán A.²

Resumen

Se sistematizan recientes investigaciones efectuadas en el ámbito de la ciudad de Valdivia y su jurisdicción, permitiendo actualizar y valorar la historia cultural del área. Se presentan dataciones absolutas obtenidas en estudios interdisciplinarios recientes. El análisis de distintos tipos de asentamiento—residenciales, urbanos, defensivos y misionales—se complementa con la definición y comportamiento de componentes cerámicos y elementos arquitectónicos de tradición indígena y europea. Se plantean nuevas hipótesis referidas a relaciones interculturales entre los siglos XVI y XIX dentro de la región.

Palabras clave: jurisdicción de Valdivia, arqueología histórica, relaciones interculturales.

Abstract

Recent archaeological and historical investigations in and around the city of Valdivia encourage an update of the area's cultural history. In this article, we present chronological data and the interdisciplinary advances of last two decades that illustrate the long cultural history and diverse ethnic interactions in the colonial jurisdiction of Valdivia. Through the analysis of different types of settlements—residences, urban centers, fortifications (defensive sites) and missions—and complemented through ceramic and architectural analyses, we describe the different behaviors and actions of indigenous and European material culture traditions. This synthesis provides a new hypothesis regarding intercultural and interethnic relationships in the region between the 16th and 19th centuries.

Key words: jurisdiction of Valdivia, historical archaeology, intercultural relations.

Introducción al estudio de la jurisdicción de Valdivia

Desde el punto de vista biogeográfico y antropológico, inclusive en la voz de ciertos cronistas, la jurisdicción colonial de Valdivia comprende un espacio diverso y densamente habitado entre el siglo XVI y XIX, con agrupaciones indígenas conspicuas³ y ocupaciones hispanas—urbanas, religiosas

1 Profesor Adjunto, Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile, Casilla 787, Valdivia. E-mail: simon.urbina@uach.cl

2 Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile. Casilla 586-Valdivia. E-mail: ladan@uach.cl

3 Según Osvaldo Silva se trataba de agricultores que utilizaban la roza y, en menor medida, el secano. Basándose en las descripciones de Gerónimo de Vivar en 1558, el autor señala que al sur del Toltén “nos encontramos ante un grupo [de mapuche] *canoeros*” (Silva 1994: 17) debido al obligado uso de embarcaciones en sectores donde la selva fría o bosque valdiviano ocupa la mayor parte del terreno. La navegación permitía el desplazamiento por ríos, lagos, tierras anegadas, lagunas o *gualves*; todos elementos que pueden apreciarse como rasgos definitorios de la planta urbana de Valdivia inclusive hasta mediados del siglo XIX (Guarda 2009a: 24 y 25).

y militares-, sujetas a procesos disímiles a los descritos para la Araucanía o espacios patagónicos meridionales (Aldunate 1989, Guarda 1990, Silva 1994, Urbina, X. 2009).

Según la historia regional, la jurisdicción, gobernación o provincia de Valdivia constituía una división territorial y administrativa dependiente del Virreinato del Perú (1552-1740/41) y, luego, de Lima y del Reino de Chile hasta 1820 (Guarda 2001: 176-178) (Figuras 1 y 2). Su extensión cubría desde el mar hasta la cordillera nevada, desde el río Toltén y hasta el río Bueno; en ciertos momentos inclusive desde el río Imperial al Maipúe (Guarda 1973: 24-25, 1999: 7, Poblete 2009, nota 2: 24), lo cual equivale a una superficie entre 14.000 km² en el siglo XVI y 24.000 km² hacia fines del siglo XVIII. Durante el siglo XVI, Valdivia asume la condición de ciudad-puerto dentro de un sistema de ciudades impuestas o adyacentes a asentamientos indígenas ya existentes: Osorno [*Chauracahuin*] y Castro [*Quiquillhue*] al sur, y Los Confines [*Ongolmo*], Villa Rica y La Imperial [*Carahue*], al norte (Guarda y Moreno 2010: 87, 93 y 104). Los recursos y fisonomía hidrográfica que poseía la ciudad “... brindaban a la navegación tales facilidades que lo hacían un sitio privilegiado para el comercio, el abasto de las ciudades del interior, la expedición o internación de socorros; en fin, el apresto para diversas expediciones al sur” (Guarda 1994: 19). Habiendo adquirido una relevancia demográfica, envergadura edilicia y diversidad cultural preeminente frente a sus pares (Guarda 1994, Urbina y Adán 2012a), la ciudad es arrasada a fines del siglo XVI, junto a todas las ciudades situadas al sur del río Bío-Bío, con la excepción de Castro (Chiloé).



Figura 1: Ubicación de la ciudad de Valdivia en el Virreinato del Perú.

La refundación de Valdivia ocurre a partir del año 1645, articulando desde entonces un extenso sistema defensivo dispuesto entre la bahía de Corral y la localidad de Cruces al interior (Figuras 3 y 4). De este modo, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, al sur de la frontera del río Bío Bío [Concepción] y específicamente entre la ciudad de La Imperial [río Cautín] y la ciudad de Castro [isla de Chiloé], se reconocía una segunda frontera, la “frontera de arriba” (Urbina, X. 2009), en cuyo centro se encontraba Valdivia. A partir de su refundación y durante los dos siglos siguientes en esta segunda frontera fueron implantados nuevos asentamientos urbanos, militares y religiosos (Guarda 1990: 60-128, 220-229, 1994: 100-101, Valenzuela 2005: 115, Hardoy y Gutman 2008: 722, Marchena 2008: 648-649 y 652, Marín 2008: 587).

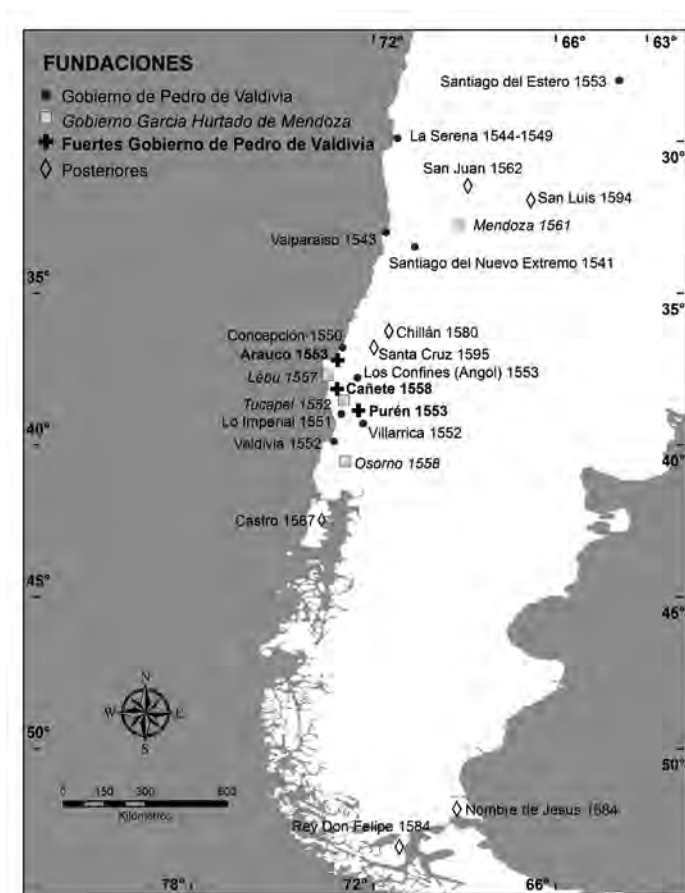


Figura 2: Ubicación y año de fundación de ciudades en el reino o Gobernación de Chile.

Debido a su reciente desarrollo, las investigaciones en el ámbito de la arqueología histórica no han sido del todo asimiladas por los estudios históricos contemporáneos –siendo su más lógico complemento– lo cual influye en una cuestionable y débil apreciación de las relaciones interculturales coloniales. Si bien esta situación tiene un fundamento adverso, cual es suponer que “... *Chile en su primera etapa fundacional se rigió por patrones exclusivamente hispanos*” (Harcha y Vásquez 1998: 258), los antecedentes arqueológicos y etnohistóricos regionales señalan que con anterioridad a la invasión hispana y hasta bien entrado el siglo XIX, gran parte de la población, vale decir la base demográfica predominante, corresponde a habitantes identificados como *mapuche-huilliche* (Ramírez 1994 [1805]: 70, Latcham 1930: 218, Alcámán 1997: 29-39, Vergara 2005: 62-124), entre otros grupos étnicos (Cfr. Urbina, X. 2009: 39-58).

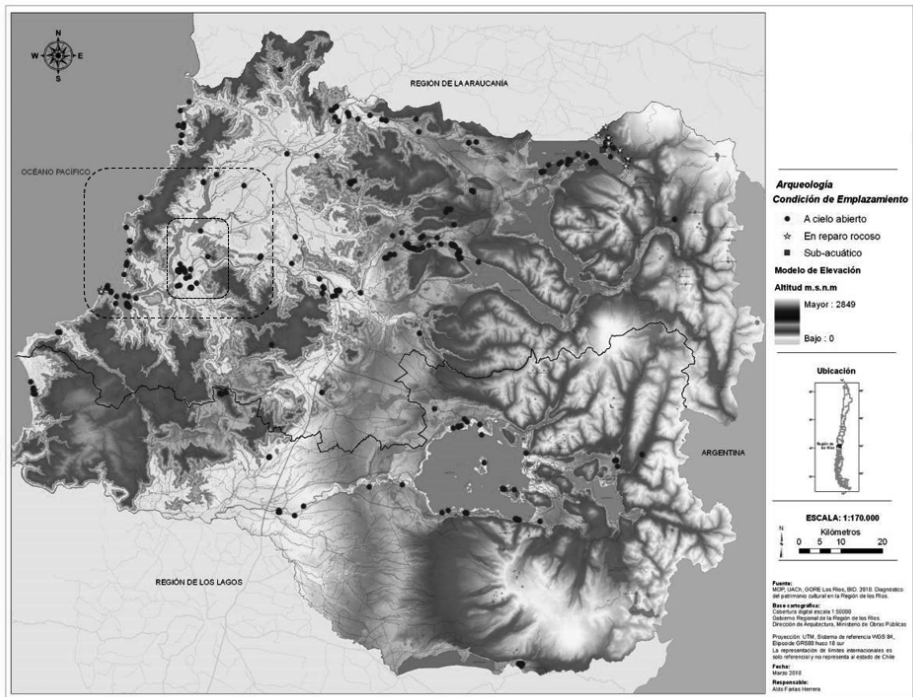


Figura 3. Distribución sitios arqueológicos en la actual región de los Ríos, según catastro 2010 (N° sitios= 264). Anillo interior: área urbana de Valdivia. Anillo exterior: zona de estudio.

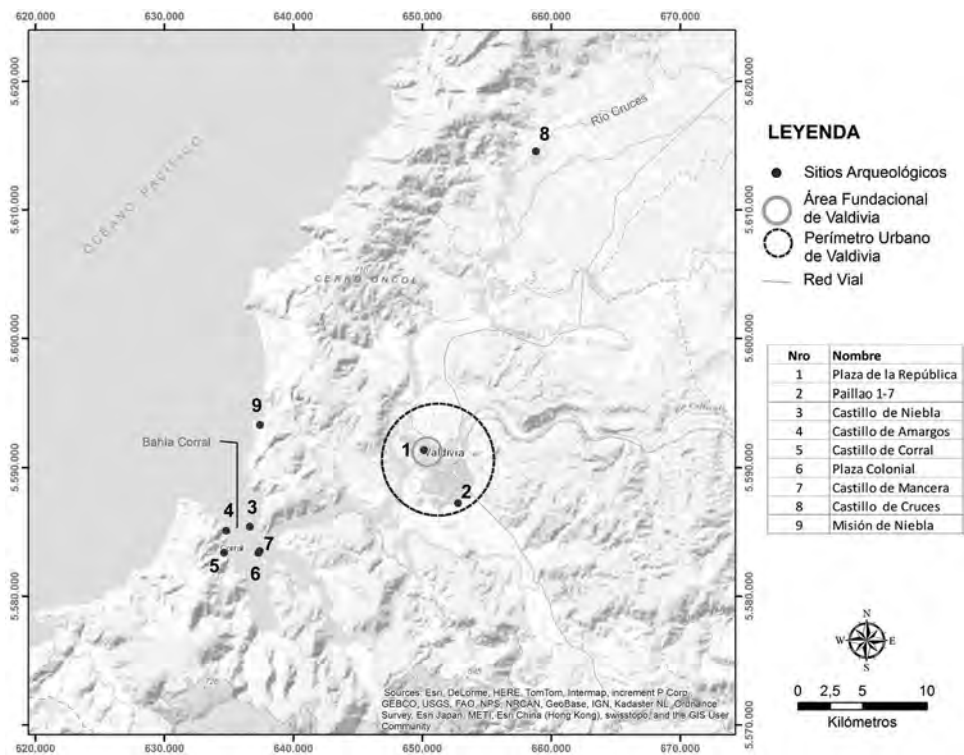


Figura 4. Sitios arqueológicos mencionados en el texto.

De acuerdo a esta situación, nuestro proyecto de investigación⁴ plantea el estudio de distintos tipos o clases de asentamientos para abordar la historia de la jurisdicción y las relaciones interculturales que en ella ocurrieron –considerando contextos residenciales, urbanos, defensivos/estratégicos, militares y religiosos/ceremoniales–, puesto que se trata de un territorio donde las distintas etapas de implantación europea involucran y son determinadas por las interacciones con la población indígena, asentada en el área al menos desde el siglo IX d.C. (Adán *et al.* 2007: 17–26).

Arqueología de Valdivia

Asentamientos registrados a nivel regional

Los asentamientos arqueológicos ubicados en la actual región de Los Ríos han sido estudiados partir de los años 60, aunque se posee referencias de 1928 a partir de las publicaciones de Latcham (Adán *et al.* 2007: 7). Desde los años 90 hasta la actualidad, se efectúan estudios en la cuenca del lago Calafquén mediante diversos proyectos Fondecyt concentrados en la sección cordillerana de la región, así como intervenciones en el marco del Sistema de Evaluación Ambiental y un primer “catastro regional” desarrollado por la Universidad Austral de Chile con financiamiento del Programa Puesta en Valor del Patrimonio (Adán *et al.* 2010).

El año 2007 se publica la primera sistematización de sitios alfareros en las tres secciones de la cuenca hidrográfica del río Valdivia, señalando que a pesar del vínculo estilístico entre la cerámica funeraria Vergel y Valdivia –esta última presente mayoritariamente en cementerios coloniales– las dataciones por termoluminiscencia de la zona lacustre aún no dirimen si la alfarería Valdivia pudiera tener origen con anterioridad al siglo XVI (Adán *et al.* 2007: 17, 19–26). Se requiere una mayor serie de dataciones por éste método sobre piezas Valdivia de la tradición rojo sobre blanco, pues en toda la cuenca del río Valdivia se registran cementerios históricos con ejemplares clásicos de esta tradición alfarera asociadas a entierros en canoas o en inhumaciones directas, junto a artesanías de metal [hierro/acero] y cerámica monocroma, donde se incluyen ejemplares con incrustaciones de loza (Adán *et al.* 2007: 18).

Luego, en el año 2010 se catastraron un total de 264 bienes o recursos arqueológicos a nivel regional (Figura 3). Dentro de este conjunto, en términos cronológicos, un 19% de la muestra puede ser asignado exclusivamente al período Alfarero Tardío (1100–1552 DC), mientras un 69% del total presenta una fracción del material cerámico asociado a este período (sitios bi o multicomponentes). Los asentamientos con ocupación asignada al período colonial y republicano –sin componentes indígenas–, alcanzan un 16%, mientras que los sitios que combinan elementos alfareros de tradición indígena y europea ascienden al 44% de la muestra. En términos funcionales, cerca del 72% del total corresponde a asentamientos exclusivamente domésticos o habitacionales, un 9% a cementerios y un 7% a sitios defensivos, (p.e. fortines, fuertes o castillos), mientras el 13% a otras categorías (industrial, marítimo y ceremoniales (p.e. misiones religiosas)).

Si bien esta información refuerza la idea de una relevante densidad ocupacional y demográfica identificable en momentos prehispánicos tardíos y durante los primeros siglos coloniales dentro de la jurisdicción, en concordancia con lo señalado por las síntesis históricas (Guarda 2001), se requiere reconocer y estudiar más detalladamente los asentamientos bi o multicomponentes –su materialidad mueble, los elementos arquitectónicos europeos o de tradición indígena–, desde perspectivas interdisciplinarias e iniciar trabajos integradores que consideren los sitios adscritos a población “mapuche histórica” (Adán *et al.* 2007: 18) en relación con las instalaciones hispanas de lapso entre el siglo XVI y XIX.

4 FONDECYT 1130730 “Arqueología histórica de la ciudad de Valdivia y su jurisdicción en el período colonial”.

Arqueología de la ciudad de Valdivia, siglos XII-XVIII

Considerando la información entregada por Mariño (1865 [1580]: 138), la ciudad de Valdivia fue fundada “sobre” un espacio de congregación de alta relevancia política y comunitaria *mapuche-huilliche*, una palihue o cancha de *palín* o chueca pre existente en el lugar. Adicionalmente, la información etnohistórica establece claramente la existencia de sectores habitados con viviendas próximas, razonables casas (*ruka*), arboledas, espacios comunitarios y puertos, antes del arribo europeo (Adán y Urbina 2010: 28-29). Al estimar el tamaño de la ciudad con datos posteriores al gran terremoto de 1575, las 38 manzanas registradas en el plano holandés de 1643 (Guarda 1994) habrían ocupado una superficie cercana 13 hectáreas construidas con solares, plazas, edificios religiosos y públicos. Luego de la refundación de Valdivia (*ca.* 1645-1647), la Plaza Real alcanzaba 1,9 hectáreas y cien años más tarde (*ca.* 1741) no más de 2,2 hectáreas de superficie intramuro (Urbina *et al.* 2014).

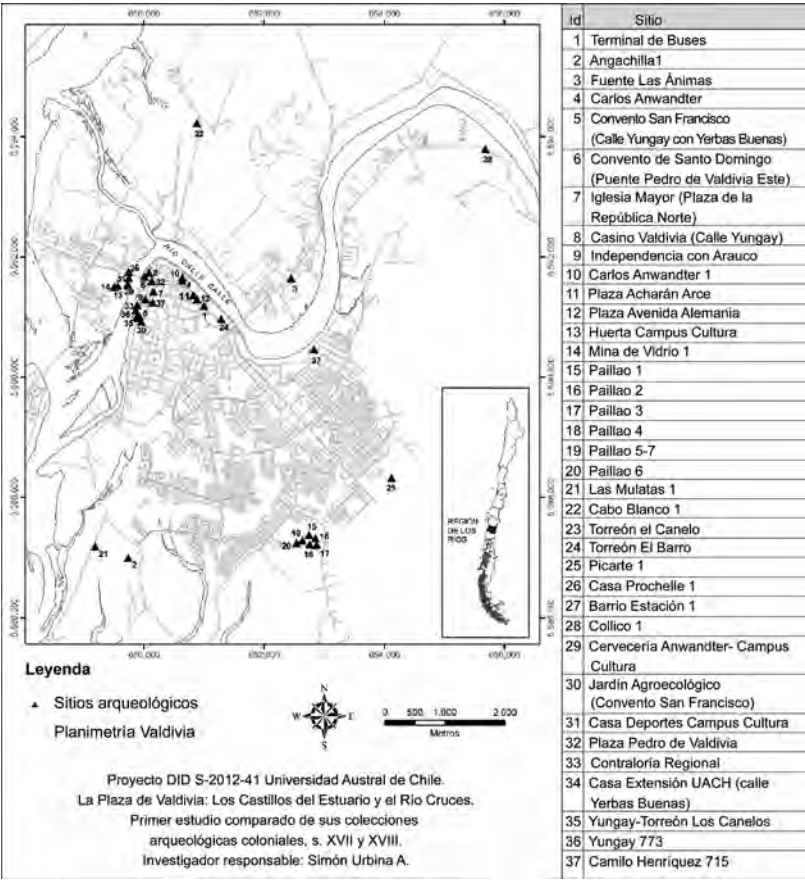


Figura 5: Distribución sitios arqueológicos *perímetro urbano* de Valdivia.

A partir de la década del 2000 comienzan a incrementarse las investigaciones arqueológicas en la ciudad con sondeos, caracterizaciones y rescates, proyectos anuales (FNDR) y bianuales (DID-UACH). Se desarrolla a partir del año 2007 iniciativas de arqueología pública y urbana con intervenciones dirigidas a espacios públicos y residenciales en el “área fundacional” y “perímetro urbano” de Valdivia e Isla Teja (Figura 5 y 6). Considerando la valiosa historia ocupacional de la ciudad (Guarda 1969, 2001), entre los años 2008-2009 se efectuaron sondeos estratigráficos en plazas

secundarias (plazuelas o plazoletas) y residencias próximas al centro (calle Carlos Anwandter), así como recolecciones superficiales en Isla Teja (Campus Cultura UACH), todas dentro de la cuadrícula urbana colonial (Guarda 2009a). Como resultado se obtuvieron las primeras caracterizaciones detalladas de la estratigrafía urbana, obtención de muestras controladas y definición de depósitos que usualmente presentan mezclas o palimpsestos con desechos de vajilla indígena y euroasiática de distintos períodos (Alfarero Tardío, Colonial y Republicano).

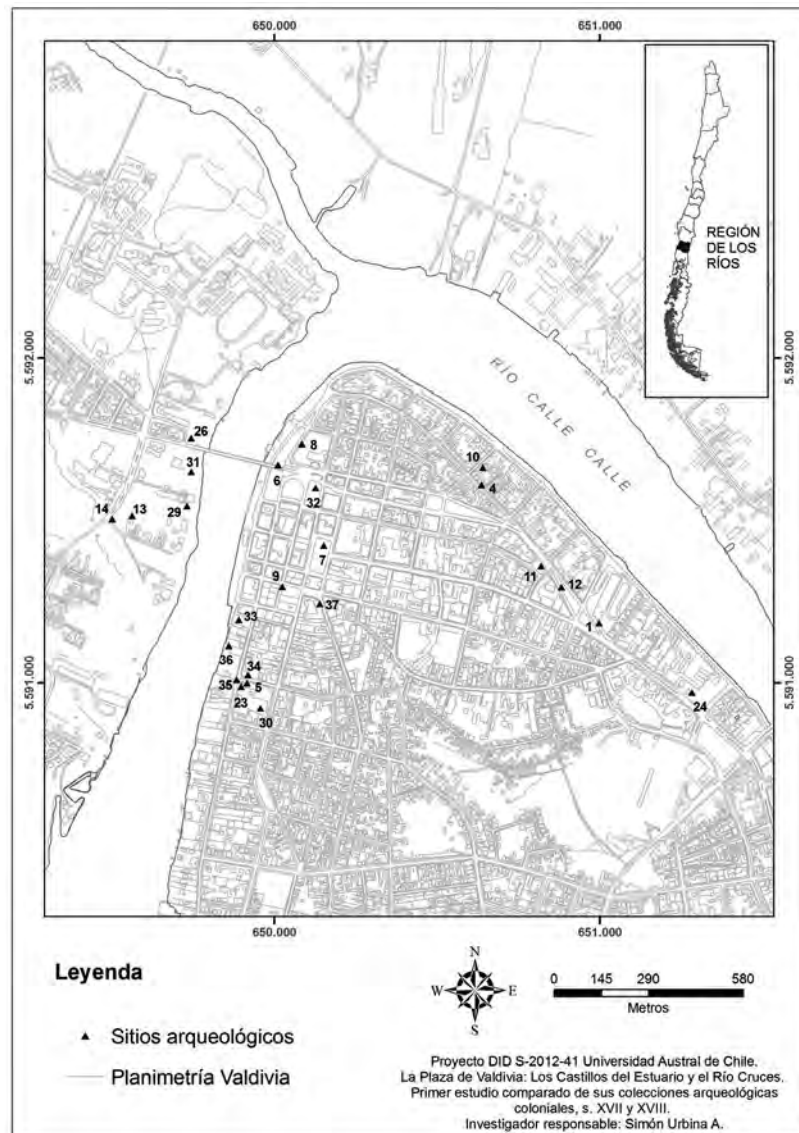


Figura 6: Distribución sitios arqueológicos *área fundacional* de Valdivia.

Se ha estimado que mientras la depresión intermedia de la cuenca de Valdivia presenta cerca de 87 sitios arqueológicos (Mera 2011: 11), el área urbana contiene a la fecha cerca de 40 yacimientos (Urbina *et al.* 2012). Para el área de la cuenca de Valdivia, Rodrigo Mera ha señalado la amplia distribución de los yacimientos alfareros y la ocupación reiterada del área, desde las primeras ocupaciones alfareras (grupos Pitrén) hasta el período Histórico (población Mapuche), si bien “Al

considerar los estudios cerámicos, se ve que el período alfarero Tardío e histórico parecen confundirse, el estilo Valdivia parece estar presente como una larga tradición” (Mera 2011: 6-7).

En las afueras de la actual ciudad de Valdivia, destaca el sitio “Estero Lumaco-1”, en el sector de Junco (curso medio del Calle Calle), donde se recuperó en estratigrafía, cerámica adscrita al período Alfarero Tardío, restos líticos (obsidiana) y un fogón bien delimitado. Este sitio presentó una fecha convencional sobre carbón, de 330 +/- 50 años A.P. (Adán *et al.* 2007), ubicándolo en momentos históricos, posiblemente al igual que otros sitios habitacionales reconocidos en el sector de Angachilla, al sureste de la ciudad (Van de Maele 1968: 25). Los asentamientos coloniales dentro del área urbana de Valdivia, han entregado valiosa información sobre las relaciones que se establecieron entre las poblaciones indígenas e hispanas a partir del año 1552.

La excavación realizada en la intersección de las calles Independencia con Arauco, en pleno centro de la ciudad, reveló gran cantidad de material constructivo, como ladrillos y tejas, junto a una baja pero significativa combinación de fragmentos cerámicos indígenas monócromos y corrugados, también ejemplares esmaltados hispanos (mayólica Panamá Policromo A) junto a tres grandes botijas de almacenaje completas enterradas bajo el pavimento actual. Una asociación similar se identificó al despejar dos muros de ladrillo y piedra laja, ubicados al construirse el actual Casino de Valdivia (Mera y Munita 2007), así como en los sitios Salesianos 1 y Carlos Anwandter 1 distribuidos en el sector noreste, conocido al igual que en Huamanga, Potosí y Cusco, como barrio de “La Carmenga” o “barrio de La Merced”, por residir allí el grueso de la población *mapuche-huilliche* del siglo XVI (Guarda 1994: 24, 41, 101-102). A diferencia de los anteriores yacimientos, se han identificado contextos donde mayoritariamente o sólo se encuentra cerámica indígena -entre ella ejemplares corrugados y con decoración incisa-, los cuales datan con seguridad de la época colonial, excavados en los sitios Plaza Acharán Arce, así como en los sondeos realizados en los sectores periféricos del actual Casino, junto a las calles Carampangue y O’Higgins.

El sitio Casa Prochelle-1 (isla Teja), presenta ciertas similitudes con los contextos arqueológicos del centro de Valdivia, donde se combinan distintas variedades de cerámicas indígenas y mayólicas hispanas, como Contraloría Regional, Mirador Yungay, Casa de Extensión UACH, Independencia con Arauco 1, Casino de Valdivia, Salesianos 1, Plaza Acharán Arce 1, Carlos Anwandter 1. Una de las unidades excavadas en el sitio Casa Prochelle 1 permitió observar una depositación estratificada de basuras domésticas (Unidad 2AB), con presencia de elementos diagnósticos de tres épocas; plástico, clavos de sección circular y latas, loza alemana e inglesa (Colonial y Republicana) y, en el estrato más profundo, fragmentos cerámicos de tradición indígena (sin torno) y mayólicas panameñas⁵ del tipo Panamá Policromo y Azul sobre Blanco (Urbina y Adán 2012a: 185-188). Inclusive en las obras de restauración del inmueble (2013-2014), la presencia constante de desechos culturales del período Colonial y Republicano se ve enriquecida por el hallazgo de artefactos de factura indígena en materias primas europeas (cuchillo de vidrio), abundante fragmentería cerámica monocroma (color negro y café), cerámica decorada de estilo Valdivia (rojo sobre blanco) y ejemplares con engobe blanco y rojo; fragmentos de botijas con engobe crema exterior, las cuales presentan huellas de torno interior y, en ciertos casos, restos de embreado.

Durante el año 2014, se excavaron 30 pozos de sondeo (30 m²) en la Plaza de la República de Valdivia, permitiendo reconocer un yacimiento de carácter multicomponente y a la presencia de

5 La mayólica o cerámica esmaltada es la categoría artefactual más importante dentro del servicio de mesa (vajilla) en la península ibérica como en las colonias americanas y constituye un indicador principal de etnicidad y estatus hispano en el nuevo mundo (Jamieson 2001: 45-46). Dentro del Virreinato del Perú las mayólicas andaluzas eran trasladadas hasta Panamá y de allí hacia América del Sur en barcos a vela a través de la costa Pacífico, registrándose hasta 39-40° lat. Sur en Valdivia (Adán *et al.* 2014). La localidad de Panamá La Vieja función como un punto de tráfico interoceánico para mayólicas procedentes de Europa y luego como un centro productor a fines del siglo XVI e inicios del XVII, destinado a proveer a los colonos hispanos del Virreinato peruano de una vajilla similar a la disponible en España (replicas), pero a más bajo costo (Jamieson 2001: 48; ver tipología en Rovira 2001).

contextos primarios y secundarios, donde destacan 8 contextos funerarios, 6 de ellos concentrados en la mitad norte (Galarce *et al.* 2014: 217-222). Aquello coincide con las noticias que señalan que bajo la plaza se hallaron osamentas y entierros de españoles en 1907, con probabilidad el cementerio de la Iglesia Mayor del siglo XVI (Guarda, 1999, nota 7: 12). De acuerdo con las excavaciones se trataría de un espacio ocupado desde tiempos prehispánicos, sin interrupciones notables en el tiempo, con depósitos estratigráficos complejos asociadas a rasgos no estructurales (enterratorios humanos) y otros -rellenos secundarios de basuras muebles e inmuebles (p.e. piedra laja, tejas, ladrillos y baldosas de cerámica)- que muestran variaciones en la forma de usar dicho espacio público. Los conjuntos de restos materiales contienen abundantes fragmentos cerámicos, lozas, mayólicas, cerámicas hispanas e indígenas. Esta situación, contrasta con la relativa baja frecuencia que alcanzan otros materiales como vidrios, metales, restos osteofaunísticos y malacológicos (Galarce *et al.* 2014: 221-222).

A pocas cuadras al norte de la Plaza, fueron registrados dos muros de ladrillo *in situ* durante la construcción del actual Casino (sitio Casino de Valdivia). Éstos presentan elementos constructivos como una base o estabilizado de piedra laja canteada y mortero de cal con arena y conchilla (hallazgo 3), sobre el cual se edifica el muro de ladrillos unidos con argamasa. Cuatro muestras de ladrillos han sido datadas entre el 1600 y el 1755 d.C. (Adán y Muñoz 2008, Urbina *et al.* 2012). Existe la alternativa que estos restos arquitectónicos estén vinculados a la localización de los cimientos del convento de Santo Domingo de la ciudad del siglo XVI, que hayan sido edificados con posterioridad a la refundación de la ciudad en 1645-1647 o involucren parte de edificios del siglo XVIII-XIX. El estudio tecnológico, arqueométrico e histórico sobre la producción de ladrillos (y tejas) locales y la ubicación de las fábricas, son pasos elementales para avanzar en este ámbito.

En el sector de Paillao (5km al SE del centro de Valdivia), se identificó un conjunto de siete sitios arqueológicos cercanos al río *Angachilla*, presentando al ser excavados materiales alfareros adscribibles al período Alfarero Tardío y Colonial Temprano, incluyendo en ciertos casos fragmentos decorados rojo sobre blanco (estilo Valdivia). La ocupación de los contornos de áreas inundables o *gualve* definiría el patrón de asentamiento indígena en esta área durante la época prehispánica y colonial (Adán *et al.* 2007: 51), lo cual es corroborado por las dataciones sobre cerámica de tradición indígena y europea efectuadas, ubicadas entre los años 1100 y 1700 d.C. (Urbina *et al.* 2012) (Tabla 1). De acuerdo a la fragmentación, densidad y distribución del material alfarero (n=903) estas ocupaciones poseen un carácter doméstico, interpretables como espacios de vivienda (*ruka*) de distintos tamaños (Urbina y Adán 2012a: 197, 207). La población asentada en este sector por seis siglos mantuvo, a partir del siglo XVI, contactos con la dotación hispana de Valdivia a juzgar por una baja (0,1% de n=903), aunque significativa presencia de cerámica vidriada elaborada en torno inserta en algunos los contextos excavados.

La sistematización tipológica de las cerámicas de manufactura indígena y europea han habilitado primeras comparaciones intra urbanas, de la ciudad y otras instalaciones dentro de su jurisdicción, así como de Valdivia con otras ciudades del Virreinato del Perú (Adán *et al.* 2014). Considerando estos antecedentes hemos planteando una primera zonificación arqueológica del área fundacional de Valdivia siguiendo la distribución de materiales constructivos y elementos de la vajilla culinaria del siglo XVI-XIX, estimando el desarrollo de fases y episodios de carácter *mapuche-huilliche* y fases urbanas discontinuas o integradas en ciertos lapsos temporales (Urbina *et al.* 2014)⁶.

6 La cronología histórico-arqueológica del área urbana de Valdivia involucraría a) el período Alfarero Tardío (ca. 1100-1552 d.C.): conformado por una fase I de ocupación indígena costera y fluvial de Valdivia (1100-1552), un Episodio I de exploración hispano fluvial y terrestre (ca. 1544-1551) y un Episodio II de interacción inicial hispano indígena (1551-1552); b) el período Histórico Temprano (ca. 1552-1604 d.C.): caracterizado por una fase Urbana I con damero clásico de solares cuadrados (1552-1575), una fase Urbana II definida por un damero de solares rectangulares e irregulares (1575-1599) y un Episodio I de alzamiento general y abandono hispano de la ciudad (ca. 1599-1604); c) el período Mapuche-Huilliche (ca. 1604-1647 d.C.): comprendería una fase I de emancipación indígena (1604-1645), un Episodio I de instalación militar holandesa sobre ruinas de Valdivia (1643), un Episodio II de abandono de la ciudad en ruinas

La Plaza de Valdivia, los castillos del estuario y el río Cruces, siglos XVII-XIX

En el contexto posterior a la refundación de Valdivia (ca. 1645-1647), se han efectuado estudios arqueológicos en la Bahía de Corral (15 km al SW de Valdivia) y río Cruces (24,5 km al NE de Valdivia). A partir de la segunda mitad del siglo XVII se instala un “sistema defensivo” hispano para la recuperación de la ciudad de Valdivia y la protección del enemigo externo (potencias europeas) e interno (población indígena) (Guarda 1990). Los seis castillos de la jurisdicción de Valdivia fueron fundados en posiciones estratégicas, incluyendo la propia ciudad, en áreas densamente habitadas por comunidades o parcialidades *mapuche-huilliche*, por lo cual se mantuvieron política y económicamente vinculados a las parcialidades locales.

Según Montandón (2001) el esquema cronológico y arquitectónico de estos castillos se define de la siguiente manera. Las fortificaciones del estuario y el río Cruces se inician con la instalación de baterías (planchadas) elaboradas con muros de fajinas (haz de ramas apretadas) y tierra, definiendo la primera fase constructiva del sistema defensivo (ca. 1645-1650). En el segundo período (ca. 1650-1670) las instalaciones son descritas por Diego de Rosales como castillos provistos de muros sólidos, contruidos en canagua y piedra laja (Montandón 2001: 43) y defendidos por fosos y acantilados junto a las explanadas naturales donde fueron emplazadas originalmente (Montandón 2001: 35). El tercer período (ca. 1674-1764), se inició en 1675 con el impulso dado por el Gobernador de la Plaza, don Diego Joaquín de Martos, para mejorar los fuertes del estuario levantando murallas y parapetos en el mismo emplazamiento de las defensas edificadas antes de 1670. El cuarto y último período constructivo (ca. 1761/1764-1820) se inicia con las intervenciones del ingeniero Juan Garland orientadas a la mantención y consolidación de la infraestructura ya existente y a la modificación de los plano elaborados por Juan Martín Cermeño para Corral, Amargos y Niebla (Montandón 2001: 38) y San Luis de Alba (Cfr. Adán 2009: 11-12). Entre 1780 y 1800, el sistema defensivo sería ampliado mediante la instalación de nuevas baterías en ambos márgenes del estuario. En 1820, el sistema de fortificaciones, baterías y baluartes caerá en manos chilenas, iniciando el proceso de abandono parcial y cambio funcional, siendo utilizados como instalaciones militares de bajo rango o para el desembarco y alojamiento provisorio de los inmigrantes alemanes a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La secuencia constructiva de Montandón (2001) no es homogénea al desagregar los asentamientos que componen el sistema defensivo de Valdivia. En el caso del castillo de Cruces se ha documentado el uso de materiales y técnicas constructivas en los paramentos distinto al de fajinas o salchichones propuestos para la primera fase; de acuerdo a Rosales durante el siglo XVII “*La muralla de este fuerte se compone de dos estacadas de gruesos maderos, que en Chile se llaman malar, y contra malar*” (Rosales 1989 [1673], vol. II: 1209, en Adán 2009:3). Situación similar ocurre en el caso de la Plaza Real o castillo de Valdivia donde inicialmente las murallas consiste en “... *una empalizada muy fuerte y otra contra estacada con todas la partes y baluartes que ha dado lugar el terreno y planta*” (Aguirre 1923[1647]:81, en Guarda 1990: 72,). Por último, la tercera fase constructiva de Montandón –generalizada para el sistema de fortificaciones entre los años 1674 y 1764–, en la cual se habrían levantado murallas y parapetos sólidos en todos los castillos de la bahía de Corral, sólo se habría materializado en el castillo de Cruces durante la cuarta fase constructiva post 1764 con la intervención del ingeniero Juan Garland, quién levantó efectivamente sus murallas utilizando piedra *cancagua* canteada, aunque de modo parcial, pues se mantuvieron sectores de las cortinas de madera hasta la fines del siglo XVIII (Adán 2009: 11-12).

(1643-1645) y un Episodio III de paces, parlamentos y reasentamiento hispano (1645-1647); y, d) el período Plaza Real de Valdivia (ca. 1647-1798 d.C.) involucraría la fase Urbana III de refundación de la plaza fuerte, puerto y presidio de Valdivia, también mencionado como castillo de Valdivia (ca. 1647-1737), la fase Urbana IV de remodelación post terremoto e instalación de torreones defensivos (1737-1780) y la fase Urbana V de construcción de la “Cerca de Duce” y la demolición paulatina de los muros de la Plaza Real (1780-1820) (Urbina *et al.* 2014).

Excavaciones arqueológicas han sido efectuadas dentro o en los contornos de los castillos de Niebla, Mancera, Corral y San Luis de Alba. En Niebla, a mediados del siglo XX se despejaron rasgos y estructuras arquitectónicas *in situ* que permanecían a nivel sub superficial. El mismo Montandón (2001) describe en 1951 la detección de 10 estructuras de canchagua y laja, no visibles en superficie al momento de iniciar las obras de restauración. Van Meurs (1996) excavó entre los años 1992 y 1995 el sector sureste, cerca del baluarte oriente, y al oeste de la planicie del fuerte, en el sector de la capilla, almacén y actual museo (Figura 7). En los años 2009-2010 Hermosilla y su equipo han efectuado 30 nuevos sondeos distribuidos en el interior y exterior del Castillo, totalizando 15 m² excavados. De ésta última intervención, el conjunto de fragmentos que componen la vajilla analizada (n=1118) está dominado por cerámica indígena sin torno (72,4%), incluyendo un fragmento decorado estilo Valdivia y uno monocromo con incrustación de loza; el vidrio es la segunda categoría representada (20,7%) donde aparece una cuenta tubular y un raspador; seguido de loza europea (4,7%) y cerámica vidriada (2,3%), destacando 22 fragmentos de mayólica, entre ellos el tipo Panamá Liso, Azul sobre Blanco y Polícromo (Hermosilla y Bahamondes 2010). Tomando en cuenta las intervenciones en el castillo de Niebla, se puede confirmar “... una ocupación colonial hispana expresada en diferentes momentos a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, vinculada a través de sus contextos culturales con poblaciones indígenas de la zona” (Hermosilla et al. 2009: 32). Según las conclusiones de Hermosilla y Bahamondes (2010: 102) el asentamiento “...muestra la presencia de dos tradiciones culturales en interacción. Una de filiación indígena inserta en un yacimiento de ocupación hispana con sus propios elementos culturales en uso, sugiriendo un contacto recurrente, incluso cotidiano, entre españoles e indígenas”. El rango de fechas obtenidas de 5 muestras cerámicas se ubica entre los años 1600 y 1805 d.C. (Hermosilla y Bahamondes 2010: 79) (Tabla 1), coincidiendo con la cronología documental conocida. En las obras de restauración en curso (2013-2014), se ha confirmado la presencia de cerámica de tradición indígena de estilo Valdivia (rojo sobre Blanco), algunos ejemplares de Estilo Tringlo o Ranco (blanco sobre rojo), así como porcelanas asiáticas u orientales (tipo *Kraak*) adscritas al siglo XVI y XVII (Canepa 2012).

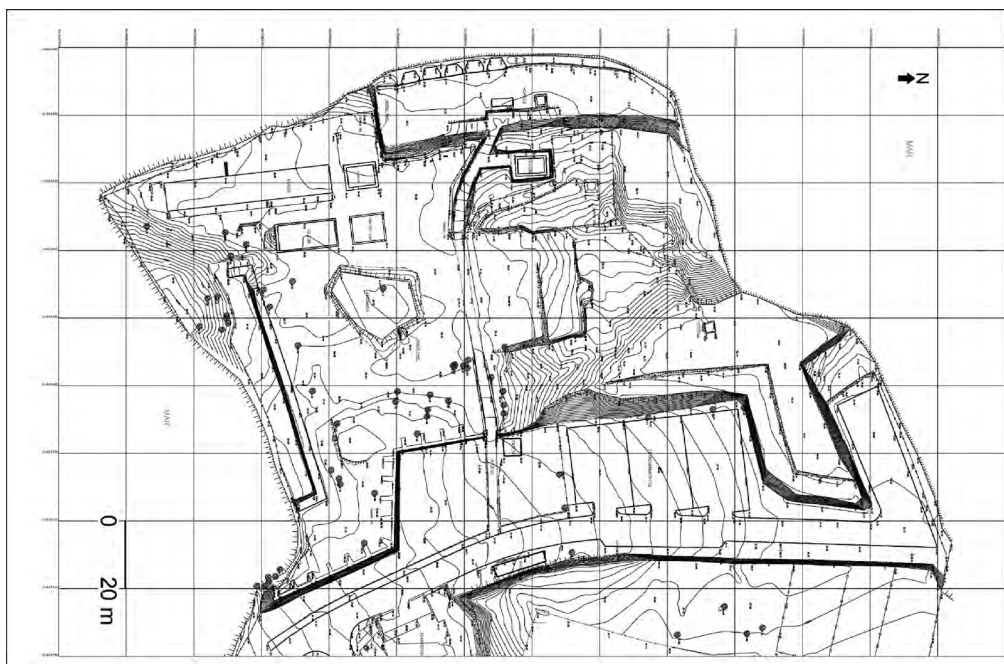


Figura 7. Levantamiento topográfico Castillo de Niebla. Fuente: Hermosilla y Bahamondes 2010.

El castillo de Corral (Figura 8) ha sido estudiado recientemente por Carabias y su equipo (2010). A pesar que las excavaciones se han efectuado extramuros, en el sector conocido como Playa las Argollas, la información recuperada en dos sondeos estratigráficos (2 m²), más dos transectas de barreno junto a la cortina o muralla principal, indica que el área pudo ser utilizada antes de la construcción de la cortina debido a la presencia de cerámica indígena en todos los sondeos practicados, o podría señalar la articulación ocurrida entre la población local con los habitantes de la fortificación a partir del siglo XVII (1647). En las excavaciones se despejaron dos tipos de fundaciones presentes en la cortina o muralla continua de defensa entre dos baterías; uno elaborado exclusivamente en ladrillos más próximo a la batería occidental, y otro manufacturado con bloques canteados y ladrillos, cercanos a la batería Oeste. Estas diferencias constructivas podrían tener implicancias cronológicas relacionadas con la historia local de la fortificación o el uso de distintas fuentes de materiales para su edificación (p.e. ladrillos). La presencia constante y mayoritaria de fragmentos de loza también señala, que una vez abandonado el Castillo por los españoles (1820), el asentamiento continuó siendo utilizado por el Estado Chileno en su política de colonización del sur de Chile. La inspección subacuática realizada frente a la Playa Las Argollas coherentemente reveló rasgos constructivos sumergidos *in situ* y removidos, pertenecientes al período colonial y republicano en los cuales se registran notables cambios funcionales y en la fisonomía de la fortificación (Guarda 1990, Montandón 2001).

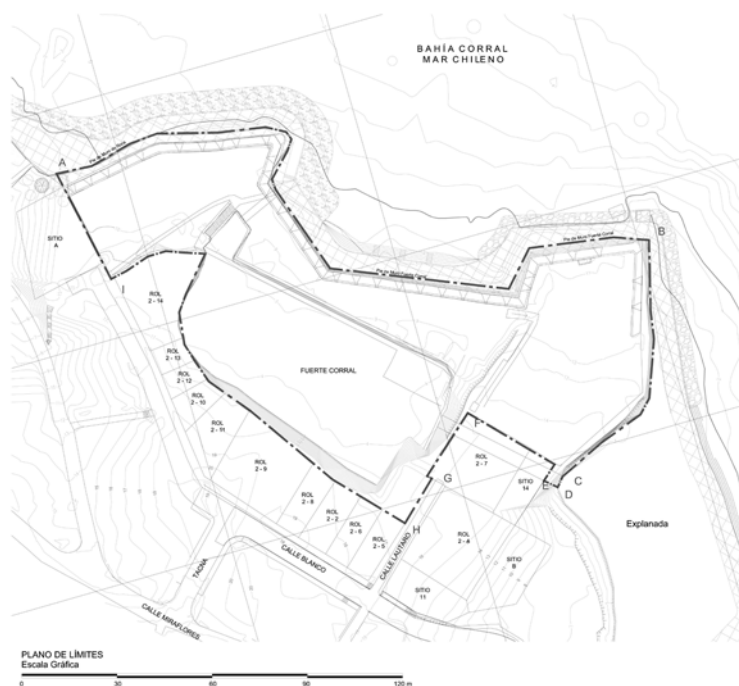


Figura 8. Levantamiento topográfico Castillo de Corral. Fuente: Comisión Asesora de Monumentos Nacionales, 2011.

Las dataciones de los ladrillos dispuestos sobre las fundaciones, fueron muestreados desde dos sectores de la cortina edificada -levantada por Juan Garland en la segunda mitad del siglo XVIII- entregaron fechas que oscilan entre 1700 y 1725 d.C. con un sigma de ± 30 años (Carabias *et al.* 2010). Las dataciones consideran lapsos algo más tempranos a la “época de edificación” documentada y del establecimiento de los hornos reales de Isla Teja a partir de 1766 d.C. (Guarda 1973: 52-53). Es razonable pensar que las dataciones informen de la “época de fabricación” de ladrillos e incluso

que la discrepancia cronológica refiera a eventos constructivos no establecidos documentalmente aún –de modo similar a lo que ocurre con los muros del sitio Casino de Valdivia–, aunque no es descartable la incidencia de factores de muestreo (humedad) y dosimetría.

En Isla de Mancera se realizó un primer reconocimiento superficial alrededor de la isla en el año 2008, el cual identificó un total de 9 hitos arqueológicos significativos (sitios y hallazgos) (Mera 2008), así como la primera inspección subacuática de sus costas y de punta Carboneros (Carabias y Simonetti 2008). En el año 2008 y 2009 fueron sondeados arqueológicamente por primera vez el castillo de Mancera y la Plaza Colonial⁷, con el objeto de establecer una primera caracterización estratigráfica de sus depósitos y definir funcionalmente el uso de ciertas estructuras (p.e. Casa del Castellano, Iglesia de San Antonio y Casa del Capellán; en la Plaza Colonial los almacenes reales y la Casa del Gobernador) (*sensu* Guarda 1990). Entre los años 2011 y 2013 se efectuaron nuevos estudios arqueológicos en Isla Mancera y sus instalaciones coloniales. Además de la ejecución de sondeos estratigráficos y análisis de materialidades específicas, se realizaron fechados por termoluminiscencia y se conformó una colección arqueológica unificada. En resumen, se han excavado hasta la fecha cerca de 9 pozos de sondeo en el castillo de Mancera ($\pm 8 \text{ m}^2$), cinco sondeos en la Plaza Colonial ($\pm 5 \text{ m}^2$) y dos en el Almacén de Pólvora ($0,5 \text{ m}^2$), con lo cual se ha obtenido una valiosa muestra de desechos de consumo de alimentos, materiales constructivos y desechos cerámicos indígenas y euroasiáticos. Al igual que en Niebla y Corral, los sondeos reportaron material cerámico hispano asociado con abundantes ejemplares indígenas, entre ellos cerámica de estilo Valdivia (rojo sobre blanco), inclusive se distinguió en el estrato más profundo de la Casa del Capellán donde predomina únicamente material cerámico monocromo sin torno, lo cual mantiene vigente la hipótesis sobre una ocupación anterior a la instalación hispana en la Isla durante el siglo XVII (Guarda 2001).

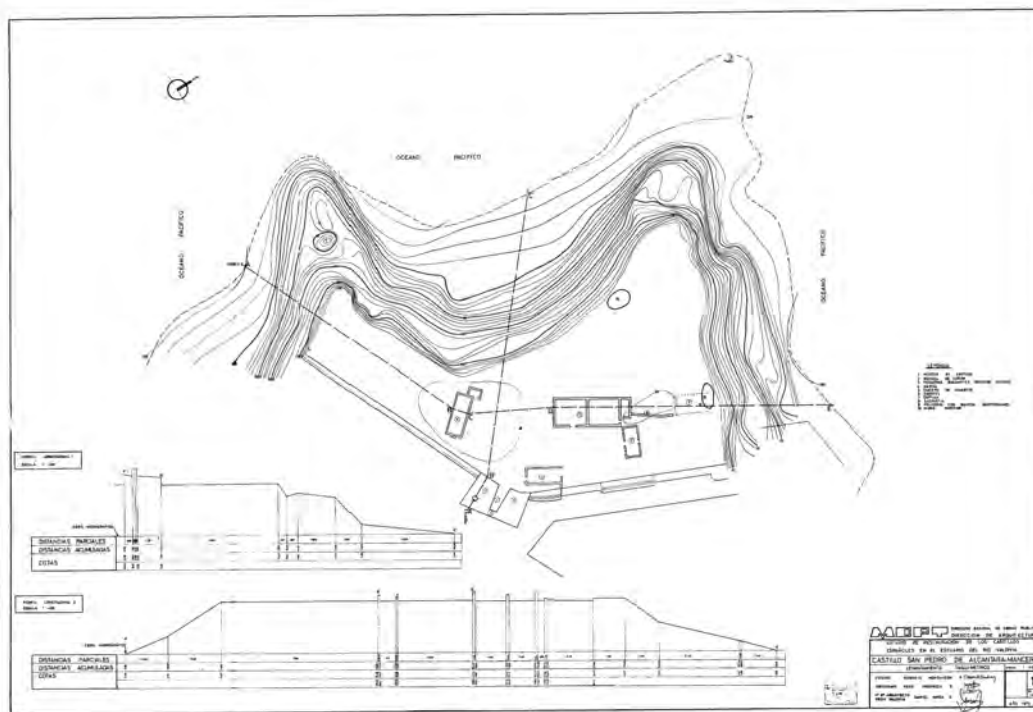


Figura 9: Plano topográfico del Castillo de Mancera. Fuente: Montandón 2001, T. III: 1, P-1.

7 Arqueología Histórica de la Bahía de Corral: Investigación y museografía del Museo de Sitio de Isla Mancera FON-DART 2007-45940. Responsable: Marcelo Godoy.

Los recientes fechados obtenidos sobre cerámicas de tradición indígena y europea señalan un rango cronológico entre 1570-1775 d.C. para el castillo de San Pedro de Alcántara de Mancera (Figura 9) y de 1660-1760 d.C. para la Plaza Colonial y Casa del Gobernador (Figura 10) (Tabla 1). De acuerdo a las excavaciones efectuadas dentro del castillo de Mancera los estratos ocupacionales contienen basuras de facto, primarias y secundarias, y se encuentran levemente disturbados en los 20 a 30 cm superficiales debido a reutilización del interior del Castillo como campo de cultivo o por las obras de restauración ejecutadas en la segunda mitad del siglo XX. No es del todo claro una sucesión estratigráfica que permita distinguir más de un evento ocupacional, sin embargo, los sondeos en la Casa del Capellán como en la unidad excavada entre la Iglesia de San Antonio y la Casa del Castellano presentan un estrato profundo y por ende más antiguo, provisto únicamente de cerámica de factura indígena, sin la presencia de materiales europeos. Sin embargo, tal cerámica local es similar a la que se encuentra en estratos superiores, donde aparece junto a desechos de botijas, vidrios, loza, mayólicas y metales (Urbina 2014). Con todo, a pesar de la información depositacional las dataciones disponibles no permiten afirmar por el momento una fase prehispánica en el área de emplazamiento del castillo.

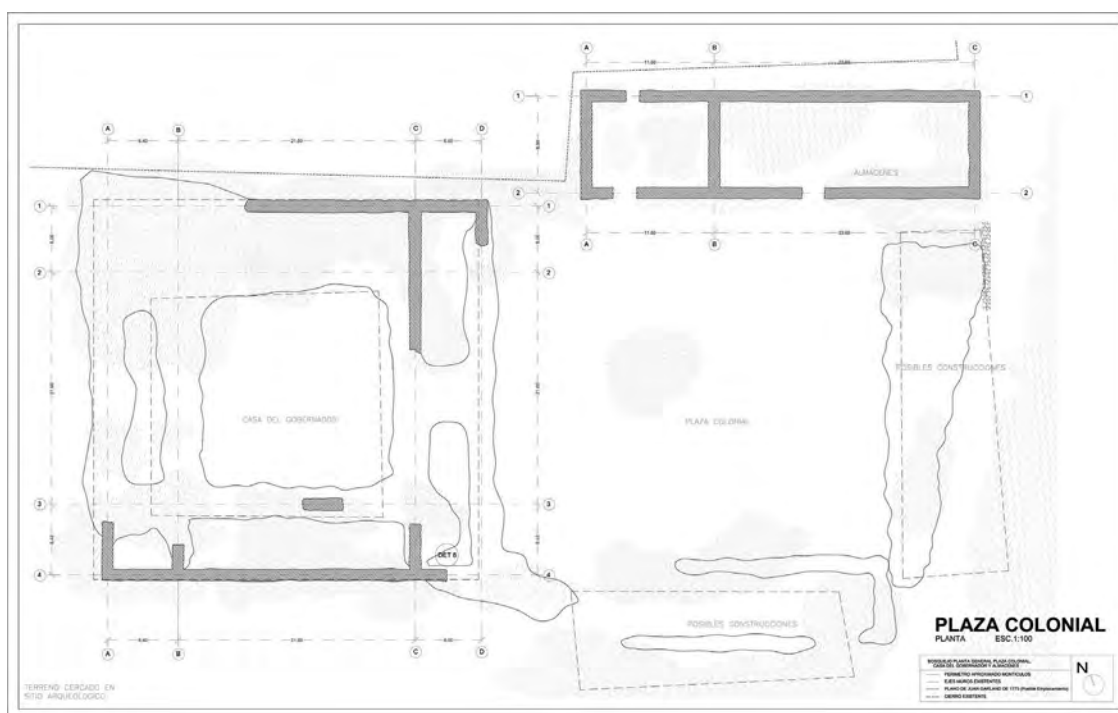


Figura 10: Relevamiento arqueológico sitio Plaza Colonial, Isla Mancera. Fuente: Urbina 2014.

A partir del año 2012-2013 hemos implementado un estudio comparado sobre colecciones coloniales provenientes de los cinco Castillos localizados en el Estuario del río Valdivia [Amargos, Corral, Mancera y Niebla] y el río Cruces [San Luis de Alba] (Figura 11), incluyendo la Plaza Real o castillo de Valdivia (Figura 12), fortificación principal levantada sobre las ruinas de la ciudad arrasada a fines del siglo XVI, a partir de la cual se refundaría el asentamiento luego de 50 años de abandono (Urbina *et al.* 2014). Esta iniciativa busca una mirada integral de los elementos inmuebles y muebles de filiación indígena y europea en siglos XVII-XIX a través de un primer estudio comparado de sus instalaciones, el cual permita evaluar en términos arqueológicos el sistema defensivo de la Plaza

de Valdivia en el marco global del Reino de Chile y el Virreinato del Perú. Actualmente, nuestro proyecto Fondecyt ha establecido como prioridad profundizar el estudio de las distintas colecciones generadas por los estudios precedentes y conformar una primera colección de referencia para la Región de Los Ríos. Aquello implica la realización de diversos análisis en materiales arqueológicos, como cerámicas indígenas y euroasiáticas, materiales constructivos como clavos, ladrillos y tejas, permitiendo a futuro reconocer y determinar con mayor certeza su lugar de procedencia, uso y localización. De esta manera, junto con los objetivos propios de la investigación, se estará aportando a la mejor documentación de las colecciones museológicas, su conservación, puesta en valor, acceso y consulta.

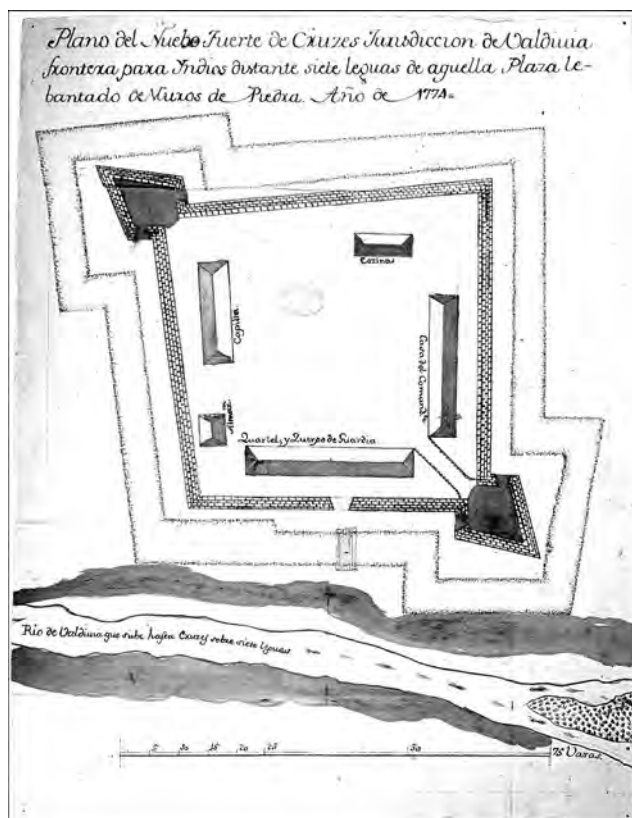


Figura 11: Plano del castillo de Cruces, Juan Garland (ca. 1774).

Fuente: AGI, Mapas y Planos, Perú y Chile 65, en Guarda 1990: 224.

Instalaciones misionales: La Misión de Niebla en el siglo XVIII-XIX

Los estudios históricos recientes indican que desde la ciudad de Valdivia, el castillo de Cruces y la misión de San José de la Mariquina –entre el siglo XVII y mediados del XVIII–, los jesuitas ejercieron el trabajo misional mediante recorridos a pie llamados “correrías” o “misión volante” orientada a la evangelización de agrupaciones o parcialidades de indios infieles (Poblete 2007: 9, 2009, nota 3: 25, Almonacid 2008: 124–126). Abiertamente críticos de las correrías jesuitas los franciscanos implementan al sur del río Bio-Bio, a partir de la expulsión de éstos (ca. 1767), una metodología que involucraba la instalación efectiva de nuevas misiones en territorio indígena. En concordancia con los intereses militares de la corona, misioneros franciscanos, autoridades

eclesiásticas y agentes civiles y militares desarrollan una punzante y coordinada expansión misional en la Araucanía y jurisdicción de Valdivia (Valenzuela 2005: 115, Almonacid 2008: 125).

Cerca de treinta misioneros de “*Propaganda Fide*” fueron repartidos en las misiones de Arauco, Lolco, Imperial, y Santa Bárbara, y en la frontera *mapuche-huilliche* en las misiones de Toltén, Valdivia, Mariquina, Arique, Niebla, Gañihue, Quinchilca, Río Bueno, Dallipulli y Cudico (Urbina, R. 1990: 80-81, Guarda 2001: 288-289, Valenzuela 2005: 140, Urbina, X. 2009: 228). Entre Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno, los misioneros franciscanos atendían, según un listado de 1796, un número de 27 parcialidades indígenas entre las que se cuentan “*Isla del Rey, Tengelén, Chan Chan, Catalán, Trumau (sic), Calumapo, Ranco y Panqueco, cada una con uno (cacique), y Costa de Niebla y Cudico, con dos*” (Guarda 1999: 106). La construcción de misiones, escuelas de indios o reducciones estaba supeditada a la capacidad de negociación y persuasión de los gobernadores, militares mediadores y al carisma de los misioneros frente a la receptividad, percepción de beneficios y aprobación de las autoridades y linajes locales (Poblete 2009: 26).

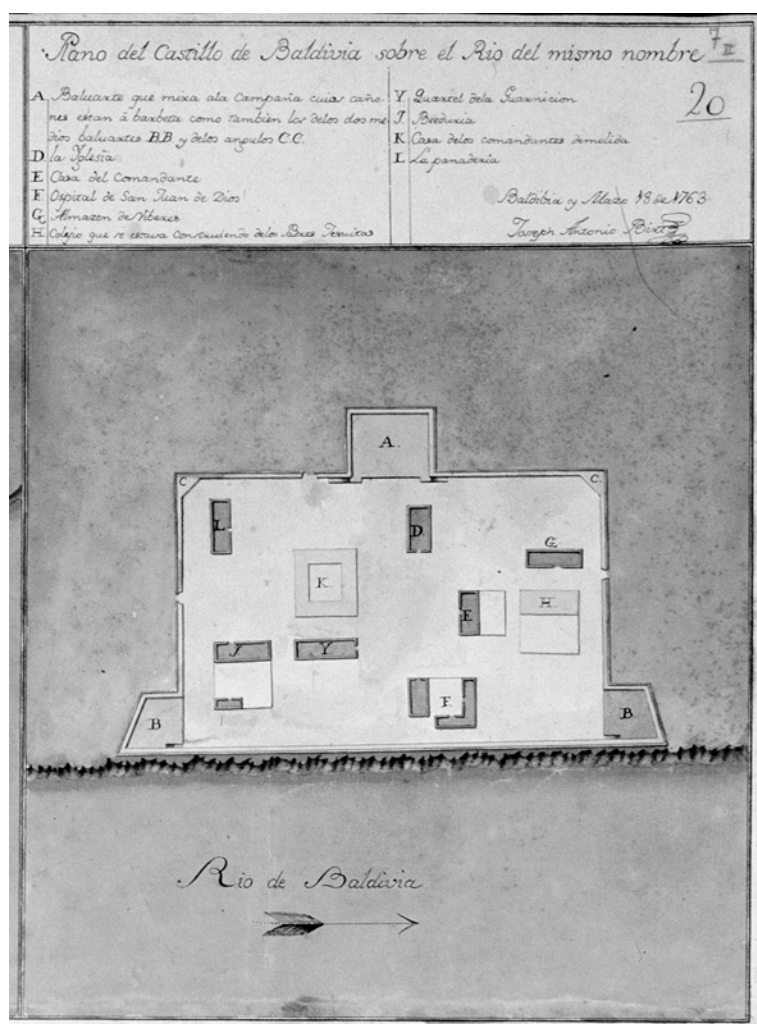


Figura 12: La Plaza Real o castillo de Valdivia. Recinto según relevamiento del ingeniero Antonio Birt (ca. 1763). Fuente: Ms. 400/ n° 7-II, Biblioteca Nacional de Cataluña, Barcelona.

La misión franciscana de Cristo Crucificado o Misión de Niebla, en el contexto señalado, corresponde a un yacimiento arqueológico ubicado en la costa Pacífico, 8 km al norte del castillo de Niebla y 13 km al oeste de Valdivia. Aunque de breve ocupación temporal (*ca.* 1776-1820), su valor arqueológico y patrimonial es significativo pues hasta tiempos recientes sólo se contaba con referencias en las fuentes históricas. Maurice Van de Maele había visitado las ruinas y efectuado un primer relevamiento arquitectónico, incorporando el asentamiento a su cartografía regional de asentamientos misionales del período Colonial (Van de Maele 1967: 6, 1968). Luego del reconocimiento superficial de las ruinas en el año 2010, al año siguiente se reinician las investigaciones arqueológicas en el asentamiento misional. La iniciativa consistió en el estudio multidisciplinario para la “puesta en valor” de La Misión de Niebla para promover un tratamiento adecuado de conservación, levantamiento de datos requeridos para una correcta toma de decisiones museográficas y de gestión con fines turísticos.

Los antecedentes históricos que hemos sistematizado indican que la misión es fundada en agosto de 1776 y aparentemente abandonada en 1820⁸, no obstante se tienen datos que inclusive en 1834 sigue ocupada por población nativa aunque desprovista de sus principales edificios (Poblete 2007). Es sólo en 1846 cuando es mencionada por el Intendente de la Provincia, Salvador Sanfuentes, como la ex-misión de Niebla, junto a Huanehue (Vergara 2005: 158). Los dos curas que allí debían residir atendían a 6 parcialidades *mapuche-huilliche* asentadas en la costa (Guarda 1999: 66), unas 300 personas aproximadamente, las cuales habitaban la costa seis leguas al norte del castillo de Niebla entre “... *Quiñienamcu y Chan-Chan*” (Carvallo 1876 [1796]: 187). Se han registrado dos refacciones para la instalación misional en los años 1797 y 1801 (Guarda 2001: 293), a la cual se agrega otra posterior al incendio ocurrido el 30 de octubre de 1788, producto de lo cual los misioneros se habrían mantenido en el lugar habitando una “*pobre choza*” hasta que en 1790 el presidente les socorre con 500 pesos para “... *reedificar la iglesia y habitaciones, que por cierto debieron ser de palos y paja*” (Lagos 1908: 277). La última noticia que tenemos del funcionamiento de la Misión proviene de un documento publicado por Poblete (2007: 19), donde se señala que la instalación en 1834 sólo mantiene en funcionamiento la capilla y la casa de cocina.

El emplazamiento de la instalación religiosa se define por el hito denominado “punta de la Misión” (Risopatrón 1924: 121) y su edificación fue pactada por escrito -junto a las misiones de Quinchilca y Cayumapu, por caciques de distintas parcialidades y muchos otros indios, todas las autoridades de la plaza de Valdivia-, en un parlamento celebrado el 30 de diciembre de 1776 en el hospicio franciscano de la ciudad de Valdivia (Guarda 1999: 68). No obstante, en este evento “... *los caciques de Niebla, que habían pedido voluntariamente su fundación, ahora temían que se les ocuparan tierras de cultivo*” hasta que dos años más tarde, “...*el 15 de abril de 1778 los (caciques) de Niebla, D. José de Arba, D. Juan Suichas, D. Antonio Guínteo, D. Lorenzo Bancupillán y D. Gabriel Guichipán, piden nuevamente a los religiosos, cediendo el lugar llamado pampa de Chauma, con tal que no permitiesen acidental español alguno en su terrenos*” (Guarda 1999: 68-69).

Aunque materialmente precaria y débilmente financiada para su mantenimiento, la misión debía al menos contar con iglesia, casa de misioneros, cocina y habitación para acoger a los indígenas que acudían por períodos determinados a ella (Almonacid 2008: 139, 146). Se estimaba necesario también implementar un espacio funerario (cementerio) para dar sepultura a algunos los bautizados que así

8 Una última noticia que se tiene de las ruinas de la Misión es recopilada en 1856 por Erico Volkmann en El Correo de Valdivia el 10 de agosto. Un informante local, cuyo padre vio en funcionamiento el establecimiento misional a la edad de 10 años, se señala las ruinas ubicadas en Caleta de *Calfuco*, explanada donde los monjes franciscanos habrían levantado la capilla, habitaciones y chacras con la ayuda de las poblaciones indígenas locales, abandonada en 1820, luego que Thomas Cochrane tomara el control de la Bahía de Corral. *Calfuco*, reseña Risopatrón, sería lugar de “reducción indígena” en una punta “... *pequeña, roqueña i se proyecta en el mar desde la costa de la ensenada que se extiende al S del morro Bonifacio; del nombre de una reducción indígena que allí había. Que se comunicaba por una senda abierta en el bosque, con el lugarejo de Cutipai*” (Risopatrón 1924: 121).

preferieran. A pesar de la austeridad de los edificios, debe considerarse que aspectos del urbanismo, ornamentación e inclusive el nombre de las misiones constituían un elemento de contraste entre la población hispana, *mapuche-huilliche* y mestiza. Estos asentamientos conformaban, desde otra mirada, un espacio aglutinador y de interacción, de expresión estética y evangelizadora simbolizada por la presencia constante de la cruz en espacios públicos o en la intimidad de las habitaciones; la misión era el lugar de itinerarios procesionales, festividades y ritos a través de la música, la danza, el canto y el drama (Guarda 2009b: 137).

En este contexto, las conversiones al cristianismo registradas para la Misión de Niebla en 1789, señalan 209 neófitos y 10 gentiles, mientras que en 1803 se indica un total de 327 bautizados, 124 matrimonios, 181 entierros, 244 cristianos conversos de todos los estados, sexos y edades y, por último, cero gentiles (Poblete 2007: 15). En el recuento del “estado de las misiones” del año 1808, la cifra de neófitos había aumentado a 334, unos 125 nacimientos más respecto al año 1789, en tanto que el número de gentiles registrado entre todas las parcialidades que a ella acudían se había mantenido en cero (Guarda 1999: 65-66 y 110). En el “estado de las misiones” de 1834, aunque ya sin misioneros, la misión de la costa de Niebla se indica con 130 indios(as) menores de 15 años, 588 mayores de 15 años y un número de 30 infieles (Poblete 2007, Tabla 2: 19). En términos territoriales, según un informe de Miguel de Ascasubi el cual recopila el estado de la misiones en el reino de Chile hasta 1789 (Ascasubi 1798, en Gay 2009: 205-264), los religiosos conversores (Guarda 1979) se asentaron en el lugar a principios de noviembre de 1777 “... sobre la costa del mar en el mismo paralelo de la plaza de Valdivia, que queda al este a distancia de cuatro leguas, dos del Castillo de Niebla que tiene al sur, y casi a la boca de aquel puerto. Su distrito es de nueve leguas N.S. y por lo más ancho dos del este a oeste [...] El Terreno es por la mayor parte quebrado, montuoso, estéril e inhabitable, a excepción del poco que ocupan cinco parcialidades en que se divide esta reducción, con otras tantas cabezas o caciques, las cuales, en otro tiempo estuvieron más provista de indios” (Ascasubi 1798, en Gay 2009:244).

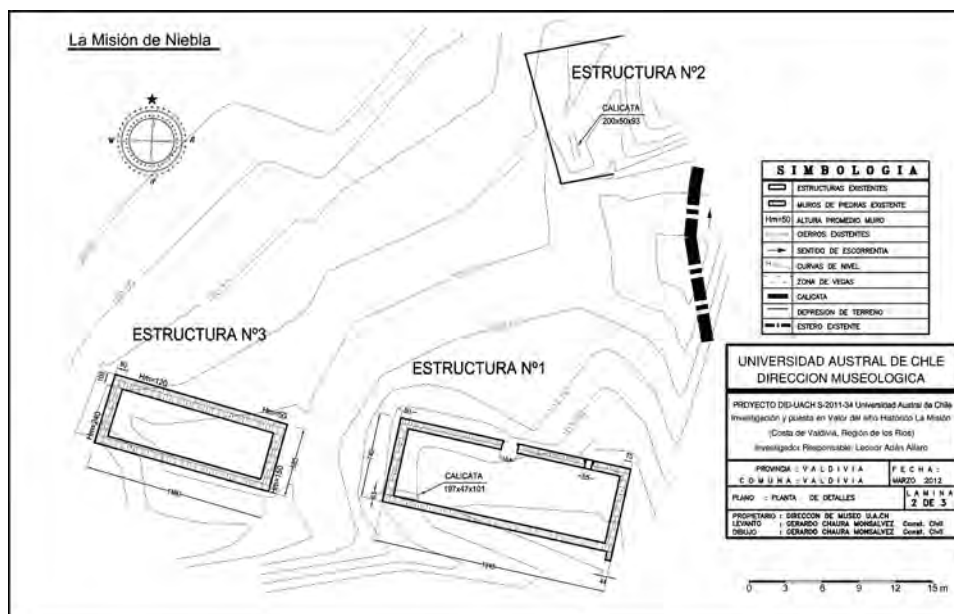


Figura 13: Levantamiento topográfico La Misión de Niebla o Misión Franciscana de Cristo Crucificado. Estructura n° 1: Casa Misional; n° 2: Cocina o “Casa de Indios”; n° 3: Capilla o Iglesia.

Las poblaciones que habitaban en torno a la misión, a pesar de las restricciones geográficas, eran descritas como “... *aplicadas en el trabajo y labranza de la tierra*” (Ascasubi 1798, en Gay 2009: 245). Se trataría de poblaciones que practicaban la recolección y horticultura costera pues “... *su más ordinario alimento es el marisco [...] y estas con algunas frutillas o fresas, que también cultivan en chacras*” (Ascasubi 1798, en Gay 2009: 245) y con el cual comercian con los españoles por la plata o trocando por charqui, harina, sementeras y ají. Esta relación con los grupos hispanos es al parecer no sólo comercial, ya que cuando “... *se les avisa de parte del gobierno para las obras reales de la plaza se necesita junquillo, paja o algún otra material con que puedan contribuir a ellas, se juntan luego caciques y mocetones y aprontan las cantidades que se les señala*” (Ascasubi 1798, en Gay 2009: 245; véase también Guarda 1973, nota 5: 6, 1990: 78). Esta actitud reflejaría los beneficios y progresos de la misión de Niebla hacia fines del siglo XVIII (1789), lográndose hasta allí, desde la perspectiva hispana y evangelizadora, “... *los afanes de los obreros evangélicos (misioneros franciscanos) y las piadosas intenciones y deseos de nuestro Soberano (el rey)*” (Ascasubi 1798, en Gay 2009: 246).

El trabajo arqueológico hasta la fecha ha considerado un nuevo y completo levantamiento topográfico del área de asentamiento principal de la misión (Figura 13). Posterior al despeje de vegetación arbustiva que cubría por completo los edificios, se han practicado dos sondeos de 1 m², el primero al interior de la casa misional (102 m²) y el segundo, en la cocina o “casa de indios” (± 70 m²). Ambos edificios, además de la iglesia (52 m²), presentan muros de piedra laja, canchagua y mortero visibles en superficie. Los análisis de los materiales recuperados permite observar, que de la fragmentería de vajilla culinaria (n=229) la cerámica indígena es dominante (93,9%), entre la que se cuenta un fragmento decorado rojo sobre blanco de cerámica estilo Valdivia; a continuación le sigue el vidrio (6,6%) y en menor proporción loza (0,4%) y porcelana (0,4%). En los depósitos se han recuperado placas de cobre martillado (posiblemente secciones de aros), lascas de filos vivos, una pequeña punta de proyectil y artefactos elaborados en hueso (punzón y cuenta discoidal) –todos de factura indígena–, provenientes del interior de los edificios de la misión. Además de los fragmentos de vidrio, loza inglesa y porcelana, otros objetos de factura europea corresponden a una cuenta de vidrio azul, clavos y otros fragmentos metálicos de hierro/acero (Urbina y Adán 2012b). Toda esta información preliminar permite tener un primer panorama descriptivo sobre el uso de esta clase de sitios en comparación con aquellos asentamientos que componen el sistema de fortificaciones y la ciudad de Valdivia.

Por último, durante el año 2013 se efectuó una segunda campaña de sondeos arqueológicos en el marco del Programa de Cooperación Universidad Austral de Chile–Universidad Nacional de Cuyo⁹. Los resultados de estas intervenciones en espacios exteriores y dentro de las estructuras identificadas se encuentran en proceso de análisis, sin embargo destacan el hallazgo de fragmentos de cerámica de estilo Valdivia (rojo sobre blanco), mayólicas tipo Panamá Polícromo, así como la detección de una plataforma de acceso a la capilla (atrio); y a un costado de este mismo edificio, otra plataforma adosada que correspondería a un patio parcialmente techado para la ejecución de misas al aire libre o una posible área funeraria (Chiavazza com. pers. 2013).

Discusión y conclusiones

Se han presentado avances en distintos ámbitos de la arqueología de Valdivia, especialmente en la zona que rodea al nodo comprendido por el perímetro urbano de la ciudad (Figura 5), incluyendo el sistema defensivo hispano dispuesto entre la localidad de Cruces (Mariquina), la bahía de Corral y la costa adyacente a partir de mediados del siglo XVII (Figura 4). Los estudios

9 Arqueólogos responsables Leonor Adán (UACH) y Dr. Horacio Chiavazza (UNCu–CIRFS–MAF).

arqueológicos complementan la cronología documental conocida, ofreciendo información novedosa sobre historia ocupacional de la jurisdicción (siglos XVI–XIX) (Tabla 1), especialmente la caracterización arquitectónica de los asentamientos y la definición de contextos arqueológicos “mixtos” o “híbridos”, donde destaca la preeminencia alcanzada por desechos cerámicos de tradición indígena frente a ejemplares euroasiáticos o hispanoamericanos (Adán *et al.* 2014), ya sea en asentamientos indígenas, centros urbanos, fortificaciones o misiones. Dentro de estos cuatro tipos de sitios, se pueden segregar tres patrones materiales a partir de contextos residenciales asociados a elementos arquitectónicos durables o perecederos –interpretables mediante rasgos como fogones u hoyos de poste y combinaciones de elementos indígenas y europeos de carácter mueble (vajilla y contenedores) (Adán *et al.* 2014). De este modo, creemos posible un primer acercamiento a la temática de las relaciones interculturales coloniales desde la arqueología histórica regional:

- 1) sitios, o puntos arqueológicos dentro de la ciudad, con depósitos domésticos con cerámica de tradición indígena, presencia de botijas, mayólicas y vidrio –junto a fragmentos de materiales constructivos como teja, ladrillo, bloques de piedra laja (esquisto) y clavos–, los cuales indicarían desechos asociados a viviendas hispanas techadas y solares ubicados en el centro del área fundacional de Valdivia o edificios particulares dentro de fortificaciones.
- 2) sitios, o puntos arqueológicos dentro de la ciudad, con depósitos con cerámica de tradición indígena asociados a rasgos como hoyos de postes o fogones extensos, en asentamientos emplazados junto a esteros/humedales –en ciertos sitios presentan fragmentos decorados de estilo Valdivia o corrugados–, siendo nula o muy escasa la presencia de cerámicas vidriadas, botijas, loza y cuentas de vidrio, situación que se identifica en el sector de Paillao o Picarte-1, dentro y fuera de las estructuras de la misión de Niebla, en los sitios de calle Anwandter (barrio de La Carmenca) de Valdivia y en ciertos sectores dentro de sitios fortificados (Mancera y Niebla).
- 3) sitios, o puntos arqueológicos dentro de la ciudad, con depósitos densos de carácter primario y secundario, rasgos de combustión o bolsones de basura dentro de los cuales se concentran abundantes desechos cerámicos de tradición indígena –incluyendo ejemplares de estilo Valdivia–, y de tradición europea como cerámicas vidriadas, botijas, mayólicas Panamá Azul sobre Blanco y Polícromo y, en ciertos casos mayólicas Escapalaque/Popayán (marrón o verde sobre amarillo), así como cerámica fina roja o negra (búcaros). Estos contextos domésticos, con elementos finos o de status, pueden corresponder a basurales densos exteriores o áreas domésticas techadas con teja o material vegetal (chozas o *nuka*) dentro del perímetro urbano de Valdivia (sitio Casa Prochelle 1, Contraloría Regional y Plaza de la República) como también al interior o extra muros de ciertas fortificaciones (San Luis de Alba [Cruces], Mancera y Niebla).

Resta por avanzar en el análisis específico de cada sitio y en la caracterización de la diversidad interna de las tradiciones cerámicas. A pesar de ello, emerge la discusión sobre las modalidades de ocupación de las instalaciones hispanas, los patrones residenciales *mapuche-huilliche* y sus transformaciones, así como las interacciones de estas poblaciones durante los siglos XVI–XIX, resultando en un panorama histórico y arqueológico mucho más complejo que lo previsto al inicio. Con ello se plantea una interacción no sólo referida a la colaboración de mano de obra indígena en la fábrica o mantenimiento de edificios hispanos, sino a la cohabitación de ambas poblaciones en asentamientos cuya dotación se plantó como exclusivamente hispana (p.e. recintos militares [Castillos de Niebla, Mancera y Cruces], edificios administrativos [Palacio del Gobernador, Mancera], estructuras religiosas dentro de fortificaciones [Iglesia de San Antonio, Mancera] y viviendas de personas de alto rango [Casa del Castellano y Casa del Capellán, Mancera] (véase Guarda 1990: 63–

99). Las relaciones inter culturales y el contacto recurrente entre diversas poblaciones dentro de la zona involucró ámbitos de la vida cotidiana que recién comenzamos a (re) conocer (Cfr. Jamieson 2004). Mientras los especialistas coinciden en señalar la presencia de al menos dos tradiciones culturales en interacción dentro de los sitios arqueológicos con arquitectura hispana, en aquellas localidades retiradas de los nodos de ocupación europea la presencia de elementos foráneos es mínima y el ingreso de ejemplares europeos implica otras dinámicas (p.e. Paillao [Valdivia] o Millahuillín-1 [Máfil]) (Urbina y Adán 2012a, Mera *et al.* 2013). El hecho que los materiales europeos ingresen en baja proporción a estos espacios, no implica que el dominio hispano haya sido menos intenso o que las relaciones mapuche-hispanas hayan sido menos directas; lo cual enfatiza la idea no simplificar o reducir las interpretaciones arqueológicas contextuales.

Utilizando la información que entregan los desechos cerámicos, elementos arquitectónicos y los numerosos contextos domésticos registrados en la región, se requiere evaluar varias hipótesis sobre el tipo de relaciones interculturales establecidas en y entre asentamientos misionales (jesuitas o franciscanos), fortificaciones (fuertes y castillos) y el área urbana de Valdivia, especialmente entre mediados del siglo XVII e inicios del siglo XIX, lapso en el cual las tres clases o escenarios de interacción –o tipos de sitio (misiones, fortificaciones, ciudad)– se encuentran en funcionamiento (ca. 1647–1820). Son dichas interacciones indígena-europea las cuales involucraron y determinaron las modalidades de asentamiento o etapas de implantación española en el actual territorio valdiviano y no exclusivamente aquellos procesos de mestizaje o matrimonios interétnicos (Deagan 1983: 271). En lo específico debe evaluarse si ocurrió exclusivamente un intercambio económico de piezas cerámicas–estimulada por la escasez y precariedad en que habitaban las familias hispanas en estas latitudes y la distancia con la metrópoli virreinal (Lima)–, o bien, si la cohabitación al interior de castillos y espacios urbanos fue mayor y más intensa de lo que informan las fuentes históricas o las interpretaciones historiográficas dominantes. Es posible que dentro de la secuencia gravitaran conjuntamente lazos o situaciones de coerción física generadas por trabajo forzado, de vínculo conyugal y/o servicio doméstico, donde habrían sido establecidos pactos interpersonales, entre ciertas comunidades o individuos, o bien acuerdos político-económicos oficiales o extra oficiales entre autoridades indígenas e hispanas.

Estas son materias que deben ser exploradas discutiendo el supuesto según el cual frente al invasor europeo, gran parte de la toma de decisiones de las poblaciones indígenas durante el período colonial basó su comportamiento en la férrea defensa de su libertad y el carácter reaccionario, de su cultura, a la civilización (Guarda 1969: 261–262). En este momento, la arqueología histórica de Valdivia tiene abundantes y poderosas razones para entrar en este debate y aportar al respecto.

Agradecimientos. Este artículo es resultado del proyecto FONDECYT 1130730, DID-UACH S-2011-34 y DID-UACH S-2012-41. A la Dirección Museológica y la Dirección de Investigación y Desarrollo, Universidad Austral de Chile. A los colegas Doina Munita, Margarita Alvarado, Rodrigo Mera, Marcelo Godoy y Diego Carabias. A los estudiantes de Antropología y Pedagogía en Historia y Ciencias Sociales que participaron en las campañas de terreno (UACH). A Ricardo Mendoza, Director del Museo de Sitio Fuerte de Niebla (DIBAM). Al equipo liderado por Horacio Chiavazza (UNCu-CIRFS-MAF) y Cristina Prieto (CCT-CONICET), al personal del Museo del Área Fundacional de la ciudad de Mendoza y Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco (Mendoza). Por el apoyo brindado a éstos proyectos, al Fondo Nacional de Desarrollo Regional (FNDR) del Gobierno Regional de La Región de Los Ríos, Municipalidad de Valdivia y Sociedad Chilena de Arqueología.

MUESTRA	Sitio	Estructura/Unidad	Material/Tipo	Observación	Edad (AP)	FECHA	Fuente
UCTL 1964	Pailiao 1 (Valdivia)*	Cuadrícula 3	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	895 ± 95	1100 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 1965	Pailiao 1 (Valdivia)*	Cuadrícula 1	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	560 ± 55	1445 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 1966	Pailiao 5 (Valdivia)*	Cuadrícula 4	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	545 ± 55	1460 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 1967	Pailiao 3 (Valdivia)*	Cuadrícula 2	Cerámica sin torno (indígena)	Estilo Valdivia (r/b)	490 ± 50	1515 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 2715	Castillo de Mancera	Casa del Capellán	Mayólica	Panamá Azul sobre Blanco	440 ± 40	1570 DC	Urbina 2014
UCTL 1923	Casino de Valdivia **	Hallazgo 5	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Dimensiones: 26 x 14 x 6 cm	405 ± 40	1600 DC	Adán y Muñoz 2008
UCTL 1968	Pailiao 2 (Valdivia)*	Cuadrícula 1	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	405 ± 45	1600 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 2100	Castillo de Niebla	Pozo 16	Cerámica sin torno (indígena)	Engobe pintura roja	410 ± 40	1600 DC	Hermosilla y Bahamondes 2010
UCTL 2773	Contraloría Regional**	Trinchera Este	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	390 ± 35	1620 DC	Mera et al. 2014
UCTL 1969	Pailiao 5-7 (Valdivia)*	Cuadrícula 1	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	380 ± 40	1625 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 2097	Castillo de Niebla	Pozo 24	Cerámica sin torno (indígena)	Con incrustación de loza	350 ± 35	1660 DC	Hermosilla y Bahamondes 2010
UCTL 2703	Plaza Colonial (Isla Mancera)	Casa del Gobernador	Mayólica	Panamá Politeromo (?)	350 ± 30	1660 DC	Urbina 2014
UCTL 2717	Castillo de Mancera	Iglesia San Antonio	Mayólica	Panamá Liso	345 ± 35	1665 DC	Urbina 2014
UCTL 2718	Castillo de Mancera	Casa del Capellán	Mayólica	Panamá Liso	345 ± 30	1665 DC	Urbina 2014
UCTL 2716	Castillo de Mancera	Casa del Castellano	Mayólica	Panamá Liso	340 ± 30	1670 DC	Urbina 2014
UCTL 2189	Castillo de Corral (Playa Argollas)	Cortina (fundaciones)	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Profundidad 90-100 cm	330 ± 30	1680 DC	Carabias et al. 2010
UCTL 2704	Castillo de Mancera	Casa del Capellán	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	330 ± 30	1680 DC	Urbina 2014
UCTL 2190	Castillo de Corral (Playa Argollas)	Cortina (fundaciones)	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Profundidad 100-110 cm	325 ± 30	1685 DC	Carabias et al. 2010
UCTL 2099	Castillo de Niebla	Pozo 16	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	315 ± 30	1695 DC	Hermosilla y Bahamondes 2010
UCTL 1970	Pailiao 3 (Valdivia)*	Cuadrícula 3	Cerámica con torno	Vidriada café	300 ± 30	1705 DC	Urbina y Adán 2013
UCTL 1972	Casino de Valdivia **	Hallazgo 3	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Altura muro: 42 cm	285 ± 30	1720 DC	Urbina et al. 2012
UCTL 2096	Castillo de Niebla	Pozo 28	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	280 ± 25	1730 DC	Hermosilla y Bahamondes 2010
UCTL 2719	Plaza Colonial (Isla Mancera)	Almacén A	Mayólica	Escapalaque o Popayán?	280 ± 30	1730 DC	Urbina 2014
UCTL 1971	Casino de Valdivia **	Hallazgo 3	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Altura muro: 95 cm	270 ± 25	1735 DC	Urbina et al. 2012
UCTL 2705	Castillo de Mancera	Iglesia San Antonio	Cerámica sin torno (indígena)	Monocroma	265 ± 25	1745 DC	Urbina 2014
UCTL 2771	Contraloría Regional**	Trinchera Este	Mayólica	Panamá Politeromo	260 ± 25	1750 DC	Mera et al. 2014
UCTL 1973	Casino de Valdivia **	Hallazgo 3	Ladrillo (<i>in situ</i>)	Altura muro: 28 cm	250 ± 25	1755 DC	Urbina et al. 2012
UCTL 2720	Plaza Colonial (Isla Mancera)	Casa del Gobernador	Cerámica sin torno (indígena)	Engobe pintura roja	250 ± 20	1760 DC	Urbina 2014
UCTL 2772	Contraloría Regional**	Trinchera Este	Cerámica con torno	Botija	240 ± 20	1770 DC	Mera et al. 2014
UCTL 2702	Castillo de Mancera	Casa del Castellano	Cerámica con torno	Botija	235 ± 20	1775 DC	Urbina 2014
UCTL 2098	Castillo de Niebla	Pozo 16	Cerámica con torno	Vidriada	205 ± 20	1805 DC	Hermosilla y Bahamondes 2010

Año Base: 2010

* Perímetro urbano de Valdivia

** Área fundacional de Valdivia

Tabla 1. Fechados por Termoluminiscencia para sitios de la jurisdicción de Valdivia.

Referencias citadas

Fuentes publicadas

- Ascasubi, M. O.F.M. Informe cronológico de las misiones del reino de Chile hasta 1789. *Historia física y política de Chile. Documentos I*. Editado por Claudio Gay 2009 [1854], Tomo I, pp. 205-264. Cámara Chilena de la Construcción, Universidad Católica de Chile y DIBAM.
- Carvallo, V. 1876 [1796]. *Descripción histórica geográfica del Reino de Chile*. Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional, Tomo X. Imprenta de la Librería del Mercurio, Santiago de Chile.
- Mariño de Lobera, P. 1865 [1580]. *Crónica del Reino de Chile*. Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Imprenta del Ferrocarril, Tomo VI, Santiago, Chile.
- Ramírez, Fr. F. 1994 [1805]. *Coronicon Sacro- Imperial de Chile. Fuentes para el estudio de la colonia*. Transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela. Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, Chile.
- Vivar, G. 1979 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Biblioteca Iberoamericana, Colloquium Verlag, Santiago, Chile.
- Volkman, E. 1856. El último padre franciscano de la Misión de Calfuco. Un episodio de la vida colonial. *El Correo*, 10 de agosto de 1865, Valdivia.

Investigaciones publicada y Manuscritos

- Adán, L. 2009. Elementos Arquitectónicos del Castillo San Luis de Alba (1647). Antecedentes Históricos. *Informe Técnico Proyecto DID-UACH S- 2008-59*. Compilado por Marta Scheu. Manuscrito en posesión del autor.
- Adán, L., R. Mera, F. Bahamondes y S. Donoso. 2007. Historia cultural de la cuenca del río Valdivia: proposiciones a partir del estudio de sitios alfareros prehispánicos e históricos. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 12: 5-30.
- Adán, L., R. Mera, D. Munita y S. Urbina. 2010. Los primeros habitantes. Síntesis de la historia prehispánica de la actual Región de Los Ríos. *Síntesis Histórica de la Región de Los Ríos, Diagnóstico del Patrimonio Cultural de la Región de Los Ríos*. Compilado por L. Adán, pp. 3-27. Gobierno Regional de Los Ríos y Ministerio de Obras Públicas, Valdivia.
- Adán, L. y S. Muñoz. 2008. *Rasgos arquitectónicos arqueológicos del proyecto inmobiliario y recreativo Portal Valdivia, comuna de Valdivia, región de Los Ríos*. Universidad Austral de Chile, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Adán, L. y S. Urbina. 2010. Una aproximación a la historia indígena de los *mapuche-huilliche* de la jurisdicción de Valdivia. *Síntesis Histórica de la Región de Los Ríos. Diagnóstico del Patrimonio Cultural de la Región de Los Ríos*. Compilado por L. Adán, pp. 26-49. Gobierno Regional de Los Ríos y Ministerio de Obras Públicas, Valdivia.
- Adán, L., S. Urbina, C. Prieto, V. Zorrilla y L. Puebla. 2014. Variedad y comportamiento del material cerámico de tradición hispana e indígena en la ciudad de Valdivia y su jurisdicción entre los siglos XVI y XVIII. *Primeros Asentamientos Españoles y Portugueses en la América Central y Meridional s. XVI y XVII*. Editado por L. M. Calvo y G. Cocco. Universidad Nacional del Litoral y Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe, Santa Fe, Argentina, en prensa.
- Alcamán, E. 1997. Los *Mapuche-Huilliche* del Futahuillimapu septentrional: expansión colonial, guerras internas y alianzas políticas (1750-1792). *Revista de Historia Indígena* 2: 29-75.
- Aldunate, C. 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile. *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 329-348. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Almonacid, F. 2008. Los misioneros franciscanos en la frontera de Valdivia 1769-1796. *Experiencia de historia regional en Chile*. Editado por J. P. Cáceres, pp. 123-146. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso.

- Canepa, T. 2012. The Spanish Trade in Kraak Porcelain to the New World and its Impact on the Local Ceramic Industry. Ponencia presentada en el 54 Congreso Internacional de Americanistas. Viena, Austria. Manuscrito en posesión del autor.
- Carabias, D. y R. Simonetti. 2008. *Informe de inspección arqueológica subacuática proyecto Fondart "Arqueología Histórica de la Bahía de Corral: investigación y museografía del museo de sitio de Isla Mancera"*, Comuna de Corral, Región de los Ríos. Fondart 45940-2007, ARKA Consultores, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Carabias, D., S. Urbina, R. Simonetti y A. Ponce. 2010. *Informe final levantamiento arqueológico submarino y sub superficial proyecto "Diseño y Declaración de Impacto Ambiental para la protección costera del Fuerte y Plaza de Corral"*, Comuna de Corral, XVI, Región de los Ríos. ARKA Consultores, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Deagan, K. 1983. *Spanish St. Augustine: The Archaeology of a Colonial Creole Community*. Academic Press, New York.
- Galarce, P. G. Santander, N. Padilla y G. Messina. 2014. *Sondeos arqueológicos sitio Plaza la República-Valdivia*. Archeos Chile Consultores en Arqueología. Consejo de Monumentos Nacionales.
- Guarda, G. 1969. Influencia militar en las ciudades del reino de Chile. *El Proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días*. Editado por J. Hardoy y R. Schaedel, pp. 261-302. Editorial del Instituto, Buenos Aires.
- Guarda, G. 1973. *La economía de Chile austral antes de la colonización alemana: 1645-1850*. Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Guarda, G. 1979. *La sociedad en Chile Austral antes de la colonización alemana 1645-1845*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Guarda, G. 1990. *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Guarda, G. 1994. *Una ciudad chilena del siglo XVI: Valdivia: 1552-1604, urbanística, red pública, economía, sociedad*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Guarda, G. 1999. *Historia de la Iglesia en Valdivia*. Museo de la Catedral, Valdivia.
- Guarda, G. 2001. *Nueva Historia de Valdivia*. Ediciones Universidad Católica, Santiago.
- Guarda, G. 2009a. *Cuatro Siglos de evolución Urbana. Valdivia 1552-1910*. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Astral de Chile, Valdivia, Chile.
- Guarda, G. 2009b. Metodología misional en Chile. Siglos VXI-XVIII. *Historia de la Iglesia en Chile: en los caminos de la conquista espiritual*. Editado por M. Sánchez, Tomo I, pp. 121-158. Editorial Universitaria, Santiago.
- Guarda, G. y R. Moreno. 2010. *Monumenta Cartographica Chiloensia. Misión, Territorio y Defensa*. Editorial Pehuén, Santiago.
- Harcha, L. y L. Vázquez. 1998. Espacios de contacto Hispano-Indígena entre 1552-1655. *Actas III Congreso Chileno de Antropología*, Tomo 1, pp. 254-267. Colegio de Antropólogos de Chile, Temuco.
- Hardoy, J. y M. Gutman. 2008. Construcción urbana y rural: sus aspectos ideológicos, sociales y económicos. *Historia General de América Latina. Consolidación del orden colonial*. Editado por A. Castillero y A. Kuethe, Volumen III, Tomo 2, pp. 719-772. Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, Madrid.
- Hermosilla, N., y F. Bahamondes, V. Popovic y L. Bueno. 2009. *Informe de arqueología Etapa I. Proyecto Restauración Castillo de Niebla XIV Región de Los Ríos*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, DAMOP-GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Hermosilla, N. y F. Bahamondes. 2010. *Estudio restauración Castillo de Niebla, Comuna de Valdivia, Región de Los Ríos. Informe Final de arqueología Etapa II*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, DAMOP-GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Jamieson, R. 2001. Majolica in the early colonial Andes: the role of Panamanian wares. *Latin American Antiquity* 12(1): 45-58.

- Jamieson, R. 2004. *The Negotiation of Identity in the Urban Domestic Material Culture of Colonial Cuenca, Audiencia of Quito*. Proceeding of LASA, Las Vegas, Nevada. <https://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2004/files/JamiesonRoss.pdf>. Consultado el 29 de agosto de 2014.
- Latcham, R. 1930. Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXIV (68): 194 – 227.
- Lagos, R., O.F.M. 1908. *Historia de las Misiones del Colegio de Chillán*. Herederos de Juan Gili, Barcelona.
- Marchena, J. 2008. La defensa del imperio. *Historia General de América Latina. Consolidación del orden colonial*. Editado por A. Castillero y A. Kuethe, Volumen III, Tomo 2, pp. 615–668. Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, Madrid.
- Marín, H. 2008. Las Fortificaciones. *Historia General de América Latina. Consolidación del orden colonial*. Editado por A. Castillero y A. Kuethe, Volumen III, Tomo 2, pp. 583–614. Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, Madrid.
- Mera, R. 2008. *Reconocimiento arqueológico de Isla Mancera*. Fondart 45940–2007, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Mera, R. 2011. *Informe de intervención sobre tuberías subterráneas en el área del monumento histórico Torreón Los Canelos. Valdivia. Región de los Ríos*. Declaración de Impacto Ambiental, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Mera, R. y D. Munita, 2007. *Proyecto Inmobiliario y Recreativo “Portal Valdivia”, Comuna de Valdivia, Región de Los Ríos. Informe de Excavación Arqueológica*. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Mera, R., D. Munita y S. Urbina. 2013. *Trabajos arqueológicos en el sitio Millahuillín 1. Comuna de Máfil, provincia de Valdivia, región de Los Ríos. Informe ejecutivo*. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Mera, R., S. Urbina y D. Munita. 2014. *Rescate arqueológico en la obra construcción edificio sede Contraloría Regional Valdivia, Región de Los Ríos. Informe Final*. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Montandón, R. 2001. *Los Castillos españoles en el estuario del río Valdivia. Estudio de restauración*. Tomo I y II, Ministerio de Obras Públicas, Santiago.
- Poblete, P. 2007. Misiones franciscanas en Valdivia. Cartas de Fray Antonio Hernández Calzada (1823–1844). *Publicaciones del Archivo Franciscano* 93: 3–127.
- Poblete, P. 2009. Prácticas educativas misionales franciscanas, creación de escuelas en territorio mapuche y significado de la educación para los *mapuche-huilliche* del siglo XVIII y XIX. *Espacio regional. Revista de estudios sociales* 6 (2): 23–34.
- Risopatrón, L. 1924. *Diccionario geográfico de Chile*. Imprenta Universitaria, Santiago.
- Rovira, B. 2001. Presencia de mayólicas panameñas en el mundo colonial. Algunas consideraciones acerca de su distribución y cronología. *Latin American Antiquity* 12(3): 291–303.
- Silva, O. 1994. Hacia una redefinición de la sociedad Mapuche. *Cuadernos de Historia* 14: 7–20.
- Urbina, R. 1990. Las misiones franciscanas de Chiloé a fines del siglo XVIII: 1771–1800. Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso. *Serie Monografías Históricas* 4.
- Urbina, S. 2014. *Informe final componente arqueológico. Análisis arqueológico post excavación Eco Museo Isla Mancera. Comuna de Corral, Región de Los Ríos*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, DAMOP-GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito en posesión del autor.
- Urbina, S. y L. Adán. 2012a. La ciudad de Valdivia y su jurisdicción: elementos para una Historia Indígena en el período Colonial Temprano. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica Argentina*, Tomo II, pp. 175–206. Editorial Académica Española, Buenos Aires.
- Urbina, S. y L. Adán 2012b. *La Misión de Niebla: una instalación franciscana en la jurisdicción colonial de Valdivia. Informe Técnico Proyecto DID S-2011-34*. Editado por Leonor Adán. Dirección de Investigación y Desarrollo, Universidad Austral de Chile, Valdivia. Manuscrito en posesión del autor.

- Urbina, S., L. Adán, D. Munita y R. Mera. 2012. Arquitectura arqueológica y sitios patrimoniales sin arquitectura en el perímetro urbano de Valdivia: cartografía descriptiva actualizada y comentarios sobre su valor científico integral. *Revista AUS* 12: 4-9.
- Urbina, S., L. Adán, R. Mera y D. Munita. 2014. Fundación y refundación de Valdivia (Lat. S 39°): Implicancias arqueológicas de dos modalidades de instalación hispana (ca. 1552-1647). *Primeros Asentamientos Españoles y Portugueses en la América Central y Meridional s. XVI y XVII*. Editado por L. M. Calvo y G. Cocco. Universidad Nacional del Litoral y Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe, Santa Fe, Argentina, en prensa.
- Urbina, X. 2009. *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Valparaíso y Santiago.
- Valenzuela, J. 2005. Los franciscanos de Chillán y la independencia: avatares de una comunidad monarquista. *Revista Historia* 38 (I): 113-158.
- Van de Maele, M. 1967. *Investigaciones arqueológicas. Investigaciones históricas. 1964-1965 y 1965-1966*. Museo Histórico y Arqueológico, Universidad Austral de Chile, Valdivia. Manuscrito en posesión del autor.
- Van de Maele, M. 1968. *Mapa Histórico-Arqueológico de la Provincia de Valdivia. Investigaciones Arqueológicas. Investigaciones Históricas*. Museo Histórico y Arqueológico, Universidad Austral de Chile, Valdivia. Manuscrito en posesión del autor.
- Van Meurs, M. 1996 *Excavaciones arqueológicas realizadas en el Fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Monfort de Lemus (1992-1995)*. Universidad Austral de Chile, Valdivia. Manuscrito en posesión del autor.
- Vergara, J. 2005. *La Herencia Colonial Del Leviatán. El Estado y Los Mapuche-Huilliches (1750-1881)*. Tesis Doctoral, Universidad Libre de Berlín. Iquique, Chile.

Recuerdos de un alumno de arqueología perteneciente a la generación de 1971

Mauricio Massone¹

Dedico estas páginas a la Dra. Grete Mostny, quién despertó en mi un profundo interés por conocer la historia de la humanidad y sus proyecciones.

Un día de marzo de 1971, Andrés Pinto y yo nos encontramos en los prados del Instituto Pedagógico y comentamos que se había formado recién el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología en la Universidad de Chile. Era el heredero del anterior Centro de Estudios Antropológicos, surgido al alero del Departamento de Historia. El nuevo departamento partía con la licenciatura en Arqueología en su plan antiguo. Con Andrés éramos compañeros de estudio en el Departamento de Historia, cursando el segundo año la carrera de pedagogía y coincidimos en la decisión de querer cambiarnos a la licenciatura en Arqueología. El futuro laboral parecía muy lejano e incierto para un posible arqueólogo, pero nos dijimos que estábamos dispuestos a correr el riesgo, dado que sentíamos un fuerte llamado vocacional.

Pedimos el traslado a la carrera de Arqueología e iniciamos el primer año, creo que en el mes de abril. Nuestros compañeros tenían distintas edades y procedencia, algunos incluso ya habían terminado una carrera universitaria, pero pronto formamos un grupo bastante unido. Constituimos el primer curso oficial del Departamento. ¿Quiénes éramos?: Blanca Tagle, Raúl Cid, Carlos Aldunate, Rubén Stehberg, María Teresa Planella, Ximena Navarro, Antonia Benavente, Patricio Urquieta, Carlos Maturana, Susana Legradí, Ana María Barón, Rosa Peña, Rodolfo Weisner, Alejandro Durán, Javier (no recuerdo su apellido y más tarde dejó la carrera), Andrés Pinto y yo. En algunos cursos fuimos también compañeros con Iván Solimano.

Nuestros referentes eran los alumnos avanzados. Algunos de ellos ya estaban próximos a terminar la carrera porque habían iniciado a tomar cursos de Arqueología y Antropología unos años antes en el Centro de Estudios Antropológicos o en otras unidades del Departamento de Historia (Victoria Castro, Carlos Thomas, Carlos Urrejola, Julia Monleón, Silvia Quevedo, Luis Rodríguez, José Berenguer, Consuelo Valdés, Fernanda Falabella, Ángela Jeria, Fernando Plaza, Julie Palma, Fernando Maldonado, Adriana Goñi, Marcela Lama, Jaqueline Madrid, Josefina Muñoz, entre otros). Algunos de ellos ya eran ayudantes y los mirábamos con respeto. Con Pepe Berenguer, Ángela Jeria y Nano Plaza alcanzamos a ser compañeros en algunos cursos. Fernanda Falabella, que también había pasado un tiempo en el Departamento de Historia y en el Centro de Estudios Antropológicos, después de una permanencia en el extranjero se incorporó a nuestro Departamento de Ciencias Antropológicas en 1972 y fuimos compañeros en un buen número de cursos.

En 1971, algunos de nosotros comenzamos a frecuentar la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural. Un día le manifesté a mi profesora, la doctora Grete Mostny, el interés que sentía por asistir a leer y a conocer las colecciones arqueológicas del Museo. La doctora

1 Museo de Historia Natural de Concepción (DIBAM), Maipú 2359, Concepción. E-mail: mauricio.massone@gmail.com

Mostny me recomendó a don Julio Montané, quién me recibió muy cordialmente. Me presentó a Eliana Durán, con quien compartiríamos después varios años de grato trabajo conjunto, en torno al estudio de la cultura Aconcagua. Conocí también a Julie Palma, Patricio Núñez, Marcelo Garretón y Nieves Acevedo. De inmediato me dejó como pupilo de Julie que me guió con dedicación en los primeros pasos por las colecciones del Museo. Como primera actividad me llevó a ver la antigua sala de Prehistoria de Chile, en el segundo piso. La primera vitrina que conocí fue la de Cueva de Fell, con la secuencia cultural de 11.000 años, establecida por Junius Bird. Fue como una premonición, que años después me llevaría a seguir sus huellas en la Patagonia austral.

Durante los días sábado escuchábamos con atención en el Museo las amenas tertulias de Julio Montané, con Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse y Felipe Bate, sobre los más variados temas antropológicos. Don Julio era el anfitrión y entre sus temas favoritos estaba el del rol social de la arqueología, pero además paseaba su sabiduría por muchos temas de arqueología americana, demostrando que era también un gran lector. Aprendimos mucho de esas tertulias.

Mientras tanto, el plan antiguo de Arqueología, en la Universidad, comenzó con cursos de duración anual, pero el Director del departamento, don Mario Orellana, nos informó a poco andar que se estaba estudiando la necesidad de impulsar un plan nuevo de estudio a partir de 1972, con una licenciatura que contaría con un plan básico inicial y dos menciones, en Arqueología y en Antropología Social. Los cursos serían de modalidad semestral. Los alumnos del plan antiguo, “nosotros”, que todavía nos sentíamos unos pollos nuevos, podríamos adecuarnos al nuevo sistema.

Con el trascurso de los meses la situación política del país se iba polarizando progresivamente y en ese contexto el Instituto Pedagógico, centro pensante y crítico por naturaleza, vio aumentar la temperatura y los enfrentamientos verbales, entre distintas tendencias de opinión.

En ese ambiente, los estudiantes del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología nos tomamos el departamento por varios días, solicitando una discusión abierta sobre el rol de la Antropología en Chile y la discusión de la futura orientación que debería tener el nuevo plan de estudio. Eso creo que ocurrió en la segunda mitad de 1971. El director, Mario Orellana, de personalidad fuerte, aceptó el desafío y en su calidad de director del Departamento convocó a una convención para discutir múltiples temas.

La convención duró una semana o un poco más, período en que sesionamos a puertas cerradas. Profesores y alumnos confrontamos ideas, con fuerza pero con total respeto y con un elevado sentido académico. Para nosotros fue una experiencia enriquecedora. Se discutió si la Arqueología debía ser considerada parte de la Antropología, o parte de la Historia, o una ciencia independiente. Cual debía ser el rol social de la Antropología en una sociedad que estaba viviendo un profundo cambio revolucionario. Se habló de la arqueología versus la arqueografía, de la relación entre las ciencias humanas y las ciencias naturales; de los nuevos planes de estudio y su orientación.

Bernardo Berdichewsky, Mario Orellana, Carlos Munizaga, Alberto Medina (mi querido profesor de tesis, años después), Juan Munizaga, Hans Niemeyer, George Serracino y otros profesores daban su opinión, discutían algunos puntos entre sí y respondían a las preguntas incisivas de nuestros dos representantes estudiantiles más locuaces: Roberto Flores, el presidente del Centro de Alumnos (que venía del departamento de Historia, donde seguía estudiando en forma paralela pedagogía) y Luis Rodríguez, el Che Rodríguez (el primer alumno titulado del departamento, más adelante). Ellos eran nuestros teóricos para hacer frente a los profesores. En algunos de esos días también Victoria Castro, José Berenguer, Fernando Plaza, Carlos Thomas y Carlos Urrejola participaron, aportando sus ideas y experiencias. Los demás, los más nuevos, escuchábamos con bastante timidez pero con mucha atención esas largas y enriquecedoras sesiones, donde aprendimos mucho. Pese al fragor de los discursos y a ciertas tensiones se podían confrontar ideas con alturas de mira, en un verdadero ejercicio democrático.

1971 fue también el año del VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, que se realizó en la Casa Central de la Universidad de Chile, Santiago. Fue un Congreso muy polémico, donde las

banderas políticas de distintos colores se agitaron durante las ponencias y las discusiones. También se criticaron los respaldos teóricos y metodológicos de ciertos trabajos expuestos. Pero finalmente fue nuestra primera experiencia como alumnos oyentes, que asistíamos a la presentación de ponencias en un congreso de Arqueología. Allí conocimos además a destacados arqueólogos de países vecinos como Luis Guillermo Lumbreras, Juan Schobinger y Carlos Ponce Sanginés y al etnohistoriador John Murra. Recuerdo que tanto Lumbreras como Murra desplegaban un fuerte magnetismo al hablar, que cautivaba a la audiencia.

Durante el verano de 1972 participé por primera vez en un trabajo de terreno, en Loa Oeste 3. El profesor Mario Orellana dirigía la campaña a manera de una “escuela de campo”. Carlos Urrejola y George Serracino eran nuestros supervisores directos en las cuadrículas. Con ellos aprendimos los primeros pasos de una excavación arqueológica. Orellana y Urrejola nos orientaban para aprender a interpretar la estratigrafía del sitio. Junto a Carlos Aldunate, Blanca Tagle, Raúl Cid, Rodolfo Weisner y otros alumnos, compartimos la belleza del desierto y el calor abrazador que nos envolvía después de las 11 de la mañana. Un día fuimos a visitar a Carlos Thomas que, con la ayuda Patricio Morel y Antonia Benavente, estaba realizando el levantamiento topográfico de lo que denominaron “poblado fortificado de Chiu-Chiu”. Algunos años después Carlos Thomas me enseñaría a analizar la cerámica fragmentaria de las vegas de Turi, en el marco de mi práctica de laboratorio. Siempre recordaré la camaradería y las amenas conversaciones que surgían durante las noches en nuestro campamento de Chiu-Chiu. Allí aprendimos a conocernos mejor y a percibir en toda su riqueza las distintas vivencias de terreno.

Mencionaré algunas pequeñas anécdotas para graficar el ambiente que se vivía primero en 1971 y posteriormente, ya en los años 1972 y 1973, habiéndose implementado el nuevo plan de estudios, con alumnos de arqueología y los que optarían por Antropología Social, ya incorporados.

Era un día cualquiera del primer semestre de 1971. Estábamos recostados sobre los prados del Pedagógico. Yo mantenía aún fuertes vínculos con los compañeros del departamento de Historia y Geografía, donde había cursado primer año de pedagogía en 1970. Ese grupo de amigos estaba muy comprometido con el tema político y sin duda influyó en mi creciente entusiasmo por adherir a las ideas de la Unidad Popular. La persona que más incidió en eso fue mi compañera de Historia, Angélica Muñoz, con quién seguimos siendo grandes amigos hasta el presente. Era uno de esos días en que estábamos conversando de música rock, de música latinoamericana, de fútbol, de la última fiesta, de las hermosas compañeras, manteniendo nuestros cuerpos en contacto con el suave y verde pasto de esos prados evocadores, mientras “Charrusco” (no recuerdo su nombre), tocaba una bien lograda melodía con su Charango. Sorpresivamente, a media mañana, llegó el presidente Allende al Instituto Pedagógico. Fue una visita imprevista y los compañeros comunistas y socialistas avisaron a último momento a los alumnos que estábamos tendidos en los prados, que venía el compañero Allende de visita. Algunos compañeros anarquistas se mostraron en principio distantes (eran frecuentes los enfrentamientos verbales entre comunistas y anarquistas en el Pedagógico), pero finalmente algunos de ellos también se mantuvieron presentes. Allende, con ayuda de su pequeña escolta subió al techo del casino, que era plano. Quedó solo allá arriba, como una figura irreal, y nos habló. Dado que el casino del Pedagógico era de un piso y estaba en posición semi subterránea, con respecto a la explanada donde se situaban nuestros prados predilectos, el techo se empinaba apenas algo más de 2 metros sobre nosotros. Debido a lo imprevisto de la situación, formamos un grupo quizás de unos 200 o 300 alumnos, ubicados de pie en la explanada frente al techo, muy cerca de él. Detrás de Allende se veía la Precordillera parcialmente nevada. Era la cumbre del cerro San Ramón. Fue un momento mágico, Allende estaba muy relajado, nos miró y nos habló con afecto del hermoso camino que teníamos por delante, como la generación de estudiantes que

debería ser parte importante de los cambios sociales que estaba iniciando a vivir el país. Nos habló de las probables dificultades que enfrentaríamos, pero también de la fortaleza, sabiduría y empuje que deberíamos tener para contribuir, desde distintas disciplinas, al proceso de construcción del socialismo en Chile. Nos mencionó las tareas más urgentes para enfilar el camino hacia una sociedad más justa e igualitaria. Habló solo unos 15 minutos y luego mantuvo un breve y cordial diálogo con los estudiantes. Fue un saludo y un estímulo enorme para nosotros.

(1972-1973) En el Departamento (que en algún momento pasó a llamarse Departamento de Antropología), se formó un Frente de Izquierda dirigido por Roberto Flores, Sergio Martinic y otros compañeros de distintas tendencias izquierdistas que generaron algunas acciones académicas alternativas en forma de talleres, con importante contenido ideológico. Por otra parte, Roberto Flores, que visualizaba la lucha política en distintos niveles y escenarios, propuso formar un núcleo de jóvenes socialistas, constituido por él mismo en calidad de dirigente, al que nos sumamos Adriana Goñi, Marcela Lama y yo. Éramos cuatro y hacíamos lo que podíamos para expresar nuestras ideas políticas. Sin embargo, en forma paralela se creó un pequeño núcleo más rupturista, de características muy especiales. No recuerdo el nombre del núcleo. Pero estaba conformado por Juan Carlos Skewes, su polola y una amiga. Eran solo tres, pero su presencia en el departamento marcó época. Juan Carlos, era su líder. Muy pronto instalaron un diario mural que actualizaban casi todos los días con información novedosa; reflexiones e ideas críticas sobre distintos temas sociales y culturales, para hacer pensar. Su contenido siempre era muy llamativo, y todos nos acercábamos a leerlo. Pese a las diferencias políticas, que no eran tan abismales, nos hicimos muy amigos con Juan Carlos Skewes, una persona muy valiosa y creativa y terminamos compartiendo en el café Los Cisnes y posteriormente, cuando trabajamos en un proyecto sobre el impacto de la sequía en el Norte Chico, dirigido por don Juan Munizaga, invitamos a Juan Carlos y participó con nosotros en un terreno realizado en el sector de San Lorenzo al norte de Ovalle.

Otra imagen. Mario Orellana decidió dictar un seminario voluntario los días sábado en la mañana en el Departamento de Antropología, sobre el pensamiento de Teilhard de Chardin (El Departamento ocupaba en ese tiempo la casa que hoy corresponde al cuerpo de bomberos, situado frente al Pedagógico). El mismo día el Frente de Izquierda organizaba, en el Pedagógico, a poca distancia del Departamento de Antropología, talleres sobre distintos temas ideológicos. Algunos compañeros iban al seminario de Teilhard de Chardin, otros asistíamos, a la misma hora a estos talleres. En este contexto recuerdo que un día sábado Felipe Bate impartía un taller sobre Materialismo Histórico, donde asistimos varios alumnos. Evidentemente, el día lunes siguiente, en clase de Teoría y Método con el profesor Orellana, las diferentes visiones teóricas generaron fuertes discrepancias en la sala de clase.

En otra ocasión asistimos a una conversación con Luis Lumbreras sobre Arqueología social, en la casa de nuestra compañera Ángela Jeria. La lucidez de Lumbreras para abordar el tema era muy orientadora y nos motivaba en ese camino. Allí tuvimos la ocasión de conocer a Michelle, la joven estudiante de Medicina. Recuerdo que al finalizar nuestro análisis político llegó al hogar Alberto Bachelet, y por delicadeza, considerando que era un General de la República, dejamos el tema ideológico e iniciamos con él una amena conversación sobre temas culturales. Me dio la impresión que él era un hombre con una gran amplitud de criterio, muy culto y de gran sensibilidad social.

★★★

Este era el ambiente que se vivía por esos años en el Instituto Pedagógico y en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Del Departamento de Historia y Geografía, traíamos la práctica del “pastoreo”, la alegría de los prados del Pedagógico, que habían acogido a largas generaciones de destacados pensadores, investigadores y pedagogos. Traíamos los aires renovados como consecuencia de la Reforma Universitaria de los años precedentes, la “revolución de las

flores” y sus consecuencias, los cambios en la música, el movimiento literario latinoamericano que lo situaban como un gran movimiento cultural para mostrar y soñar la América mestiza. Algunos también traíamos el sueño socialista para un Chile más igualitario, por lo que considerábamos eran necesarios cambios profundos.

Pero también traíamos la visión de los historiadores, la percepción de la *Paideia* que sintetizaba los ideales de los antiguos griegos, la rigurosidad en el análisis crítico de las fuentes documentales, de profesores como Genaro Godoy, Sergio Villalobos y otros. La geografía humana, la geografía física, la geomorfología, constituían nuestras fuentes para acercarnos al conocimiento del paisaje, con profesores como Pedro Cunill, Eusebio Flores, Rómulo Santana, Reinaldo Börgel y José Araya. Las reflexiones filosóficas de Humberto Giannini y de Armando Cassigoli también nos habían impregnado.

En el departamento de Antropología incorporamos la visión antropológica con don Carlos Munizaga, Juan Munizaga y Manuel Dannemann. Grete Mostny, Mario Orellana, Bernardo Berdichewsky, Hans Niemeyer, Alberto Medina, y George Serracino, entre otros, nos enseñaron sobre prehistoria y arqueología. Osvaldo Silva nos mostró la perspectiva de la ecología cultural.

En síntesis, aprendimos de todos ellos que los contextos arqueológicos encierran complejos y variados códigos que permiten reconocer y reconstruir los procesos sociales en su dimensión histórica, antropológica y ambiental. Empezábamos a preguntarnos por tanto como conciliar de la mejor forma estas dimensiones, como parte de una comprensión integral, sin perder el foco de lo arqueológico.

Pero entre los años 1972 y 1973 nuestra sociedad terminó por polarizarse hasta el extremo más peligroso y esa polarización se vivió también en la Universidad. Era imposible que la Universidad quedara al margen de los procesos sociales y políticos que remecían al país. Todo esto en el contexto global de la Guerra Fría, que representaba el enfrentamiento de las grandes ideologías a escala planetaria. Coexistían distintas visiones de mundo enfrentadas en duros escenarios reales como la Guerra de Vietnam, o el Muro de Berlín y sus consecuencias. Entre los temas de interés internacional se hablaba de la carrera armamentista de las grandes potencias, pero también del subdesarrollo y de la desigualdad inherente. En esta incierta trama existían además los escenarios simbólicos, dominados por las batallas propagandísticas, la carrera espacial, la competencia deportiva y la disputa por una mayor industrialización.

Ya se planteaba cual sería el rol de las sociedades post industriales en el escenario futuro inmediato y que ocurriría con las débiles alternativas que podían manejar los países del tercer mundo o en vía de desarrollo. Frente a este panorama mundial y nacional los jóvenes chilenos de ese tiempo asumíamos el compromiso político como un “deber ser”, como una actitud de lucha por nuestros ideales. Se podía estar en un bando o en otro, pero el compromiso político se consideraba fundamental para muchos. Hasta que en Chile convergieron todas las condiciones, internas y externas (entre estas últimas pesó la poderosa mano del Tío Sam), para que se produjera la “Tormenta Perfecta”.

Como sabemos, por la dura experiencia vivida a partir del 11 de septiembre de 1973, las cosas cambiaron para todos. Terminamos nuestra carrera y nuestra tesis durante los años de penumbra y cuando despertamos nuevamente a la democracia, después de 17 años de dictadura, Chile ya era otro Chile, el Instituto Pedagógico había sido duramente golpeado y ya no pertenecía a la Universidad de Chile, y la arqueología de los tiempos más poéticos, la que nos habían enseñado varios de nuestros profesores, con su vocación templada por los años, estaba cambiando hacia una arqueología más pragmática, y más compleja, más acorde con el mundo actual.

Memorias y desmemorias de un estudiante de arqueología de fines de los 60 y comienzos de los 70

José Berenguer R.¹

“Recordar es siempre olvidar algo” – Pierre Nora

Llegué a estudiar Arqueología a la Universidad de Chile en 1967, cuando la carrera no era todavía una licenciatura en su propio derecho, sino una suerte de especialización o variante de la Licenciatura de Historia. Para ingresar, había que tener cursados al menos dos años de otra carrera universitaria y yo venía de la Escuela de Arquitectura. Ese año se había producido la Reforma Universitaria, de manera que en esa escuela yo había vivido el antiguo régimen y acá, en el Pedagógico, experimentaba el nuevo. Con ojos de veinteañero, notaba que ahora los profesores eran más cercanos, los programas de estudio menos rígidos y la asistencia más flexible, tanto que uno no solo podía trabajar, sino, además, estudiar más de una carrera a la vez, como lo hice más tarde con Geografía. Ese año de 1967 probé si Arqueología me gustaba tomando dos cursos de Prehistoria General: Paleolítico con Mario Orellana y Neolítico con Bernardo Berdicheswky. En diciembre rendí la PAA y en 1968 entré formalmente a la futura licenciatura. Como en toda la Universidad de Chile, la matrícula consistía en el pago de un arancel fijo bajísimo, del cual uno incluso podía quedar exento, y de otro arancel optativo, para alumnos de situación socio-económica más alta.

Como estudiábamos en la Sede Oriente (conocida como “El Pedagógico”), la izquierda dominaba sin contrapesos. Internacionalmente, nos tocaron los años de Lyndon Johnson y Richard Nixon, marcados por la lucha por los Derechos Civiles en los EE.UU., el movimiento hippie y las protestas contra la Guerra de Vietnam en todo el mundo. Aunque residíamos todavía, en gran parte, en “la aldea local”, en 1967 lamentamos la muerte del Che Guevara en Bolivia, seguimos atentamente la revuelta universitaria de mayo del 68 en París, y quedamos perplejos con la represión soviética de la Primavera de Praga.

En Arqueología, la gente rara vez manifestaba en forma abierta su afiliación política. Uno intuía que tales o cuales alumnos o profesores, eran de tal o cual tendencia o ideología, pero nunca se iba más allá de esto. Tampoco importaba mucho. En esos años la Arqueología corría por un carril apolítico, lo que era toda una anomalía en el politizado campus de Macul. Esa época de brisas primaverales (1968-1971) fue —me imagino— la que Mauricio Massone caracteriza como “pastoril”, refiriéndose probablemente a la inocencia con que disfrutábamos de nuestra condición de estudiantes, de las animadas discusiones en el casino y de los largos reposos en los sombreados prados del Pedagógico. Aun así, algunos participaban en asambleas estudiantiles, en manifestaciones callejeras contra el gobierno de Frei Montalva, o en campañas de ayuda a damnificados por el desastre natural de turno. Eran, para bien o para mal, tiempos de inusitado optimismo en todas partes, tanto que probablemente fuimos la última generación que se creyó capaz de cambiar el mundo.

1 Museo Chileno de Arte Precolombino, Bandera 361, Santiago. E-mail: jberenguer@museoprecolombino.cl

Culturalmente, estábamos bajo la influencia del cine francés, italiano e inglés, principalmente. La TV no jugaba un papel tan importante como ahora, salvo las series extranjeras que –comenzábamos a saberlo– eran la punta de lanza de la hegemonía cultural estadounidense. Las noticias de la mañana en la radio, diarios como *El Clarín* y *La Última Hora*, y ciertas revistas, como *Punto Final*, hicieron para siempre de nosotros una generación firmemente conectada con la realidad de nuestro país.

Entre medio de nuestras lecturas políticas, leíamos con avidez a escritores que nos hablaban de siglos de soledad, de un distinguido colegio militar en El Callao o de un taco de varios meses en una autopista de Francia. Por esa época, los libros –incluyendo los textos de estudio– eran relativamente baratos y al alcance de cualquier estudiante. Después de 1973, nunca más entré a una librería con la capacidad de compra que tenía entonces. Quizás por eso mismo, no recuerdo haber vuelto a leer en forma tan intensa y sobre tan diversas cosas como en aquellos años. En un mundo pre-fotocopiadoras, lo que no podíamos conseguir, lo obteníamos mediante copias a carbón, estencil o mimeógrafo. Nuestros textos de cabecera eran los de Gordon Childe, de François Bordes o de Luis Guillermo Lumbreras, y nuestros “manuales de cortapalos”, libros como *La Arqueología de Campo*, de Mortimer Wheeler o *Cómo interpretar el lenguaje de los tuestos* de Betty Meggers y Clifford Evans. Por lo demás, el Departamento se la jugaba para proveernos de una variedad de artículos de autores anglosajones que eran traducidos al castellano por Eduardo Humeres.

La oferta cultural era obviamente más pobre que hoy, pero no nos perdíamos exposiciones como la *De Cezanne a Miró*, en el Museo de Bellas Artes, las obras de teatro del ICTUS o el Festival de la Canción Universitaria que año a año las federaciones estudiantiles organizaban en el Estadio Nataniel. En la música popular, la cosa era increíble: los cantantes, los compositores y los grupos o bandas brotaban como setas después de la lluvia. Oscilábamos eclécticamente entre la Nueva Canción Chilena, el pop latinoamericano, y el rock anglosajón. Había también una arraigada “cultura del afiche”, los que coleccionábamos y pegábamos en nuestros cuartos o en nuestros espacios en la Universidad. Primaba en nosotros la sencillez en los gustos y la austeridad en los gastos. Creo que el lema de la Revolución de las Flores, “lo pequeño es bonito”, refleja bien la forma cómo conducíamos nuestras vidas en ese entonces y tiendo a pensar que nuestra opción vocacional por la arqueología tenía algo que ver con esos valores.

Hice mis primeras armas en arqueología en el sitio Loa Oeste-3 (Chiu Chiu), adonde nuestro Profesor Mario Orellana nos llevó como personal de apoyo en septiembre de 1968. La docencia estaba muy vinculada a la investigación y esas salidas a terreno eran parte del programa académico, al punto que ayudaban a completar los seis meses de trabajo de campo que se exigían para egresar. Si la memoria no me falla, cada uno debía pagarse su pasaje y, por supuesto, faltaban todavía unos 25 años para que los servicios de este tipo de personal comenzase a remunerarse en los proyectos arqueológicos. Íbamos a terreno por los requerimientos curriculares, pero, sobre todo, por el deseo de aprender, y nos sentíamos sobradamente recompensados con la experiencia que adquiríamos. De ese primer terreno recuerdo a Consuelo Valdés, Vicky Castro, Fernando Maldonado, José Pedro Reyes, Marcela Lamas, Carlos Urrejola, Carlos Maturana y Carlos Thomas. Allí, en la confluencia de los ríos Loa y Salado, clavé por primera vez la espátula en el suelo para inmiscuirme en las basuras, la vida y la muerte de un grupo de cazadores recolectores de hace unos 4.000 años. En febrero y septiembre de 1969, acompañamos nuevamente a Orellana a terreno, esa vez para alojar en el encantador pueblito de Ayquina y excavar varios sitios en la vega de Turi dejados por cazadores y grupos agro-ganaderos. Eran salidas tan hechizantes para muchachos de 20 años, que no recuerdo haber lamentado perderme las vacaciones convencionales. Cómo habrá sido de fuerte el hechizo, que sigo yendo a esa región después de 45 años.

En octubre de 1969, acudimos al *V Congreso Nacional de Arqueología* en La Serena, donde Orellana, Carlos Urrejola y Carlos Thomas reportaron sus recientes excavaciones en la zona de Turi. Entre noches de guitarra y charango en el faro de la playa, de cenas en el Club Radical y

de baile final en la sede de la Universidad de Chile de esa ciudad nortina, asistimos interesados pero entendiblemente somnolientos a las presentaciones de los arqueólogos que habíamos estado estudiando en los cursos de la carrera. Comenzábamos a identificar los ciclos y eventos que marcan la profesión, así como a quienes serían nuestros colegas años más tarde.

Para el *VI Congreso Nacional de Arqueología*, en Santiago, en 1971, fuimos con Vicky Castro a buscar a John Murra al aeropuerto, conversamos con Luis Lumbreras en un intermedio del congreso y divisamos a Carlos Ponce Sanginés en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, todos “tapas de libro” como llamábamos a esas figuras consagradas. Fuimos testigos también de un aplauso de cinco minutos—calificado de “histérico” por Carlos Munizaga— por la refutación de un geólogo a un trabajo de Gustavo Le Paige; vimos también el desdén olímpico de este último, al retirarse de la sala contando que iba a La Moneda para ser condecorado por el Presidente Allende. Con dos cortos de pisco en el cuerpo bebidos al pasar en el *Indianápolis*, debuté en el Salón de Honor con mi primera ponencia: un informe encabezado por Mario Orellana con la colaboración de Victoria Castro y mía sobre las excavaciones en Loa Oeste-3. No obstante, el trabajo que señala nuestra inserción en la arqueología como investigadores independientes, fue el reconocimiento arqueológico que hicimos en el Alto Loa con Fernando Plaza, Luís “Che” Rodríguez y Victoria Castro mientras todavía éramos estudiantes (1972 y 1973), el que fue publicado en el *Boletín de Prehistoria de Chile* dos años más tarde.

Creo que fue a comienzos de 1969 cuando se creó la Licenciatura en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología, bajo la dirección del Grupo de Trabajo homónimo y dotada de un plantel de 13 profesores. En 1971 se fundó el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología, con un plantel académico que casi triplicaba al anterior. Ese año entró un buen contingente de nuevos alumnos a arqueología y otro todavía mayor a antropología, a los que se fueron sumando nuevos alumnos en los años siguientes. El flamante Departamento estrenó sede en Macul, frente al campus, casi al lado del emblemático restaurant *Los Cisnes*. Por el puesto de Director compitieron ese año inaugural Bernardo Berdichewsky y Mario Orellana, ganando este último en reñida lucha.

La percepción que uno tenía de nuestros profesores es que estos estaban divididos en tres grupos, en función de los cuales se alineaban diversos ayudantes y alumnos. Uno de ellos era el de Carlos y Juan Munizaga, que funcionaba principalmente en el Centro de Estudios Antropológicos. Con la perspectiva que da el tiempo, veo ahora a este grupo como heredero de la escuela de Richard Schaedel, representando una arqueología y una antropología de cierta influencia norteamericana o anglosajona. Otro grupo estrechaba filas en torno a Bernardo Berdichewsky, quien había formado una Sociedad de Amigos de la Arqueología y cultivaba vínculos con aficionados a la disciplina. Esta faceta del quehacer de Berdichewsky, era lo más cercano a lo que hoy sería una arqueología pública o comunitaria, aunque hay que decir que su audiencia no tenía nada de popular. El grupo más dinámico era liderado por Mario Orellana, quien era muy carismático y captaba muchos adeptos en sus clases. No sé en el caso de Berdichewsky, pero en el de Orellana era muy claro que, al comienzo, participaba de una orientación europea de la arqueología relacionada con los prehistoriadores españoles y franceses. Poco después de la institucionalización de la arqueología como carrera en la Universidad de Chile, la así llamada Nueva Arqueología estadounidense, con su marcada orientación antropológica y su enfoque empírico-positivista, irrumpiría con fuerza en la investigación y la enseñanza de la disciplina en el Departamento.

El nombre de la nueva unidad académica —Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología— refleja bien, a mi juicio, esta transición desde una “arqueología como prehistoria” a una “arqueología como antropología”. Tiendo a pensar que el proceso fue fruto de un compromiso entre las diferentes perspectivas de los fundadores del Departamento y de las instituciones que le dieron origen. En primer lugar, era necesario demostrar que la arqueología era una disciplina científica y pienso que la palabra “Ciencia” buscaba, precisamente, subrayar esto. En segundo lugar,

instalaba la palabra “Arqueología” y no la de “Prehistoria”, lo que era todo un cambio respecto de la línea europea. En tercer lugar, incorporaba la palabra “Antropología”, lo que suponía adoptar un enfoque estadounidense de la arqueología. No obstante lo anterior, se mantenía una cierta ambigüedad, ya que, al igualar a la arqueología con la antropología en la denominación, quedaba flotando la idea de que la primera no era parte de la segunda, como ocurre en los EE.UU. Esta ambigüedad sería resuelta años más tarde (calculo que en la segunda mitad de los años 70), cuando esta denominación se cambia por la de Departamento de Antropología, denominación que conserva hasta nuestros días.

Me es difícil recordar a todos mis compañeros de estudio y prácticamente imposible ubicarlos en promociones. Sólo puedo intentar una cronología relativa y con muchos signos de interrogación. A mi llegada, ya estaban como estudiantes avanzados –no sé desde cuándo– los siguientes: Carlos Urrejola, Carlos Thomas, Victoria Castro, Julie Palma, Sivy Quevedo, Jacqueline Madrid, Josefina Muñoz, Carlos Maturana, Fernando Maldonado, Fernando Saavedra, Marcela Lamas, Ismael Mascayano y otros que no recuerdo. Me parece que entre 1968 y 1971 llegaron Fernando Plaza, Iván Solimano, Carlos Aldunate, Consuelo Valdés, Rodolfo Weisner, Julia Monleón, Fernanda Falabella, Blanca Tagle, María Teresa Planella, Mauricio Massone, Rubén Stehberg, Luis Rodríguez, Roberto Flores, Mario Garretón, Adriana Goñi, Ángela Jeria y Estela Gudlevich. Con algunas deserciones y quizás con nuevas incorporaciones que no he retenido, ese me parece que fue el variopinto y multietario grupo constituido en la generación “inicial” de estudiantes de arqueología en el recién creado Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología. Dada la flexibilidad con que cursábamos las asignaturas tanto antes como después de 1971, mi recuerdo es que carecimos de promociones propiamente tales. Tengo la impresión de que cada uno fue terminando los cursos y seminarios con gran libertad, de modo que era corriente que alumnos antiguos y nuevos confluyeran en determinados cursos, sin que en esos tiempos fundacionales sea posible hablar de “primer año”, “segundo año”, etc. Las tesis de Luis Rodríguez en 1975, mía ese mismo año y de Rubén Stehberg en 1976, fueron los primeros brotes de esa siembra inicial.

1971 puso término a la dorada época de los 60 en nuestra vida universitaria, inaugurando otra de gran efervescencia política debido a las peleadas elecciones presidenciales del año anterior. Aunque muchos alumnos del recién fundado Departamento siguieron manteniendo en reserva sus preferencias políticas, con Allende como Presidente los estudiantes izquierdistas del Departamento empezamos a expresar más abiertamente nuestra orientación ideológica. Vivíamos, sin embargo, una bochornosa contradicción: éramos alumnos de uno de los departamentos percibidos como más “reaccionarios” (era el lenguaje de la época), en medio de unos de los campus más “revolucionarios” (ídem). En esos años de chalas, lanas, patas de elefante y pelos, muchos pelos, soplaban bellos aires de libertad, igualdad y fraternidad, pero hay que reconocer que el ambiente en el Pedagógico era lejos más jacobino que girondino. En los foros y asambleas, era común que la masa no dejara hablar a los adversarios políticos, tampoco a los partidarios demasiado moderados. Con ese clima de polarización, no es raro que 1971 señale el comienzo de la división política en el Departamento. En la práctica, se fue produciendo un distanciamiento con aquellos compañeros y compañeras de estudio que no compartían nuestras ideas, aunque la amistad se reanudó no mucho después del Golpe Militar, si es que alguna vez se interrumpió.

En sintonía con la época, muchos alumnos nos fuimos interesando más en la arqueología como una “ciencia social comprometida con la realidad” (otro cliché de aquel tiempo), que en aprender a hacer buenas excavaciones, buenos análisis de laboratorio y buenos informes de sitio. Con el anatema de “arqueografía”, condenábamos lo que considerábamos pura descripción, reclamando un mayor énfasis en la interpretación. Fruto de esa insatisfacción y obviamente del crispado clima político que se iba imponiendo en el país, nuestro Frente de Izquierda —encabezado por Roberto Flores, Adriana Goñi, Sergio Martinic, Marcelo Arnold y el que escribe— programó en 1972 y 1973

talleres alternativos a la grilla académica oficial. Se trataba de cursos y charlas sobre Materialismo Histórico (Felipe Bate), sobre Arqueología Social (Luis Lumbreras) y sobre otros temas similares, realizados los sábados en la mañana (!) en diversas salas del Pedagógico o en la casa de alguno de nosotros. Recuerdo especialmente una concurrida charla de Lumbreras en el living de la casa de Ángela Jeria. Al llegar, nos salió a abrir la puerta una agraciada niña de pelo largo, liso y rubio, con unos grandes lentes ópticos, misma que 33 años más tarde ocuparía la más alta magistratura del país.

No lo sabíamos entonces, pero vivíamos los días finales de una era alucinante y sin retorno. Cómo no recordar, por ejemplo, ese macondiano congreso itinerante que fue el *Primer Congreso del Hombre Andino* (Arica, Iquique, Antofagasta), donde se propusieron arqueologías, antropologías y etnohistorias pensadas para un Chile que en menos de diez semanas nunca más volvería a ser el mismo.

Regresar al Departamento después de la tormenta fue, para muchos de nosotros, una muy dura prueba. Reinaban ahora la desconfianza, la arbitrariedad y el soplaje en el campus, y una trágica sensación de derrota en todos nosotros. Iba a ser muy cuesta arriba aceptar las lecciones de la realidad. Pero esa ya es otra historia.

Santiago, 30 de junio de 2014

Los años felices. Testimonio de los 60-70

Luis Rodríguez¹

Llegamos a Santiago de Chile un mes de enero de 1968, Liliana Sánchez de Bustamante, mi futura esposa y yo. Veníamos de Buenos Aires a respirar « aire fresco », luego de haber pasado un año y medio bajo la dictadura de Onganía, que, entre otras cosas, había cerrado las universidades, en particular la UBA (Universidad de Buenos Aires) donde ambos estudiábamos ciencias exactas; ella Matemáticas y yo Física. Éramos compañeros, porque en el primer año todos los cursos eran comunes.

En 1967, con la UBA aún cerrada, esta organizó un sistema clandestino para continuar los estudios: Cada cátedra organizaba sus clases magistrales, dictadas por el profesor correspondiente, en la sala de reuniones de una iglesia; los trabajos prácticos que se organizaban en pequeños grupos en casa de estudiantes, con la asistencia de los ayudantes de cátedra, al mismo tiempo que se discutía la situación nacional y otros temas de política mundial, para hacernos más conscientes de lo que estábamos viviendo.

Así pasamos un año entero, estudiando pero sin obtener un certificado debidamente oficializado al terminar cada curso. Lo hacíamos por puro amor al arte y, me imagino, a la ciencia; pero la situación nos decía que teníamos que salir de ahí a estudiar a algún otro país. Finalmente conseguimos becas para ir el año siguiente a Francia; pero eran becas para pobres, de esas que solo daban alojamiento en la ciudad universitaria (en nuestro caso en Nancy, al este de París, cerca de Alemania) y nada más.

Con todas esas perspectivas en mano, el verano del 67-68, invité a Liliana a visitar Chile, país en el cual —y esto a pesar de la creencia popular— yo había nacido. En efecto, yo era chileno, pero mi familia emigró a la Argentina en 1962 y, luego de algunos años y gracias a las favorables políticas de emigración, obtuvimos la nacionalidad argentina, convirtiéndome así en uno de los primeros ciudadanos con doble nacionalidad, cosa que con el paso del tiempo y las circunstancias, se ha convertido en una práctica generalizada. Yo me adapté rápidamente a la cultura local y así fue que, llegando de vuelta a Chile, todo el mundo me consideró argentino dándome el apodo de « Che » Rodríguez.

En una de esas calurosas tarde de Enero, fuimos a visitar la recientemente creada Facultad de Ciencias, solo para conocer que estaban haciendo. Ahí, mientras recorriamos el edificio, nos « encontró » Sergio Aburto, entonces Director del Departamento de Física, quien no solo nos mostró con orgullo su Facultad (Ciencias antes era parte de la Facultad de Ingeniería) sino que de sopetón nos dijo: «Y porque no se vienen a estudiar a Chile? Yo les consigo una beca del lote de becas Fulbright que esa fundación puso a disposición de esta Facultad ! ». Ese era el espíritu y la acogida que Chile le brindaba a los extranjeros en el año 1968. Y si, un Chile difícil de reconocer ahora, me imagino.

1 Consultor Independiente Experto en Desarrollo Educativo. E-mail: Lrodri948@aol.com

Nos instalamos en Santiago, en una pensión de estudiantes, como correspondía en esos tiempos, y estudiamos en la Facultad de Ciencias durante dos años, yo con el compromiso de trabajar en el acelerador de partículas o Ciclotrón, que la facultad había heredado de la fundación Ford en los EE.UU. Esa era una de las condiciones de la beca. Fueron dos años de nuevas experiencias en un país lleno de cosas buenas: gente amable y acogedora, vida tranquila y fácil, ricos mariscos y buen vino...Argentino.

Ya en los años 68 y 69, y como preámbulo a esto que vendría posteriormente, comenzamos a conocer, en tanto estudiantes universitarios, los problemas reales que vivía el país en ese momento: la pobreza, la desigualdad y la terrible hegemonía que las clases poderosas ejercían sobre el resto del pueblo. En este proceso, nuestra « conciencia política » se fue desarrollando, en la medida que fuimos sacados del aislamiento de nuestra vida de estudiantes de Ciencias para involucrarnos en actividades tales como llevar asistencia a poblaciones marginales o « callampas » localizadas alrededor de la facultad. Recuerdo un invierno particularmente lluvioso en el cual, dando asistencia a una población de estas (cuyo nombre no me acuerdo), vi morir a un niño de hambre y de frío, acontecimiento que cambió definitivamente mi pensamiento acerca de lo que tendría que hacer profesionalmente en mi vida.

Eso se transformó en una « crisis vocacional » que discutí con Liliana, quien me dijo: « si quieres puedes buscar lo que quieres hacer, pero como eso significaría perder la beca, solo te pido que estés absolutamente seguro de lo que quieres hacer en el futuro ». Entonces me puse seriamente a « buscar mi verdadera vocación »: En el campus Pedagógico, que en ese entonces había incorporado varias otras carreras, tomé cursos de economía, historia, geografía, filosofía y biología (al mismo tiempo que seguía con mis cursos en Ciencias), pero sin encontrar una real vocación. Solo sabía que lo que buscaba era una relación más estrecha con la sociedad y la capacidad de hacer de esta un lugar mejor, sin necesariamente entrar en política.

Hasta que un día, en medio de las protestas de otoño, donde el Pedagógico se movilizaba y salía a la calle a pelear contra la policía, los « pacos », durante el descanso de mediodía, le pregunto al compañero que estaba a mi lado y con quien habíamos combatido toda la mañana contra los pacos : « Y tú quién eres y qué estudias? ». Era Fernando (Nano) Plaza y me dijo que estudiaba Arqueología. Ante su asombro le pregunté qué era eso y él me dijo que era una parte de la Antropología y que estudiaba al Hombre de manera integral. Solo el oír eso me dijo algo y le pedí más información.

Como producto de esa conversación, me inscribí en un par de cursos: uno de Antropología Física con Juan Munizaga y otro de Arqueología no me acuerdo con quién. Al final de ese ciclo, de lidiar con huesos de verdad y lograr saber todo lo que se puede saber de un montón de huesos viejos (edad, sexo, número de hijos y qué pensaba sobre la vida), me di cuenta que era eso lo que me llamaba; no específicamente la Antropología Física sino una ciencia que me diera una noción « holística » del ser humano. Tal vez sería esa disciplina la que me permitiría hacer algo más por la humanidad, más que solamente lo que me indicaban las teorías políticas de la época.

Hablé con mi esposa, quien no solamente comprendió, sino que me dio todo su apoyo para cambiar de carrera, a pesar de haber perdido la beca y tener que buscar nuevas formas para vivir en esos tiempos de estudiante.

Y así fue como comencé con gran entusiasmo a estudiar arqueología, o como diría mi padre, cuando se enteró: «arqueolo, qué?!!»

Fueron años de gran provecho. Fue con un grupo de compañeros como Nano Plaza, Vicky Castro, Carlos Urrejola, Pepe (José) Berenguer, Ángela Jeria, Iván Solimano, Julia Monleón, Sergio Martinic y muchos más, cuyos nombres ya se perdieron en la noche de los recuerdos, con quienes encontramos un entusiasmo por desarrollar una ciencia que en Chile era prácticamente desconocida. Más aun, en esos tiempos de cambios parecía tal vez un poco como un ejercicio fútil y superficial, frente a los problemas « reales » que vivía el país. Y, sin embargo, nosotros queríamos

creer que estábamos contribuyendo al tiempo presente para dar respuestas más certeras a lo debería ser nuestro futuro como pueblo y nación.

Nunca me olvidaré de una conversación, en el transcurso de una clase con Mario Orellana, aun solamente un profesor, quien, con gran vehemencia nos explicó el porqué investigar el pasado podía tener tal relevancia para conocer mejor nuestro presente y así poder modelar lo que podría ser nuestro futuro. Nunca un argumento me llamó más la atención que ese... porque eso era precisamente lo que deseábamos conseguir: modelar el futuro como un continuum de lo que hubiese sido nuestro pasado. De alguna manera eso respondía al concepto de historia que pregona en marxismo de aquella época, pero que se perdía en una práctica muchas veces apresurada e irracional.

Esos fueron los « años felices » para mí, porque, no estando aún totalmente sumergido en el marasmo político-ideológico creado luego por la ascensión al poder de un gobierno socialista democráticamente elegido, podíamos discutir posiciones y teorías sin que eso significara tomar partido alguno en algún movimiento político. Éramos intelectuales y científicos sociales de verdad !!

El advenimiento del gobierno de la Unidad Popular tuvo un gran impacto en todos nosotros. No solo fue para los de « izquierda » la consagración de las ideas avanzadas por esa ideología, sino también fue, de alguna manera, una « revancha » de todos aquellos que, luego de haber pasado años en la oposición, finalmente eran gobierno, eran « los dueños de la situación ». Solo nos llevó tres años entender cuán equivocados estábamos.

En nuestro modesto universo, eso se transformó inicialmente en una muy interesante y positiva actitud: los estudiantes de « izquierda » tomaron tan seriamente la misión de « evangelizar » al resto de la comunidad científica, que comenzamos a reunirnos a estudiar, no solo lo que habíamos recibido en cursos magistrales, sino que a avanzar en los temas tratados con el fin de poder discutir y eventualmente « convencer » al profesor(a) sobre lo bien fundado de nuestra posición, basada en teorías marxistas. Increíblemente, estudiábamos como locos... día y noche, en casa de Ángela Jeria, hasta que llegaba el General Alberto Bachelet y con la presencia alternativa de Michelle, la hija adolescente. También nos reuníamos en mi casa (ya que en ese tiempo habíamos comprado un parcela en La Reina alta) y en la de otros compañeros de cuyos nombres no logro acordarme.

Estudiábamos poseídos por esa pasión durante el año académico y luego, en el verano, salíamos a terreno o, en nuestro caso, íbamos a Buenos Aires a trabajar para ganar el dinero que nos permitía sobrevivir durante el año académico siguiente.

Y así fue como me convertí en « Arqueólogo/Antropólogo », con viajes a terreno de los cuales solo me acuerdo de unos pocos. Uno de ellos, y me perdonaran el orden, pero creo que fue el primer viaje, a la región de Turi, con Mario Orellana como Jefe de Misión (excúsenme el vocabulario, tomado del mundo del desarrollo). Fue una experiencia increíble, ver como todas esas teorías estudiadas en clase, se materializaban en esas vegas, en esas chozas, en esos campos, en esas montañas de donde extraíamos « evidencia », sin saber siquiera si todo eso nos permitiría construir una teoría válida. Fue ahí donde entendí que las ciencias sociales y las ciencias llamadas exactas, coincidían totalmente en sus métodos, procesos y conclusiones. Ahí me sentí realmente un científico.

Viajes memorable:

- Viaje a la zona de Turi y al valle del alto Loa con Nano Plaza y Pepe Berenguer en la citroneta de este último; 2.000 km a 80 km/hora casi sin parar. Y luego, interminables excursiones a pie por ese valle para documentar sitios que luego fueron presentados en nuestra primera publicación.
- Viaje a Turi y Ayquina con el Departamento (no me acuerdo quién era el Jefe de Misión, tal vez Carlos Urrejola) y unos amigos de Brasil que vinieron a buscarme y me « secuestraron »

para regresar con ellos a Santiago en un VW con una hermosa música de Mozart durante todo el trayecto.

- Un viaje a Toconce (a 3.500 msnm), donde una tormenta eléctrica nos encontró subiendo al pueblo y de la cual nos salvamos por milagro.
- Un viaje al valle de Copiapó, del cual regresamos en el Land Rover de Iván Solimano, al que se le había caído la caja de cambios, tocándonos a nosotros sostener la dichosa caja con cuerdas, hasta llegar a Santiago.
- El viaje con Hans Niemeyer al valle de Copiapó, donde Hans, al atardecer, miraba al cielo para ver la primera estrella que haría la diferencia entre el día y la noche, ya que le había prometido a su mujer no tomar de día sino solamente de noche.
- Mi único viaje al sur de Chile, al interior de Temuco, con Julia Monleón, nuestra compañera Española y creo que con Bernardo Berdichewsky como Jefe de Misión, a conocer la cultura Araucana desde un punto de vista arqueológico y antropológico; y las interminables charlas con Julia sobre la Guerra Civil Española y el rol de su familia en ella.

El terreno era maravilloso, no solo por las aventuras sino por las vivencias, o más bien, por la convivencia con los herederos de esas culturas, de cuyos antepasados estábamos excavando las tumbas, las viviendas y tratando de conocer sus « modos de producción », para ser coherentes con las teorías que nos animaban en esa época.

Otra experiencia memorable para mí fue el Primer Congreso del Hombre Andino, congreso que se llevó a cabo en tres sedes consecutivas: Antofagasta, Iquique y Arica, con todos los participantes desplazándose de una a otra sede para seguir participando en el evento. Si la memoria no me falla, ahí fue donde Pepe, Nano y yo dimos nuestra primera ponencia sobre el trabajo que hiciéramos en el valle del río Loa Superior (1972-73). La presentación fue buena gracias a los « tacos » de pisco tomados para darnos coraje y enfrentar a la audiencia.

Pero entonces llegó el golpe y todo cambió. Afortunadamente, nosotros no estábamos en Chile para el 11 de Septiembre de 1973. Estábamos en Buenos Aires porque habíamos ido a participar y celebrar el nacimiento de nuestro primer sobrino, el hijo primogénito de la hermana de Liliana quien nació el 7 de Septiembre. Y eso fue lo que nos salvó, ya que a los tres días del golpe recibí una llamada de una amiga en Santiago diciendo que no regresásemos ya que el ejército había estado ya en la parcela preguntando por nosotros. Y de alguna manera tenían razón; en esa época yo era secretario del Centro de Alumnos de nuestro Departamento, representado al partido socialista. Pero en realidad la denuncia fue hecha por nuestros vecinos, ya que éramos extranjeros, y por lo tanto, sospechosos de ser « comunistas ».

Esa llamada telefónica no solo nos salvó la vida sino que el golpe cambió radicalmente nuestra vida, hasta el día de hoy.

Era claro que no podíamos regresar, pero a lo que sí me negaba era a perder todo lo que había conseguido hasta ese momento. Antes de partir a Buenos Aires, yo había terminado de aprobar todos los cursos de mi Licenciatura en Arqueología, pero no tenía un solo certificado en mi poder. O sea, que en ese momento yo no era nada.

Me armé de paciencia y esperé a que la situación se estabilizara. Sabía que el nuevo régimen había nombrado a un capitán de la Armada como decano del Pedagógico y que este había dado un plazo muy corto para que los alumnos se reintegraran. Los que no lo hicieron, pasaron inmediatamente a ser parte de la lista de « gente sospechosa », ya que se suponía que, por alguna razón no se habían presentado.

Luego de algunos meses, y decidido a no perder lo conseguido con tanto esfuerzo, me armé de coraje, me corté el pelo, me vestí como un ejecutivo, con maletín « James Bond » incluido, y con una carta de la empresa de mi padre diciendo que había estado trabajando para él y por eso no me

había presentado, me fui a Chile y pedí audiencia directamente con el decano.

Curiosamente, al verme tan bien vestido y con la carta de mi padre en la mano, me dijo textualmente: «Usted se ve que es una persona decente, así que no se haga problema». Acto seguido escribió una nota al Director del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología pidiendo que me reintegrara, cosa que Mario Orellana, su recientemente nombrado director, hizo sin comentar nada.

Aproveché esa « ventana de oportunidad » para obtener todos mis certificados de cursos y así pasar al estatus de graduado, identificar un tema para mi tesis de licenciatura y conseguir un profesor que me quisiera apadrinar. El tema fue Pepe Berenguer quien me lo sugirió: «Por qué no haces algo sobre metalurgia precolombina. Es un tema poco estudiado y fácil de hacer ya que con tu pasado estudiando física, te será más fácil abordar los elementos técnicos del tema ». Y así fue como mi querido amigo y compañero definió lo que sería una importante parte de mi vida futura.

Conseguir profesor fue otro tema. Nadie se quería involucrar, ya que se sabía que yo estaba ahí de milagro, aunque nadie quería averiguar cuál había sido el santo. Yo había venido preparado con una estrategia para esa situación: En Buenos Aires llegué a un acuerdo con Alberto Rex González, reconocido arqueólogo, que si la U de Chile me autorizaba a hacer un trabajo en Argentina, él sería mi director de tesis, pero que si no, podría usar su nombre como garantía que haría un trabajo con su supervisión mientras estuviera en Argentina. Con ese argumento conseguí convencer a Hans Niemeyer, catedrático fuera de toda sospecha ideológica, para que fuera mi director oficial de tesis. El accedió bajo la condición de no escribir nada sobre marxismo ni utilizar la palabra dialéctica en mi trabajo de investigación.

Con todos esos compromisos logrados, partí de regreso a la Argentina y me instalé en Cachi, Salta, pequeña ciudad en los Valles Calchaquíes, a trabajar con Heather Lechtman, reconocida experta en metalurgia precolombina del MIT, a quien había conocido a través de John Murra, el prestigiado arqueólogo Americanista, en una de sus visitas a Chile. Con Heather excavamos varios sitios de producción metalúrgica en la zona. La parte chilena la hice en viajes a la región de San Pedro de Atacama y Ayquina, para también trabajar algunos sitios, aunque sin contactar a nadie, salvo al padre Le Paige y a su colega George Serracino, no fuera que mi suerte hubiese cambiado, y me estuvieran buscando.

Pasaron dos años hasta que terminé mi tesis, la que fue leída y revisada con la minuciosidad que caracterizaba al trabajo de don Hans, quien finalmente me aprobó y me dio fecha para la defensa de la misma en Santiago. La ceremonia fue muy formal, con un panel presidido por Mario Orellana, con muchas preguntas y una deliberación final del panel examinador. Al regresar de su deliberación, don Mario me anuncia que mi tesis había sido aprobada y que tenía el placer de acogerme como el primer Licenciado en Arqueología del Departamento. Sin embargo, a reglón seguido, me dice : «Lo que sí debo decirle es que ni se le ocurra quedarse a trabajar en Chile ». Mi respuesta fue clara y breve : «No se preocupe don Mario, mi avión para Buenos Aires sale en tres horas ».

Así fue que el 29 de agosto de 1975, salí con mi título de arqueólogo, el primero recibido en ese Departamento, a recorrer el mundo. Hubo festejo por parte de mis camaradas, pero en tres « citronetas » que me acompañaron al aeropuerto abriendo botellas de champaña con Pepe, Nano, Julia Monleón, Vicky Castro (a quien le vendería posteriormente mi parcela de La Reina) y más compañeros de cuyos nombres no me acuerdo.

Ahí terminó mi historia chilena. Mi nombre fue rápidamente olvidado, tal vez borrado, y mi tesis se perdió en la noche de los tiempos. Yo seguí adelante con mi carrera. Parte de mi tesis fue presentada en un Simposio Europeo de Antropología en Bonn (1984), las excavaciones con Heather Lechtman en un Congreso de Metalurgia Andina en Dumbarton Oaks (la sede de la Universidad de Harvard en Washington DC) en 1982 y mi tesis de doctorado realizada en la Ecole Pratique de Hautes Etudes en Sciences Sociales, de la Universidad de París, bajo los auspicios de Nathan

Wachtel y Maurice Godelier, cumplió mi sueño: Sobre todo lo trabajado en esa zona andina entre el norte de Chile y el Noroeste Argentino, conseguí realizar un estudio longitudinal sobre cómo la producción metalúrgica, en pequeña escala, había conseguido preservar sus patrones productivos desde la época precolombina hasta el día de hoy, conservando una « racionalidad económica » propia de la zona andina, en la cual el altiplano era la gran carretera de circulación, de la cual se desprendían rutas que iban hacia ambos lados (Chile y Argentina actuales). De esta manera, de arqueólogo puro me transformé en antropólogo social y economista, que fue la otra maestría que obtuve en París. Nada de eso es conocido en Chile, ya que nunca ni uno de mis trabajos en metalurgia precolombina llegó por allá.

A Chile nunca más regresé, salvo pequeñas visitas para enterrar a mi abuela, a una tía y finalmente a mi madre. Sin embargo, hoy en día, 40 años después, con mis nacionalidades actuales –americano y francés– y con 30 años como experto en desarrollo, todavía recuerdo esos tiempos como « los años felices », donde sólidamente armados con entusiasmo, coraje, tenacidad, esperanza e ilusiones, estábamos dispuestos a conquistar el mundo y, tal vez, nuestra felicidad.

Lusaka, Zambia, Junio 2014

Trazas de los '60 a los '70. Entre la primavera y la tormenta

Victoria Castro¹

Ingresé a la gloriosa y gran Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1964. Solo quería estudiar Filosofía, carrera que exigía un alto puntaje en el Bachillerato... Pude ingresar en el mes de abril. Feliz con un nuevo mundo de libertad, cuestión fundamental para mí, porque estudié en un internado por seis años y medio. Fantástica carrera, excelentes profesores y compañeros, grupos de estudios transversales. Sin embargo, la experiencia del primer año, valiosísima por cierto, me provocaba una cierta incomodidad conmigo misma; a poco andar, encontraba al “resto del mundo”, es decir, a la gente de otras disciplinas, demasiado simples. Con esa sensación, me fui meditando en un largo viaje hasta la Patagonia, con mis amigos de la carrera. Viaje entretenido, conociendo personas, más allá del grupo, diferentes en sus labores. De regreso en el barco y en cubierta, converso con una señora francesa, que me cuenta que es arqueóloga, que viene de los lugares donde trabajó con su esposo. Es Annette Laming-Emperaire. Me impresiona, me gusta ese quehacer que ella relata. Supongo que mi cabeza elabora que necesito combinar la “metafísica” con algo más afianzado en la tierra. Así es como busco y encuentro en el Pedagógico, unos cursos que dictan en el departamento de Historia sobre Arqueología, a los que puedo ingresar siempre que curse regularmente otra carrera en la Chile. Perfecto. De hecho, yo seguí mi carrera de Filosofía a la par con estos cursos. Me resultaban sencillos, casi un divertimento. Y por supuesto en esa época desde mi ingreso hasta que termine todos mis estudios de pregrado, no tuve que pagar ni siquiera matrícula. Tenía beca completa, para lo cual debía sólo cumplir con mantener siempre un 5,5 de promedio. Aparte, recibía vales de alimentación de desayuno, almuerzo y comida, incluyendo sábados y domingos y en vacaciones; los libros de Filosofía, me los compraba originales la Fundación Liga de Estudiantes Pobres, y mis anteojos los proveía el Club de Leones de Ñuñoa. Para médicos el SEMDA, un servicio médico que se prestaba en el J.J. Aguirre. La visitadora social recomendó para mí la beca completa, con la que yo pudiera vivir a gusto en un lugar a mi elección fuera de la Facultad y no sintiera de nuevo la sensación de dependencia del internado. Mi padre había fallecido a medio año de entrar al internado cuando yo tenía 11 años, y mi madre cuando me faltaba medio año para concluir la secundaria, de modo que toda esta gratuidad estaba más que justificada. Era la educación gratuita y al obtener mis títulos, solo pague 14 pesos en estampillas universitarias. Definitivamente otros tiempos.

El programa de Arqueología funcionaba en unas dependencias que colindaban con avenida Grecia y donde, muchos años después, se instaló el jardín infantil de la sede oriente, para estudiantes y funcionarios. Allí entre el 71 y el 73, asistieron mis hijos Fernando y Antonio, y Tamara, la hija mayor de José Berenguer.

1 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado, Almirante Barroso 10, Santiago. E-mail: vcastror53@gmail.com

Eran unas casitas prefabricadas, donde los profesores Mario Orellana, Bernardo Berdichewsky, Don Juan y Carlos Munizaga, guardaban los materiales arqueológicos y uno podía ir a aprender en los modestos pero funcionales laboratorios. En ese lugar conocí en 1965 al Flaco (Fernando, mi esposo cinco años después y hasta hoy), que también estuvo tres años en Arqueología; en el presente, sigue siendo compañero de arqueólogos, sea por terreno, mapas, fotografía o diseño y diagramación de libros y catálogos. Nuestra profesora Grete Mostny era entonces directora del Museo Nacional de Historia Natural y su ayudante, Carlos Urrejola, nos enseñaba allá, sobre culturas precolombinas a través de sus materialidades. La sección de arqueología del Museo fue para nosotros un espacio de aprendizaje y conocimiento de otras personas con intereses en la arqueología, el profesor Julio Montané y el profesor Hans Niemeyer, más tarde nuestro profesor de topografía. Siempre diligentes para atendernos, Eliana Durán, jefa de la sección de Antropología; y el personal de apoyo, Nieves Acevedo y José Miguel Azocar. Paulatinamente, fuimos también conociendo al Dr. Virgilio Schiapacasse, compañero de ruta de Hans y un gran maestro, sin ser profesor formal... Finalmente, un gran amigo.

Es curioso lo que escogemos para estudiar. Logrando salir de esa sensación de pedantería intelectual que sentía me amenazaba, descubrí que tanto la Filosofía como la Arqueología se hermanaban ambas en el contexto del descubrimiento y en el ámbito de la especulación generadora de pensamiento. Eso me dejó tranquila y contenta. Seguí con mi vida y mi grupo en Filosofía, más explícita en mis sentimientos y fui adquiriendo amistades de toda la vida en Arqueología.

Desde que perdí a mi padre sentí rebeldía y solo podía expresarla en pequeños actos, como tratar de formar un centro de alumnas en el liceo, o formar un grupo de acción cultural, que nos permitiera una tarde de cine o no responder en los exámenes orales; en fin, eso significó que varias veces tuve castigo sin salir sábado o domingo.

Cuando ingrese a la U, aún vivía con mi hermana a quien admiraba y admiro muchísimo. Ella era militante socialista, pero nada más lejos que involucrarme. Yo siempre sentí que no tenía disciplina de partido y así se lo plateé a la gente del PC que me invitaba a ingresar a sus filas en primero de Filosofía. Elegí otros caminos por la injusticia social; mucho más prácticos que doctrinarios. Desde el “peda” acompañaba como independiente a los compañeros a protestar en la calle. Desde filosofía hice mi vida política hacia afuera, silenciosamente, nunca pretendí figurar ni tener audiencia política. Trabajé en organizar actos culturales en las poblaciones, en apoyar a otros compañeros más visibles. Participaba por otra parte, de los actos dentro del pedagógico, los que en ocasiones solían cerrarse con un pastelito y un té, en compañía de Freddy Taberna, nuestro flamante presidente del centro de alumnos, su compañera, Ginny y otros amigos, en un pequeño local por Macul, frente a la calle José Domingo Cañas.

Cerca de Macul con Irrarázaval, estaba la Librería Blest Gana. Ahí abrí una cuenta al crédito para comprar de vez en cuando algo de literatura o de arqueología. Así por ejemplo, conservo una guía de crédito del 19 de mayo de 1966 a mi nombre por la compra de *Los Antiguos Mexicanos a través de sus crónicas y cantares* de Miguel León Portilla, libro que atesoro y releo hasta hoy. Era un tiempo con futuro, hermoso y esperanzador, con intensa oferta cultural gratuita y una cineteca extraordinaria. Faltaba tiempo para tanto quehacer, ir a un concierto, asistir al teatro, gozar de obras ofrecidas, exposiciones y charlas ofrecidas por una Universidad integrada, nacional y con excelente calidad en todos sus frentes.

En arqueología, me fascinó la prehistoria de América que enseñaba el profesor Orellana, el Arte Precolombino y la Antropología cultural de la doctora Grete Mostny, el Seminario sobre los orígenes del Estado que dictaba el profesor Berdichewsky. Después, cursos y Seminarios de Antropología social del profesor Carlos Munizaga y antropología física, con su sobrino Juan. Teníamos una sólida formación en geografía y todos nuestros profesores estaban enamorados de su oficio. Se sentía en la especialidad y en las diversas materias que podías tomar en la U, sin trámites y optar por una

formación holística. Así, podías llegar a tener 50 “papeletas”, un recibo manuscrito formado por una Comisión compuesta por el profesor titular de cátedra y dos profesores más que estaban presentes y muy solemnes, al ofrecerte nota o tomarte examen. Esos documentos tenían la fecha, tu nombre y el de la cátedra que aprobabas y eran el documento oficial para solicitar tu concentración de notas.... Prácticamente todos los cursos eran anuales, lo que te permitía estudiar en profundidad, meditar muy bien tu trabajo final y tener la satisfacción de eximirte si querías, aunque muchos peleábamos por las décimas.

En algún momento de esta historia, por el 68, en tiempos de plena Reforma universitaria con intensa vida cultural y mientras en París, estallaba la revolución de las flores con Cohn Bendit a la cabeza del movimiento de la Sorbonne y en Filosofía analizábamos *Los condenados de la Tierra*, de Franz Fanon, con prólogo de Paul Sartre, se abren unos concursos de antecedentes y oposición para los cursos de Arqueología. Ello significaba sortear un tema y que te dieran tres meses para prepararlo. Había que hacer una clase pública frente a una comisión, pero todo “examen de oposición”, era avisado con letreros del día, la hora, la sala y la materia que trataría en todo el pedagógico. Nos presentamos Carlos Thomas y yo y sorteamos el mismo tema. Lo bueno fue que un concurso era en calidad de interino y otro a contrata, así es que cada uno compitió con sí mismo y ganó cada uno su concurso. Entramos a la carrera académica de la U con el nombre de ayudante meritante desde posiblemente octubre de 1969, cargo remunerado.

Mi primer terreno fue el año 1965, con el profesor Berdichewsky en “los túmulos de Bellavista”. Estuve excavando un túmulo junto a un conscripto en un extremo del sitio. Gentil y religiosamente este conscripto compartía diariamente sus sandwich de “pebre” conmigo, todas las mañanas alrededor de las 11 am. Dormíamos en unas carpas del ejército con catres de campaña. Ellos también cocinaban para nosotros. Les cuento que el túmulo estaba vacío...; bien hecho, con figura de túmulo pero sin sepultura y ofrendas. Me pareció en ese entonces que la gente se adelantaba al deceso de sus deudos.

Para el año 1966, había ganado un espacio en el equipo de terreno del profesor Mario Orellana, al que pertencí hasta enero de 1973, practicando terrenos al menos unas tres veces al año en río Salado, principal afluente de El Loa. Pololeando con el Flaco, quien pasaba horas interminables entre la topografía y los dibujos del arte rupestre junto a otro estudiante de arquitectura y arqueología, Ismael “mota” Mascayano. Campamentos en Chiu Chiu y Ayquina, trabajando en Loa Oeste 3, en el pukara de Turi, en el Alero Toconce varias temporadas. La penúltima, esperando a mi primer hijo, Fernando, en los 70'. Implacable sol de mediodía, frío nocturno y matutino, cielo maravillosamente estrellado y una fascinación indescriptible por “el norte” hasta hoy. Verdaderamente ahí aprendí, junto a Carlos Urrejola y Carlos Thomas que eran los otros ayudantes de terreno y que estaban desde antes en este grupo.

A mediados y más de los '60, estudiando. Urrejola nos hacía dibujar las piezas del Museo Nacional de Historia Natural, especialmente las vasijas de la Secuencia de Arica, para no olvidarlas y aprender a describir con lujo de detalles. Mientras, Orellana nos enseñaba laboratorio de lítico y cerámica: también Carlos Urrejola. Fue Carlos quien me preparó para mi examen de oposición de ingreso a la carrera académica, habiendo sorteado material lítico de la Provincia de El Loa, que aprobé con un 7. No volaba una mosca en ese examen lleno de gente y luego de concluir, la comisión te sometía a ronda de preguntas. Muy solemne todo.

Recuerdo mis estudios de Etnografía para el profesor Bernardo Valenzuela con Carlos U. junto a unas aceitunas y un buen pisco. Muy entretenidos con las historias de los jíbaros y la etnografía amazónica.

Ganado el concurso, estudiaba paralelamente Filosofía y Arqueología, trabajaba ocasionalmente los fines de semana en encuestas de la oficina de marketing “Salas y Reyes”, consultando en hogares de Las Condes, Providencia y la población José María Caro. Toda una experiencia llena de contrastes. Aprendía que esta diversidad en lo que emprendía, me permitía comprender mejor el mundo. En

tiempo de vacaciones de verano, en el mes de diciembre, trabajaba en tiendas de regalos para ayudar a vender y hacer paquetes y luego, todo el mes de enero, habitualmente trabajaba en el Instituto de Educación de la Universidad de Chile, revisando encuestas de deserción escolar del país, sumando y restando cifras en unas enormes máquinas “sumadoras”. Los investigadores de este Instituto, compañeros de mi hermana y ella misma, eran muy solidarios y simpáticos y me integraba durante ese mes a todas sus actividades y celebraciones.

En las clases de Arqueología, de vez en vez, el profesor Orellana invitaba a su colega Julio Montané. Allí escuchábamos de una Arqueología social, se tratase del Paleoindio u otra materia. Era una persona absolutamente clara en su ideología de izquierda y no la ocultaba, lo que no le restaba méritos a ninguno de los profesores. De Lautaro Núñez no teníamos noticia, salvo comentarios sobre “el trabajo de Núñez”. Entonces, muchos de nosotros, nos sentíamos compelidos a leerlo con fruición y nos encantaba una postura más interpretativa de la historia precolombina. Así es que por invitación o no, leíamos todo lo que caía en nuestras manos y lo aprovechábamos.

Santiago en ese entonces era una ciudad muy tranquila. Recuerdo que antes de cumplir los 21, cuando vivía en Valenzuela Castillo en Providencia, iba a estudiar Filosofía de las Ciencias donde un compañero en la calle Manuel Montt cerca de Irrazaval y podía regresar a pie a mi casa, sola y sin peligro alguno. En esa época llegar a “las termas de Macul”, como algunos simpáticamente llamaban al Pedagógico por sus amplios jardines y pastos, donde descansábamos o estudiábamos, requería dos o hasta tres “micros” desde Providencia; a veces caminaba un tramo si tenía tiempo, porque era como pasear, sin smog, sin peligros y conociendo la ciudad en más detalle; me gustaba como hoy, ver el despertar de los oficios tempraneros y sentir el aire fresco de la mañana.

Cuando me inscribí en los cursos de Arqueología, aparte de los profesores que impulsaron este Programa, ya estaba el estudiante y ayudante Carlos Urrejola, uno de mis grandes amigos y Carlos Thomas. Mi cercanía con ellos se debió inicialmente supongo a mi dedicación y a las jornadas de terreno conjuntas. También quizá con ellos, habían ingresado Julie Palma y Silvia Quevedo y otras compañeras que no continuaron. Pronto se integra José Berenguer, con quien participamos de la campaña de Loa Oeste 3, una excavación sorprendente a nuestros ojos. Años más tarde, estudiamos los materiales del sitio, para colaborar en la publicación que presentamos con el prof. Mario Orellana al VI Congreso de Arqueología chilena. Las sesiones fueron en el salón de Honor de la U. Almorzamos con Pepe en el viejo restaurant Indianápolis que aún está en el mismo lugar, haciendo nuestros últimos aprontes para nuestra “entrada en sociedad”. Teníamos que exponer los tres. Habíamos preparado con mucha aplicación nuestro estudio del material lítico, para contribuir de la mejor manera a la ponencia y la posterior publicación². Esperaba de unos tres o cuatro meses a mi segundo hijo, Antonio.

Para el Congreso de Arqueología, conocimos a Ponce Sanginés, arqueólogo boliviano, una especie de señor feudal de Tiwanaku y que escribía muchísimo sobre el tema de su especialidad. Ya conocíamos a Le Paige s.j., los que pasábamos después de terreno con Don Mario a San Pedro y nunca era posible saber si ambos profesionales estarían de amigos o enemigos. Nosotros solo escuchábamos y observábamos. Sin embargo, para nosotros estudiantes lo máximo era conocer al Dr. Luis Guillermo Lumbreras, de quien sabíamos por sus libros y porque posiblemente desde antes del 70, venía a hacer clases a la Carrera de Arqueología de Concepción. Fueron excelentes encuentros y enseñanzas que recibimos de él en esta y otras estadias.

Por el año '70, ya éramos muchos más, la mayoría compañeros y luego amigos hasta hoy. Ingresó Fernanda Falabella, María Teresa Planella, Consuelo Valdés (de Historia); Blanca Tagle (de Filosofía), Carlos Aldunate de Leyes, Ángela Jeria que trabajaba en la Editorial Universitaria, Iván Solimano que trabajaba en el Instituto Chileno del Acero y fue del equipo de Niemeyer y Schiapacasse. Admirable Ángela, que mientras su hija ingresaba a medicina en la U. de Chile, ella entro a Arqueología. Eran

2 Hay una foto del día aquel, con Adriana Goñi, José Berenguer y yo...

los '70 y con Ángela estudiábamos religiosamente topografía en su casa, no sin antes almorzar y ver una excelente teleserie que se llamaba “La Tormenta”, sobre la revolución mexicana. Con María Teresa, en mi casa de Brunellesco, estudiábamos la Geografía.

Hacia los años '69, concluía mis estudios regulares de Filosofía y Arqueología tomaba cuerpo como Carrera, gracias al empuje de su cuerpo académico y también gracias al Centro de alumnos que habíamos creado en 1968, con Iván Solimano a la cabeza. El hecho de que Arqueología sería una licenciatura, me hizo migrar de la licenciatura en Filosofía y en vez de hacer los años de griego y latín, hice dos años de ramos pedagógicos para seguir la opción de Pedagogía en Filosofía. A fines de los 70, con una historia de otro costal de por medio, logre hacer mi práctica profesional docente en un deprimido Liceo Manuel de Salas, muy intervenido, mientras ya hacia mis clases de Prehistoria, al curso de Carlos Ocampo, Francisco Mena, Nuriluz, Pilar Alliende, José Miguel Ramírez... Pero esa es una historia post 73.

Personalmente, el hecho de que mis hijos mayores, Fernando y Antonio nacieran el 71 y 72, me protegió mucho en mi hogar para lo que vendría. Estuve por esos tiempos participando en salidas a terreno, no solo al Alero Toconce, sino también a las sierras de Chacabuco como ayudante de teoría y métodos; me acerque más a mis compañeros de Arqueología, ya que no tenía deberes curriculares con Filosofía excepto la memoria y la práctica profesional. En enero de 1973, el profesor Orellana director del proyecto “*Patrones de Asentamiento en Río Salado*”, nos autorizó que Carlos Urrejola y yo, junto a las alumnas de la carrera de Antropología social, Marieta Ortega y Cristina Farga, subiéramos (en altitud en msnm y en independencia) a hacernos cargo del primer trabajo sistemático a realizar en las chullpa de Toconce. Estudiamos mucho con Carlos, como confeccionar una excelente ficha de registro para estas edificaciones. Fue un terreno hermoso, con la esperanza de volver en el año y proseguir nuestros estudios en el complejo arqueológico, que luego llame “El Núcleo Aldeano de Toconce”. No pude regresar sino hasta 1975, para recomenzar; Carlos U. estuvo preso en Tejas Verdes y luego partió al exilio, para volver al menos una década después. Fueron años muy duros y tormentosos y en muchos sentidos me siento una sobreviviente. Sin embargo, me quede en Chile y soy una agradecida de la vida, de mi familia, mis amigos, compañeros y alumnos. Viva la Arqueología...

Santiago, Septiembre, la Primavera de 2014

Instrucciones a los autores

1. El texto completo deberá estar escrito en letra Times New Roman tamaño 12 y en versión WORD.
2. La extensión de los textos incluyendo todas sus secciones, tablas, figuras y bibliografía será en el caso de notas de 10 páginas tamaño carta; en artículos de 20 páginas; y en comentarios a Publicaciones de 2 páginas. la extensión de la sección denominada tribuna se evaluará oportunamente de acuerdo a la temática a abordar.
3. El texto completo deberá presentarse con interlineado simple y justificado.
4. Los márgenes izquierdo y derecho serán de 2,5 cm, mientras que los márgenes inferior y superior de 3 cm.
5. Los párrafos no deberán tener sangría.
6. El texto deberá contener obligatoriamente las siguientes secciones en el orden mencionado: título nombre del o los autores resumen en español (5 a 10 líneas) resumen en inglés (5 a 10 líneas) Palabras claves en español e inglés texto agradecimientos (opcional) Anexos (tablas y figuras) Bibliografía
7. El título se presentará centrado escrito en mayúscula y negrita. no podrá contener notas de ningún tipo.
8. El nombre del o los autores en minúsculas y centrado. Deberá señalarse en el siguiente orden filiación institucional, dirección postal y dirección electrónica. Se indicará por medio de una nota al final que co-responderá a la primera de ellas.
9. Los resúmenes en español e inglés, a continuación de los autores, se presentarán sin título y seguidos de las palabras claves en sus respectivos idiomas.
10. A lo largo del texto los títulos primarios deberán ser escritos en minúscula, negrita y centrado. los títulos secundarios deberán ser escritos en minúscula, normal, cursiva y alineado a la izquierda.
11. Se señalará como notas toda aquella información adicional relevante al texto y que no pueda ser incluida en el mismo. Las notas serán todas al final y deberán numerarse correlativamente con números arábigos (1,2,3...), continuando la secuencia iniciada por los autores.
12. Las citas textuales de más de 2 líneas se indicarán entre comillas, separada del texto, letra normal.
13. Las tablas y gráficos serán numeradas en el orden en que aparecen en el texto. Cada tabla o gráfico deberá presentarse con un título corto en minúscula, negrita y alineado a la izquierda. estos se indicarán en el texto entre paréntesis, con letra minúscula y normal. Las tablas y gráficos deberán presentarse en un archivo distinto del texto en formato Word o Excel.

14. Las figuras comprenden fotografías, dibujos y mapas y se indicarán en el texto de la misma manera que tablas y gráficos, siempre con el término Figura. Igualmente serán numeradas en el orden en que aparecen en el texto. estas deberán presentarse en blanco y negro, tamaño no mayor a 18 x 14 cm, sobre papel blanco o de dibujo y realizadas en tinta negra, impresas en láser o en inyección de tinta superior a los 600 dpi. las figuras deberán enviarse en un archivo de imágenes separado del texto en formato JPG, TIF y BMP.
15. La bibliografía se citará en el texto entre paréntesis, minúscula y normal. el autor y el año de publicación no deberá separarse con coma, p.e. (llagostera 1982). la cita de más de un autor se separará con coma de la siguiente manera (Suárez 1981, Vargas et al. 1993, hocquenghem y Peña 1994).
16. Se indicará como Bibliografía toda referencia citada. los datos serán dispuestos en el siguiente orden: autor(es), año, título, imprenta, lugar de publicación. los autores deberán ir en minúscula. en la siguiente línea se indicará el año, título del trabajo y el resto de las referencias. Sólo la primera letra del título deberá ir en mayúscula. el título de la revista, libro o monografía deberá aparecer en cursiva. Se deberá consignar solamente las iniciales de los nombres de los autores; cuando haya más de un autor, solamente para el primero deberá aparecer el apellido antes que el nombre. todos los artículos de revista deben llevar número de páginas.
17. Contacto a: schaboletin@gmail.com

Índice

ARQUEOLOGÍA DE LA PREHISTORIA DE LA PENÍNSULA DE MEJILLONES: EL CAMPAMENTO DE LOS CANASTOS 3 DESDE SUS CUADERNOS DE CAMPO Y MATERIALES DE MUSEO Benjamín Ballester, Alejandro Clarot, Víctor Bustos, Agustín Llagostera y Héctor Garcés.	5
ASENTAMIENTO DEL COMPLEJO HUENTELAUQUÉN EN CAIMANES: RELACIONES ENTRE VALLES INTERIORES Y COSTA Donald Jackson S., Patricio Galarce C. y Roxana Seguel Q.	23
AVANCES EN LA ARQUEOLOGÍA DE VALDIVIA Simón Urbina A. y Leonor Adán A.	35
RECUERDOS DE UN ALUMNO DE ARQUEOLOGÍA PERTENECIENTE A LA GENERACIÓN DE 1971 Mauricio Massone	61
MEMORIAS Y DESMEMORIAS DE UN ESTUDIANTE DE ARQUEOLOGÍA DE FINES DE LOS 60 Y COMIENZOS DE LOS 70 José Berenguer R.	67
LOS AÑOS FELICES. TESTIMONIO DE LOS 60-70 Luis Rodríguez	73
TRAZAS DE LOS '60 A LOS '70. ENTRE LA PRIMAVERA Y LA TORMENTA Victoria Castro	79



Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA
(Periodo 2012-2015)

Directorio: Leonor Adán, Gloria Cabello, Roberto Campbell, Mauricio Uribe (Presidente), Flora Vilches

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. Publicación anual editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances y resultados de la investigación arqueológica nacional y de zonas afines. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología. Toda correspondencia debe dirigirse a editor Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, correo electrónico: schaboletin@gmail.com.